

EDGAR RICE BURROUGHS

THUVIA, LA DONCELLA DE MARTE



Lectulandia

En THUVIA, DONCELLA DE MARTE, cuarto título de la serie de John Carter de Marte, Carthoris (hijo de John Carter y la princesa Dejah Thoris) es acusado de raptar a Thuvia, hija de Thuvan Dhin, jeddak de Ptarth. Para demostrar su inocencia, deberá rescatar a la propia Thuvia de las mismas fauces de Kemal, el dios-león de Lothar. En esta novela, cuarta del ciclo de John Carter de Marte, el padre cede el protagonismo al hijo, que seguirá las mismas aventuras que aquel en Barsoom.

Edgar Rice Burroughs (1875-1950), es el gran clásico de la Ciencia-Ficción aventurera. Aunque es conocido fundamentalmente por la serie de Tarzán y sus innumerables adaptaciones cinematográficas, es creador de otros ciclos, como el de Pellucidar, que recrea una humanidad prehistórica en el centro de la Tierra, o el de Carson Napier, que se desarrolla en el Venus clásico de los bosques jurásicos y las princesas cautivas. Sin embargo, para el lector de Ciencia-Ficción, su creación más lograda es la serie de John Carter de Marte, que narra las aventuras de un caballero virginiano del siglo XIX en un Marte moribundo hecho para el combate y la aventura.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Thuvia, Doncella de Marte

Ciclo John Carter 4

ePUB v1.1

OZN 23.05.12

más libros en lectulandia.com

Titulo original: THUVIA, MAID OF MARS

Titulo traducido: Thuvia, Doncella de Marte

Autor: Edgar Rice Burroughs

Traductor: R. Goicoechea

ISBN: 978-84-95741-03-5

Editorial: Pulp Ediciones, 2001

CAPÍTULO I



Carthoris y Thuvia

En un banco de piedra pulida, bajo las espléndidas flores de una pimalia gigante, estaba sentada una mujer. Su bien formado pie, calzado con sandalia, golpeaba impacientemente el suelo del paseo, sembrado de joyas, que serpenteaba bajo los frondosos árboles sorapus, a través del césped color escarlata de los jardines reales de Thuvan Dhin, jeddak de Ptarth, cuando un guerrero de cabellos negros y piel roja se inclinó hacia ella, susurrando ardientes palabras a su oído.

—¡Ah, Thuvia de Ptarth —exclamó—, eres fría aun en presencia de las ardiente fuego del amor que me consume! ¡La piedra fría, dura y gélida de éste tres veces dichoso banco que soporta vuestra divina e inalcanzable forma no lo es más que vuestro corazón! Dime, ¡Oh Thuvia de Ptarth!, que puedo aún esperar, que aunque no me ames ahora, algún día, sin embargo, algún día, princesa mía, yo...

La muchacha se puso en pie de un salto, lanzando una exclamación de sorpresa y desagrado. Su cabeza, digna de una reina, se agitó altivamente sobre sus suaves hombros rojos. Sus ojos oscuros miraron coléricamente a los del hombre.

—Te olvidas de ti mismo y de las costumbres de Barsoom, Astokdijo ella—. No te he ofrecido la confianza suficiente para que hables así a la hija de Thuvan Dhin, ni tú te has ganado tal derecho.

El hombre se adelantó repentinamente y la sujetó por un brazo.

—¡Serás mi princesa! —gritó—. Por el pecho de Issus, lo serás, y ningún otro se interpondrá entre Astok, príncipe de Dusar, y el deseo de su corazón. Dime que hay otro, y le arrancaré su corazón podrido y lo arrojaré a los calots salvajes de los fondos de los mares muertos.

Al contacto de la mano del hombre con su carne, la joven empalideció bajo su piel cobriza, porque las cortesanas reales de los Palacios de Marte son tenidas casi por mujeres sagradas. La acción de Astok, príncipe de Dusar, era una profanación. No se reflejaba el terror en los ojos de Thuvia de Ptarth; solamente horror por lo que el hombre había hecho y por sus posibles consecuencias.

—Suéltame.

Su voz era fría y tranquila.

El hombre murmuró incoherentemente y la atrajo violentamente hacia sí.

—¡Suéltame —repitió con voz aguda—, o llamo a la guardia! Y el príncipe de Dusar sabe lo que esto quiere decir.

Apasionadamente, echó su brazo derecho alrededor de los hombros de la muchacha e intentó aproximar su rostro a sus labios. Con un débil grito, ella le golpeó de lleno en la boca con los pesados brazaletes que rodeaban su brazo libre.

—¡Perro! —exclamó ella, y luego—: ¡Guardia, guardia! ¡Apresuráos a proteger a la princesa de Ptarth!

En respuesta a su llamamiento, una docena de guardias llegó corriendo a través del césped color escarlata, con sus brillantes y largas espadas desnudas a la luz del sol, el metal de sus atalajes de guerra resonando contra sus correajes de cuero y en sus gargantas roncros gritos de rabia al contemplar la escena con que tropezaron sus ojos.

Pero antes de que hubiesen atravesado la mitad del jardín real para llegar adonde Astok de Dusar retenía aún en su abrazo a la joven que trataba de defenderse, otra figura saltó desde un macizo de denso follaje que ocultaba una fuente de oro, que se hallaba casi al alcance de la mano. Era un joven alto y esbelto, de cabello negro y penetrantes ojos grises, ancho de hombros y estrecho de caderas: el tipo perfecto de un luchador. Su piel tenía el débil tinte cobrizo propio de la raza roja de Marte, distinguiéndolos de las otras razas del planeta moribunda; era como ellos, y sin embargo, había una sutil diferencia, aún mayor que la que consistía en su piel de color más claro y en sus ojos grises.

Había cierta diferencia, también, en sus movimientos. Se aproximaba a grandes saltos que le acercaban tan rápidamente, que la velocidad de los guardias resultaba ridícula en comparación con la suya.

Astok sujetaba aún por el talle a Thuvia, cuando el joven guerrero se encontró frente a él. El recién llegado no perdió tiempo y sólo dijo una palabra:

—¡Perro! —gritó, y luego su acerado puño golpeó la barbilla del otro, levantándole en el aire y dejándole caer sobre un macizo que había en el centro de un grupo de *pimalias*, al lado del banco de piedra.

Su salvador se volvió hacia la doncella.

—¡Kaor, Thuvia de Ptarth! —exclamó— Parece que mi visita ha sido dirigida por el destino.

—¡Kaor, Carthoris de Helium! —dijo la princesa devolviendo el saludo al joven—. ¿Y qué menos podía esperarse del hijo de tan gran señor?

El se inclinó en reconocimiento del cumplido dirigido a su padre John Carter, héroe de Marte, y luego, los guardias, descansando de su carga, llegaron precisamente cuando el príncipe de Dusar, sangrando por la boca y espada en mano, salía trabajosamente del macizo de *pimalias*.

Astok se hubiera precipitado a combatir a muerte con el hijo de Dejah Thoris;

pero los guardias le rodearon, impidiendo lo que más le hubiera agradado a Carthoris de Helium.

—Di una palabra, Thuvia de Ptarth —le pidió—, y nada me agrada más que dar a ese hombre el castigo que ha merecido.

—No ha de ser así —replicó—. Aun cuando ha perdido toda mi consideración, es, no obstante, huésped del jeddak, mi padre, y sólo a él debe dar cuenta de la acción imperdonable que ha cometido.

—Sea como dices, Thuvia —replicó el heliumita—; pero después dará explicaciones a Carthoris, príncipe de Helium, por esa ofensa realizada sobre la hija del amigo de mi padre.

Según hablaba el joven, ardía en sus ojos un fuego que proclamaba un motivo más íntimo y tierno que el de su calidad de protector de aquella maravillosa hija de Barsoom. Las mejillas de la joven se sonrojaron bajo su sedoso cutis transparente, y los ojos de Astok, príncipe de Dusar, se oscurecieron al leer lo que pasaba, sin ser hablado, entre los dos, en los jardines reales del Jeddak.

—Y tú a mí —dijo él a Carthoris, contestando al reto del joven.

La guardia rodeaba aún a Astok. Se trataba de una posición difícil para el joven oficial que la mandaba. Su prisionero era el hijo de un poderoso jeddak, era el huésped de Thuvan Dhin; hasta ahora, un honorable huésped, el cual había mostrado toda la dignidad real. Arrestarle a la fuerza significaría nada menos que la guerra, y, sin embargo a causa de sus acciones merecía la muerte, a los ojos del guerrero *ptarth*.

El joven vacilaba. Miraba a la princesa. Ella también consideraba cuanto dependía de la acción del momento inmediato. Durante muchos años, Dusar y Ptarth habían estado en paz. Sus grandes barcos mercantes circulaban entre las mayores ciudades de ambas naciones. Aun ahora, muy por encima de la cúpula dorada y escarlata del palacio del jeddak, podía ella ver el enorme bulto de una gigantesca nave aérea flotando majestuosamente a través del tenue aire barsomiano, hacia el Oeste, en dirección de Dusar.

Con una palabra podría precipitar a las dos poderosas naciones a un sangriento conflicto, que las privaría de su sangre más valiente y de sus incalculables riquezas, colocándolas en desvalida situación contra las invasiones de sus envidiosos y menos fuertes vecinos, y haciendo de ambas, al fin, presa para las salvajes hordas verdes de los cauces de los mares muertos. Ninguna sombra de temor influyó en su decisión porque los hijos de Marte escasamente conocen el miedo. Fue más bien el sentimiento de la responsabilidad que ella, la hija del jeddak, contraía por el bienestar del pueblo de su padre.

—Os he llamado, *padwar* —dijo al teniente de la guardia—, para que protejáis a la persona de vuestra princesa y para que mantengáis la paz, que no debe ser violada dentro de los jardines reales del jeddak. Esto es todo. Me escoltaréis hasta el palacio,

y el príncipe de Helium me acompañará.

Sin dirigir la mirada a Astok, volvió la espalda y, tomando la mano que Carthoris le tendía, se dirigió lentamente hacia el masivo edificio de mármol que daba alojamiento al gobernante de Ptarth y a su brillante corte. A cada lado marchaba una fila de guardias. Así, Thuvia de Ptarth encontró la manera de resolver un dilema, eludiendo la necesidad de poner al real huésped de su padre en arresto forzoso, y al mismo tiempo separando a los dos príncipes, quienes, de otro modo, se hubieran precipitado el uno contra el otro en el momento en que ella y la guardia hubieran partido. Junto a las *pimalias* estaba Astok; sus ojos negros entornados, estrechándose de manera que casi quedaban reducidos a meras hendiduras que señalaban el odio bajo sus cejas, que habían descendido al contemplar las redondeadas formas, que iban retirándose de su vista, de la mujer que había despertado las más volcánicas pasiones de su naturaleza, y al hombre que, según creía ahora, se interponía entre su amor y la consumación del mismo.

Cuando el príncipe y la princesa desaparecieron, Astok se encogió de hombros y murmurando un juramento, atravesó los jardines, dirigiéndose hacia otra ala del edificio, donde él y su séquito estaban alojados.

Aquella noche se despidió de Thuvan Dhin, y aunque no se hizo la menor referencia al suceso del jardín, era fácil ver a través de la fría máscara de la cortesía del jeddak que sólo las costumbres de la hospitalidad real le retenían de expresar el desprecio que sentía hacia el príncipe de Dusar. Carthoris no estaba presente en el momento de la despedida ni Thuvia tampoco. La ceremonia fue tan rígida y formal como la etiqueta cortesana podía hacerla, y cuando el último de los dusorianos subió a bordo de la nave de guerra aérea que los había conducido a aquella desafortunada visita a la Corte de Ptarth, y la poderosa máquina de destrucción se hubo elevado lentamente, una impresión de alivio se reflejó en la voz de Thuvan Dhin al volverse a uno de sus oficiales para comentar un asunto extraño a aquel que, durante las últimas horas, había sido la mayor preocupación en las mentes de todos. Pero, después de todo, ¿era dicho asunto tan extraño?

—Di al príncipe Sovan —ordenó que es nuestro deseo que la flota que partió para Kaol esta mañana sea llamada para que vuelva a cruzar hacia el Oeste de Ptarth.

Cuando la nave guerrera que conducía a Astok, de regreso a la Corte de su padre, torció hacia el Oeste, Thuvia de Ptarth, sentada en el mismo banco en que el príncipe de Dusar la había ofendido, observaba las luces parpadeantes del aparato aéreo, que iban haciéndose cada vez más pequeñas a medida que se alejaba. Al lado de ella, a la brillante luz de la luna más próxima, estaba sentado Carthoris. Sus ojos no se fijaban en el oscuro bulto de la nave de guerra; sino en el perfil del rostro, vuelto hacia arriba, de la joven.

—Thuvia —susurró.

La joven volvió sus ojos hacia los de él. La mano de él se adelantó al encuentro de la de ella; pero la joven retiró suavemente la suya.

—¡Thuvia de Ptarth, te amo! —exclamó el joven guerrero—. Dime que esto no te ofende. Ella movió tristemente su cabeza.

—El amor de Carthoris de Helium —dijo sencillamente— no puede ser sino un honor para cualquier mujer; pero no debes hablar, amigo mío, de concederme lo que yo no te puedo devolver.

El joven se puso lentamente en pie. Sus ojos se dilataron de asombro. Nunca se le había ocurrido al príncipe de Helium que Thuvia de Ptarth pudiese amar a otro.

—Pero en Kadabra —exclamó—, y más tarde aquí en la Corte de tu padre, ¿qué has hecho, Thuvia de Ptarth, que haya podido advertirme de que no podías corresponder a mi amor?

—¿Y qué he hecho, Carthoris de Helium —respondió—, que te haya hecho imaginar que yo correspondía al mismo?

El se detuvo pensativo, y después negó con la cabeza.

—Nada, Thuvia, es verdad; no obstante, hubiera jurado que me amabas. Es cierto que sabes bien que próximo a la adoración ha estado mi amor por ti.

—¿Y cómo lo conocería, Carthoris? —preguntó inocentemente—. ¿Me lo has dicho alguna vez? ¿Han salido alguna vez antes palabras de amor hacia mí de tus labios?

—Pero ¡hubieras debido imaginarlo! —exclamó él—. Yo soy como mi padre: torpe en los asuntos del corazón y rudo en mi trato con las mujeres; sin embargo, las joyas de las que están sembrados los paseos de este jardín real, los árboles, las flores, el césped, todas las cosas deben de haber leído el amor que ha llenado mi corazón desde la primera vez que mis ojos se detuvieron en la contemplación de tu rostro perfecto y de la perfección absoluta de tu cuerpo; así, ¿cómo tú sola has podido estar ciega hasta el punto de no verlo?

—Las doncellas de Helium, ¿seducen a sus pretendientes? preguntó Thuvia.

—¡Estás jugando conmigo! —exclamó Carthoris—. ¡Reconoce que no haces más que jugar, y que, después de todo me amas, Thuvia!

—No puedo decírtelo; Carthoris porque estoy prometida a otro.

El tono de su voz era tranquilo, pero ¿no había en él un poso de enorme y profunda tristeza? ¿Quién podría decirlo?

—¿Prometida a otro?

Carthoris apenas pudo pronunciar estas palabras. Su rostro casi se puso blanco, y entonces su cabeza se irguió como convenía a aquel por cuyas venas corría la sangre del superhombre de un mundo.

—Carthoris de Helium te desea toda clase de felicidades con el hombre de tu elección —dijo—. Con...

Y luego vaciló, esperando que ella dijere el nombre.

—...Kulan Tith, jeddak de Kaol —replicó ella—. El amigo de mi padre y el más poderoso aliado de Ptarth.

El joven la miró fijamente por un momento, antes de volver a hablar.

—¿Le amas, Thuvia de Ptarth? —preguntó.

—Soy su prometida —replicó ella simplemente.

El no la importunó.

—El es de la más noble sangre de Barsoom y uno de los más poderosos guerreros —musitó Carthoris—. El amigo de mi padre y el mío. ¡Ojalá que hubiera sido otro! —murmuró casi salvajemente.

Lo que la muchacha pensaba estaba oculto por la máscara de su expresión, sólo turbada por una débil sombra de tristeza que podía haber sido por Carthoris, por ella misma o por ambos.

Carthoris de Helium no preguntó, aunque lo notó, porque su lealtad para Kulan Tith era la lealtad de la sangre de John Carter, de Virginia, para con un amigo, mayor de lo que podía ser ninguna otra lealtad.

El llevó a sus labios la mano adornada con magníficas joyas de la joven.

—Por el honor y la felicidad de Kulan Tith y la joya inestimable que le ha sido concedida —dijo, y aunque su voz era un tanto ronca, había en ella el timbre de la sinceridad—. Te dije que te amaba, Thuvia, antes de saber que estabas prometida a otro. No puedo volver a decírtelo; pero me alegro de que lo sepas, porque no hay deshonor en ello ni para ti, ni para Kulan Tith, ni para mí mismo. Mi amor es tal, que puede incluir al mismo Kulan Tith, si le amas.

Había casi una interrogación en aquella afirmación.

—Soy su prometida —replicó.

Carthoris se retiró lentamente. Puso una mano sobre su corazón y la otra sobre el pomo de su larga espada.

—Estos son tuyos para siempre —dijo.

Un momento después había entrado en el palacio, ocultándose a la mirada de la joven.

Si hubiera vuelto de repente, la habría encontrado reclinada en el banco de piedra con el rostro apoyado en sus manos. ¿Estaba llorando? Nadie había que pudiera verlo.

Carthoris de Helium había llegado, sin anunciarse, a la Corte del amigo de su padre, aquel día. Había llegado solo, en un pequeño aparato aéreo, seguro de la buena acogida que siempre se le había dispensado en Ptarth. Como no había habido ninguna formalidad en su llegada, no existía motivo para pregonar su partida.

Dijo a Thuvan Dhin que su viaje no había tenido más fin que el de hacer la prueba de un invento suyo, del que había provisto a su aparato, un adelanto ingenioso en la brújula ordinaria marciana para la navegación aérea, la cual, una vez puesta en

determinada dirección, permanecería constantemente fija en la misma, siendo necesario únicamente el mantener la proa de una nave siempre en la dirección de la aguja de la brújula para llegar a cualquier punto dado de Barsoom por el camino más corto.

La mejora de Carthoris en esa materia consistía en un mecanismo auxiliar que ponía en movimiento al aparato, mecánicamente, en la dirección indicada por la brújula, y al llegar directamente al sitio indicado por ella, le hacía pararse y descender, también mecánicamente, a tierra.

—Pronto comprenderás las ventajas de este invento —decía a Thuvan Dhin, que le había acompañado a la pista de aterrizaje, situada sobre el tejado del palacio, para inspeccionar la brújula, y dijo adiós a su joven amigo. Una docena de oficiales de la Corte con varios asistentes, estaban agrupados detrás del jeddak y de su huésped, escuchando muy atentamente la conversación; tan atentamente por parte de uno de los asistentes, que fue por dos veces reprendido por uno de los nobles por su indiscreción en adelantarse a sus superiores para ver el intrincado mecanismo de la maravillosa «brújula destinada para la dirección», como se llamaba al aparato.

—Por ejemplo —seguía diciendo Carthoris—, tengo ante mí un viaje que me ocupará toda una noche, como el de hoy. Pongo la aguja indicadora aquí, en el cuadrante que está a la derecha, que representa el hemisferio oriental de Barsoom, de manera que la punta esté fija sobre la longitud y la latitud exactas de Helium. Luego pongo en movimiento la máquina, me envuelvo en mis pieles para dormir y, con las luces encendidas, corro a través del aire hacia Helium, confiado en que a la hora señalada descenderé suavemente en el desembarcadero, en mi propio palacio, ya siga durmiendo o ya esté despierto.

—Con tal de que —sugirió Thuvan Dhin— no colisiones con algún otro viajero nocturno entre tanto.

Carthoris sonrió.

—No hay peligro de eso —replicó—. Mirad aquí —e indicó un pequeño aparato colocado a la derecha de la «brújula de destino»—. Éste es mi «evasor de colisiones», como le llamo. Este aparato es el interruptor, que acciona o cierra el mecanismo. El instrumento mismo está bajo el puente y acciona al motor y a las palancas de la dirección. Es sencillísimo, siendo nada más que un generador de radio que emite ondas en todas las direcciones, hasta una distancia de cien yardas, poco más o menos, de la nave. Si esta fuerza envolvente fuese interrumpida en cualquier dirección, un delicado instrumento advierte inmediatamente la irregularidad, imprimiendo al mismo tiempo un impulso a un aparato magnético que, a su vez, acciona al mecanismo del motor, desviando al aparato del obstáculo hasta que el radio de emisión del aparato deja de estar en contacto con el obstáculo; entonces vuelve a la dirección que antes llevaba. Si el obstáculo se aproximara por detrás del aparato,

como en el caso de otro aparato que navegase a mayor velocidad, con peligro de alcanzarme, el mecanismo actúa sobre el taquímetro lo mismo que sobre el motor, y el aparato aumenta su velocidad hacia adelante, ya subiendo, ya bajando, según el aparato que se vaya echando encima esté en un plano más bajo o más alto que el otro aparato. En casos graves, esto es, cuando las obstrucciones son varias o de tal naturaleza que exijan la desviación de la nave a más de cuarenta y cinco grados en una dirección determinada, o cuando el aparato ha llegado a su destino y descendido hasta unas cien yardas de la tierra, el mecanismo le obliga a pararse en seco, y al mismo tiempo suena el fuerte timbre de un despertador, que despertará instantáneamente al piloto. Ya veis que *me* he anticipado a casi todas las contingencias.

Thuvan Dhin se sonrió al apreciar el maravilloso invento.

El asistente que se había adelantado llegó casi hasta el costado del aparato aéreo. Casi cerraba los ojos para concentrar la mirada.

—Todas, menos una —dijo.

Los nobles le miraron con asombro, y uno de ellos le agarró no muy suavemente por un hombro para echarle atrás y devolverle al lugar que le correspondía. Carthoris levantó su mano.

—Aguardad —se apresuró a decir—. Oigamos lo que ese hombre tiene que decir; ninguna creación de una mente mortal es perfecta. Quizá haya descubierto algún defecto que sería bueno corregir inmediatamente. Ven, mi buen amigo, y dime: ¿cuál puede ser el problema que yo he pasado por alto?

Al hablar, Carthoris observó al asistente fijamente por primera vez. Vio a un hombre de gigantesca estatura y apuesto, como lo son todos los de la raza de los marcianos rojos; pero sus labios eran delgados y crueles, y una de sus mejillas estaba cruzada por una débil línea blanca que indicaba el corte de una espada, y que le llegaba desde la sien derecha a uno de los ángulos de la boca.

—Ven —se apresuró a decir el príncipe de Helium—. Habla.

El hombre dudaba. Era evidente que le pesaba la osadía que había hecho de él el centro de una atención llena de interés. Pero, al fin, viendo que no le quedaba otro remedio, habló.

—El mecanismo podría ser alterado dijo —por un enemigo.

Carthoris sacó una pequeña llave de su bolsillo de cuero.

—Mira esto —dijo alargándosela a aquel hombre—. Si sabes algo de cerraduras, conocerás que el mecanismo que abre esto está fuera del alcance de la habilidad de un cerrajero vulgar. Esto protege a los elementos vitales del instrumento de la alteración de un enemigo. Sin esto, un enemigo tiene que destruir casi el mecanismo para llegar a su interior y dejar su interior al descubierto para el más casual observador.

El asistente tomó la llave, la miró ávidamente; luego, al adelantarse para

devolvérsela a Carthoris, la dejó caer sobre el enlosado de mármol. Volviéndose para buscarla, puso la suela de su sandalia de lleno sobre el brillante objeto. Por un instante dejó descansar todo su peso sobre el pie que cubría la llave; luego dio un paso atrás y, con una exclamación como de placer, por haberla encontrado, se inclinó hacia el suelo, la recogió y la devolvió al heliumita. Luego se retiró a su puesto, detrás de los nobles, y fue olvidado.

Un momento después Carthoris se había despedido de Thuvan Dhin y de sus nobles, y, parpadeando las luces de su apartado, se había elevado en la bóveda salpicada de estrellas de la noche marciana.

CAPÍTULO II



Esclavitud

Cuando el gobernante de Ptharth, seguido de sus cortesanos, descendió de la pista situada encima del palacio, los asistentes fueron ocupando sus puestos a retaguardia de sus reales o nobles amos. Descendiendo en último puesto, uno de ellos titubeó hasta que el resto su hubo alejado. Después, inclinándose rápidamente, se quitó a toda prisa la sandalia de su pie derecho, deslizándola en uno de sus bolsillos. Cuando la comitiva hubo llegado al final de su descenso, y el jeddak hubo dado la señal de dispersión, nadie notó que el asistente que había llamado tanto la atención antes de que el príncipe de Helium partiese, ya no estaba entre el resto dei cortejo.

Nadie había pensado en preguntarse quién era el personaje a cuyo séquito pertenecía dicho asistente, porque los servidores de un noble marciano son muchos y se renuevan a capricho de su amo, de manera que una cara nueva apenas si llama la atención nunca, porque el hecho de que un hombre haya penetrado dentro de los muros del palacio es considerado como prueba positiva de que su lealtad para el jeddak está fuera de duda; tan rígido es el examen de cada uno de los que intentan entrar en el servicio de los nobles de la Corte.

Es una buena regla, y sólo deja de seguirse por cortesía, en favor de la servidumbre de las personas reales, visitantes de un país extranjero y amigo.

Estaba ya muy avanzada la mañana del día siguiente, cuando un criado gigantesco, con la librea de la casa de un gran noble de Ptharth, salió por las puertas del palacio a la ciudad. Caminaba rápidamente, pasando de una a otra avenida, hasta que hubo salido del distrito de los nobles, llegando a la parte de la ciudad especialmente ocupada por las tiendas. Aquí buscó un edificio de apariencia imponente que se elevaba igual que un obelisco: hacia los cielos; sus muros exteriores estaban muy adornados con delicadas tallas e intrincados mosaicos.

Era el Palacio de la Paz, en el cual habitaban los representantes de las naciones extranjeras, o, más bien, en el que estaban alojadas sus Embajadas; porque los ministros residían en espléndidos palacios dentro del barrio ocupado por los nobles.

Aquí, el sujeto buscó la Embajada de Dusar. Un portero le salió al paso, preguntándole al entrar; y a su petición de hablar con el ministro, le pidió que le mostrase en nombre de quién iba. El visitante se quitó de su brazo un brazalete de

metal liso, y señalando una inscripción que había en su superficie interior, susurró unas palabras al portero.

Los ojos de este último se abrieron desmesuradamente y su actitud se volvió muy respetuosa. Condujo al extranjero a un asiento y se apresuró a pasar a una habitación interior con el brazalete en su mano. Un momento después reapareció y condujo al visitante a la presencia del ministro.

Ambos permanecieron encerrados largo tiempo, y cuando al fin el gigantesco criado salió del despacho interior, su expresión indicaba satisfacción, que se traducía en una siniestra sonrisa. Desde el Palacio de la Paz se trasladó inmediatamente al palacio del ministro dusariano.

Aquella noche dos veloces aparatos aéreos despegaron de la parte más alta del mismo palacio. Uno dirigió su rápida carrera hacia Helium; el otro...

Thuvia de Ptarth vagó por los jardines del palacio de su padre, lo que era su costumbre por la noche antes de retirarse. Se abrigaba con sus sedas y pieles, porque el aire de Marte es helado después que el sol se ha sumergido rápidamente bajo el borde occidental del planeta.

Los pensamientos de la joven vagaban desde sus pendientes nupcias, que la harían emperatriz de Kaol, a la persona del elegante joven heliumita que había puesto su corazón a los pies de ella el día anterior. Si lo que entristecía su expresión era lástima o pesar cuando miraba hacia la región Sur del cielo, en la que había visto desaparecer las luces del aparato aéreo del joven, la noche anterior, era difícil decirlo.

Así también es imposible conjeturar con alguna precisión lo que podían haber sido sus emociones cuando distinguió las luces de un aparato que se acercaba rápidamente por aquella misma dirección, como si viniese impulsado hacia su jardín por la intensidad misma de los pensamientos de la princesa.

Le vio describir círculos cada vez más bajos sobre el palacio, hasta que tuvo la seguridad de que se preparaba para aterrizar. En ese momento, los poderosos rayos de su reflector descendieron del aparato, cayeron sobre la pista por un momento, iluminando las figuras de los guardias ptharianos, reflejándose en brillantes puntos de fuego sobre las piedras preciosas de sus imponentes uniformes.

Entonces el resplandeciente ojo se extendió progresivamente sobre las oscuras cúpulas y los delicados alminares descendiendo a los patios, a los parques y a los jardines, para detenerse al fin sobre el banco de piedra y en la joven, que se hallaba en pie al lado del mismo, con el rostro levantado hacia el cielo y en dirección de la nave aérea.

Sólo por un instante el reflector se detuvo sobre Thuvia de Ptarth; luego, se extinguió tan de repente como había aparecido. La nave aérea siguió pasando por encima de la cabeza de la joven para desaparecer al otro lado de un bosquecillo de elevados árboles que crecía dentro de las tierras que pertenecían al palacio y le

rodeaban.

La muchacha permaneció por algún tiempo como se encontraba al desaparecer la nave aérea, excepto que su cabeza se dobló sobre su pecho y sus ojos miraron a la tierra, pensativos.

¿Quién sino Carthoris podía haber sido? Quiso encolerizarse porque él se hubiese retirado así después de haberla espiado; pero encontró difícil el enfadarse con el joven príncipe de Helium.

¿Qué loco capricho podía haberle inducido a faltar así a las leyes de la etiqueta internacional? Por cosas menos importantes grandes potencias se han declarado la guerra.

La princesa, como tal, estaba extrañada y enojada; pero ¿y la joven?

Y la guardia, ¿qué hacía la guardia? Evidentemente, también ella había quedado tan sorprendida por la conducta sin precedente del extranjero, que, en un primer momento, no había tomado determinación alguna; pero que se proponía no dejar pasar el hecho sin una sanción, fue pronto evidente por el ruido de los motores sobre la pista y por la prontitud con que se lanzaron al aire las naves de una patrulla que formaba una larga hilera.

Thuvia vio cómo la patrulla salía disparada en dirección Este. También lo observaron así otros ojos.

En las densas sombras del bosquecillo, en un ancho paseo bajo el follaje que lo cubría, un aparato aéreo estaba a doce pies de altura de la tierra. Desde su puente, unos ojos penetrantes observaban la luz, que se debilitaba en la lejanía, del reflector de la primera nave de la patrulla. Ninguna luz brillaba en el aparato, rodeado de sombras.

Sobre su puente reinaba el silencio sepulcral. Su tripulación, compuesta por media docena de guerreros rojos, observaba las luces de las naves de la patrulla, que disminuían con la distancia.

—Los espíritus de nuestros antepasados están con nosotros esta noche —dijo uno en voz baja.

—Ningún plan ha sido nunca mejor llevado a cabo —contestó otro.

—Hacen precisamente lo que el príncipe ha pronosticado.

El que había hablado primero se volvió hacia el hombre que se hallaba acurrucado delante de la rueda del timón.

—¡Ahora! —susurró.

No se dio otra orden. Todos los tripulantes habían sido, sin duda, bien aleccionados en todos los detalles de la operación de aquella noche. Silenciosamente, el negro casco de la embarcación se arrastró bajo los arcos catedralicios del oscuro y silencioso bosquecillo.

Thuvia de Ptarth, mirando atentamente hacia el Este, vio la negrísima mancha

deslizarse sobre la oscuridad de los árboles, a medida que el aparato llegaba a colocarse sobre el ancho muro del jardín. Vio cómo el oscuro bulto se inclinaba suavemente, bajando hacia el césped color escarlata del jardín.

Comprendió que sus tripulantes no venían de aquella manera con intenciones amistosas. Sin embargo, no dio voces para alarmar a los guardias que se hallaban cerca, ni huyó hacia la seguridad que le ofrecía su palacio.

¿Por qué?

Puedo verla encoger sus bien formados hombros, en señal de respuesta, al evocar la universal y secular contestación.

¿Por qué?

Apenas el aparato había tocado tierra, cuando cuatro hombres saltaron desde su puente. Se dirigieron corriendo hacia la joven.

Aun entonces, no dio ésta ninguna señal de alarma, permaneciendo como si estuviese hipnotizada. ¿Estaría como quien espera a un deseado visitante?

No se movió hasta que ellos estuvieron completamente al lado de ella. Entonces la luna más próxima, levantándose por encima del follaje circundante, presentó su rostro, iluminándolo todo con la brillantez de sus rayos de plata. Thuvia de Ptarth no vio sino extranjeros, guerreros con el uniforme de Dusar. Ahora tuvo miedo; pero ¡demasiado tarde!

Antes que pudiese emitir un solo grito, rudas manos se apoderaron de ella. Una pesada banda de seda fue enrollada alrededor de su cabeza. Fue levantada en fuertes brazos y llevada a la cubierta de la nave aérea. Las hélices giraron repentinamente, el viento azotó su cuerpo y, desde muy arriba, oyó los gritos de alarma de la guardia.

Precipitándose hacia el Sur, otra nave aérea salió disparada con dirección a Helium. En su cabina, un hombre rojo, muy alto, se inclinaba sobre la suave suela de una sandalia vuelta hacia arriba. Con delicados instrumentos, medía la débil impronta de un pequeño objeto que aparecía grabado. Sobre una mesilla que había a su lado estaba el contorno de una llave, y allí anotaba los resultados de sus mediciones.

Una sonrisa se dibujaba en sus labios al contemplar su trabajo, y se volvió hacia quien aguardaba al lado opuesto de la mesa.

—El joven es un genio —observó—. Solamente un genio pudo haber ideado una cerradura tal como la que debe ser abierta con esto. Aquí tienes el bosquejo, Larok, y emplea libremente todo tu ingenio en reproducirlo en metal.

El artífice guerrero se inclinó.

—Nada hace el hombre —dijo— que el hombre no pueda destruir.

Luego salió de la cabina con el bosquejo. Cuando la aurora rompió sobre las altas torres que señalaban las ciudades gemelas de Helium —la torre color de escarlata de una de ellas y la amarilla de su hermana—, una nave aérea flotaba perezosamente asomando por el Norte.

Su casco ostentaba las insignias de uno de los nobles menores de una remota ciudad del imperio de Helium. Su lenta aproximación y la evidente confianza con la cual caminaba a través de la ciudad, no despertaron ninguna sospecha en los ánimos de la adormecida guardia. Habiendo acabado de hacer su ronda de servicio, los guardias pensaban poco más que en ser relevados.

La tranquilidad reinaba del uno al otro extremo de Helium. Inmóvil, enervadora paz. Helium no tenía enemigos. Nada había que temer.

Sin prisas, la patrulla aérea más próxima se desplazó perezosamente y se aproximó al extraño. A una distancia conveniente para hablar con facilidad, el oficial, desde su puente, saludó al aparato que llegaba.

El alegre ¡Kaor! y la plausible explicación de que el propietario venía desde muy lejos para pasar algunos días de placer en la alegre Helium ya fueron suficientes. La nave de la patrulla aérea se apartó, siguiendo de nuevo su camino. El extraño continuó hasta llegar a un aeropuerto público, donde descendió y se detuvo.

Casi al mismo tiempo, un guerrero entraba en su cabina.

—Está hecho, Vas Kor —dijo, entregando una pequeña llave de metal al corpulento noble que acababa de levantarse de su cama.

—¡Bien! —exclamó este último. Debéis de haber trabajado en ello durante toda la noche, Larok.

El guerrero asintió con la cabeza.

—Ahora, tráeme el uniforme heliumita que has hecho hace algunos días —ordenó Vas Kor.

Hecho esto, el guerrero ayudó a su amo a reemplazar el hermoso y enojado traje propio por los sencillos adornos inherentes de un guerrero ordinario de Helium y con las insignias de la misma casa que se veían sobre el casco de la nave aérea.

Vas Kor desayunó a bordo. Luego salió al muelle aéreo, entró en un ascensor y fue trasladado rápidamente a la calle que había debajo, donde pronto se vio envuelto por la multitud madrugadora de los obreros que caminaban apresuradamente a sus trabajos diarios.

Entre ellos, sus prendas guerreras no se destacaban más de lo que se destacan unos pantalones en Broadway. Todos los hombres marcianos son guerreros, con la única excepción de aquellos físicamente incapaces para las armas. El comerciante y su dependiente hacen ruido con sus armas, al mismo tiempo que atienden sus negocios. El escolar, al entrar en el mundo, como lo hace casi adulto, desde un cascarón blanco como la nieve, que ha acompasado su —desenvolvimiento durante cinco largos años, comprende tan poco la vida sin una espada a su costado, que sentiría el mismo malestar saliendo desarmado que sentiría un muchacho de la Tierra al caminar por la calle desnudo.

El destino de Vas Kor estaba en el Helium Mayor, que está situado a unos cien

kilómetros al otro lado de la llanura que se extiende desde el Helium Menor. Había desembarcado en la última de estas ciudades porque la patrulla aérea es menos suspicaz y está menos alerta que la que vuela sobre la metrópoli mayor, donde está el palacio del jeddak.

Cuando caminaba con la multitud por la calle, construida a manera de parque, de la populosa ciudad, la vida de una ciudad marciana que se despierta se evidenciaba a su alrededor. Las casas, levantadas en alto, sobre sus esbeltas columnas de metal, para la noche, estaban descendiendo suavemente hacia la tierra. Entre las flores que cubrían el césped escarlata que rodea los edificios, los niños estaban jugando ya, y elegantes mujeres riendo y charlando con sus vecinos al recoger espléndidas flores para los floreros de sus casas.

El gracioso ¡kaor! del saludo barsomiano llegaba continuamente a los oídos del extranjero, a medida que los amigos y los vecinos reanudaban las tareas de un nuevo día.

El barrio en que había desembarcado era residencial: un barrio de mercaderes de la clase más próspera. Por todas partes se veían muestras de lujo y riqueza. En las azoteas de todas las casas aparecían esclavos llevando magníficas sedas y costosas pieles que ponían al sol y al aire. Mujeres ricamente enjoyadas reposaban lánguidamente, aun tan temprano, en los balcones ricamente ornamentados que precedían a sus dormitorios. Más entrado el día, se trasladarían a las terrazas, cuando los esclavos hubiesen preparado los divanes y colocado los doseles de seda para resguardarlas del sol.

Acordes de una música inspiradora brotaban agradablemente de las abiertas ventanas, porque los marcianos han resuelto el problema de apaciguar agradablemente los nervios con una rápida transición del sueño a la vigilia que resulta tan difícil para la mayor parte de la gente de la Tierra.

Por encima de su cabeza navegaban los estilizados y ligeros aparatos aéreos de pasajeros, desplazándose cada uno en su propio plano, entre los numerosos puertos destinados al tráfico interno de pasajeros. Las pistas de aterrizaje que se elevan a tanta altura que parecen tocar los cielos, están destinadas a las grandes líneas internacionales. Las naves de carga disponen de otros embarcaderos varios niveles más bajos, a unos cincuenta metros de la tierra, y ninguna nave se atreve a descender o elevarse de un plano a otro, excepto en algunas zonas restringidas donde el tráfico horizontal está prohibido.

A lo largo del corto césped que cubre el suelo de la avenida, multitud de aeronaves se movían en líneas continuas y en direcciones opuestas. La mayoría de ellas rozaban la superficie de la hierba y elevándose a veces con agilidad para sobrepasar a algún piloto que iba volando delante y a una altura inferior, o en las intersecciones, en las que los tráficos del norte y del sur tienen prioridad en su

tránsito y los del este y el oeste deben elevarse por encima del mismo.

Desde los hangares privados instalados sobre muchos tejados, despegaban continuamente aparatos para unirse al tráfico. Alegres despedidas y mensajes de último momento se mezclaban con los ruidos de los motores y con los apagados rumores de la ciudad.

Sin embargo, con todo el rápido movimiento y la multitud de naves que se lanzaban en todas direcciones, la sensación predominante era la del agradable silencio y la facilidad del movimiento.

A los marcianos les disgusta el clamor áspero y discordante. Los únicos grandes ruidos que pueden soportar son los de la guerra, el chasquido de las armas, la colisión de dos poderosos destructores aéreos. Para ellos no hay música más dulce que ésta.

En la intersección de dos amplias avenidas, Vas Kor descendió desde el nivel de la calle al de las grandes aerostaciones de la ciudad. Aquí pagó en una pequeña ventanilla el importe del billete hasta su destino, con un par de monedas oscuras y ovaladas, de las características de Helium.

Más allá del lugar en que se encontraba el portero, llegó hasta una línea de lento movimiento, de lo que a los ojos de un terrestre hubiera parecido una línea de proyectiles de puntas cónicas y de ocho pies de altura, para algún gigantesco cañón. Lentamente, aquellos objetos se movían en una sola fila, a lo largo de un camino cubierto de árboles. Una media docena de empleados ayudaban a entrar a los pasajeros, o les indicaban su propia dirección.

Vas Kor se aproximó a un vehículo vacío. En su parte anterior tenía un cuadrante y una aguja. Colocó a esta última en dirección al Helium Mayor, levantó la abovedada cubierta del aparato, entró en él y se echó en su tapizado fondo. Un empleado bajó la cubierta, que se cerraba con una anilla, y segundos después emprendió una marcha lenta.

Inmediatamente, el aparato cambió automáticamente de dirección y tomó otro rumbo para entrar, un momento más tarde, en una serie de tubos de negra boca.

Cuando penetró por entero en la negra abertura, recibió un impulso semejante al de una bala de rifle. Se oyó un zumbido, una suave aunque repentina parada y lentamente el aparato salió a otra parada; otro empleado levantó la cubierta y Vas Kor salió a la estación, bajo el centro del Helium, a cien kilómetros del punto de partida.

Entonces buscó el nivel de la calle, entrando inmediatamente en un aparato volador que le esperaba. Vas Kor no le dirigió una sola palabra al esclavo sentado en el lugar del conductor. Era evidente que lo había estado esperando y que el esclavo había recibido sus instrucciones antes de su llegada.

Apenas Vas Kor había tomado asiento, cuando el aparato ocupó su lugar en la procesión de rápido movimiento, saliendo, posteriormente, de una ancha y frecuentada avenida a una calle menos congestionada. En este momento dejó atrás el

populoso distrito para entrar en otro de pequeñas tiendas y detenerse ante la entrada de una de ellas que ostentaba la muestra de un traficante en sedas extranjeras. Vas Kor entró en el recinto, de bajo techo. Un hombre, desde el otro extremo, le hizo señas para que entrase en la zona interior, no dando muestras de conocerle hasta que hubo entrado detrás del que le llamaba y la puerta se hubo cerrado detrás de ambos.

Entonces se volvió a su visitante, saludándole deferentemente.

—El más noble... —comenzó a decir; pero Vas Kor le detuvo con un gesto.

—Nada de cumplidos —dijo—. Debemos olvidar que yo no soy otra cosa que vuestro esclavo. Si todo ha sido tan cuidadosamente ejecutado como ha sido planeado, no tenemos tiempo que perder. En vez de ello deberíamos ponernos en camino del mercado de los esclavos. ¿Estás dispuesto?

El mercader movió la cabeza, y dirigiéndose a una gran arca sacó el traje de un esclavo. Vas Kor lo revistió inmediatamente. Después, ambos pasaron, desde la tienda, por una puerta trasera y atravesaron un serpeante paseo bordeado de árboles, saliendo a una avenida en la que aquél desembocaba, y allí tomaron un aparato aéreo que estaba esperándolos.

Cinco minutos después, el mercader conducía a su esclavo al mercado, donde una multitud llenaba el gran espacio abierto, en el centro del cual se hallaba el grupo de los esclavos.

La multitud era enorme en este día, porque Carthoris, príncipe de Helium, debía ser el principal postor.

Uno a uno, los propietarios iban subiendo a la tribuna, situada junto al grupo de los esclavos, sobre la cual estaban sus bienes muebles. Breve y claramente, cada uno pregonaba las virtudes de su oferta particular.

Cuando todas hubieron terminado, el mayordomo del príncipe de Helium pujó por el grupo de esclavos que le habían impresionado más favorablemente. Por él hizo una magnífica oferta.

Hubo poco regateo en el precio, y ninguno en absoluto cuando Vas Kor fue añadido a dicho grupo. Su amo aceptó la primera oferta que por él se hizo, y así el noble dusariano entró a formar parte de la casa de Carthoris.

CAPÍTULO III



Traición



Al día siguiente de la llegada de Vas Kor al palacio del príncipe de Helium, reinaba gran excitación en las dos ciudades gemelas, alcanzando el más alto grado en el palacio de Carthoris. Se había recibido la noticia del rapto de Thuvia de Ptarth de la Corte de su padre, y con ella la velada sospecha de que el príncipe de Helium fuese responsable de conocer el hecho y la residencia de la princesa. En la Cámara del Consejo de John Carter, héroe de Marte, estaban Tardos Mors, jeddak de Helium; Mors Kajak, su hijo, jed de Helium Menor; Carthoris, y una veintena de los nobles más importantes del imperio.

—No debe haber guerra entre Ptarth y Helium, hijo mío—dijo John Carter—. Sabemos de sobras que eres inocente del cargo que se te ha hecho por insinuación, pero Thuvan Dhin debe de saberlo con la misma seguridad que nosotros.

—Sólo hay uno que pueda convencerle, y ése eres tú. Debes apresurarte a ir a la Corte de Ptarth, y con tu presencia allí, lo mismo que con tus palabras, asegurarle que sus sospechas son infundadas. Lleva contigo la autoridad del héroe de Barsoom y del jeddak de Helium para ofrecer todos los recursos de las naciones aliadas para ayudar a Thuvan Dhin a recobrar a su hija y castigar a sus raptos, cualesquiera que sean. ¡Ve! Sé que no necesito indicarte que actúes con la máxima premura.

Carthoris salió de la Cámara del Consejo y se dirigió apresuradamente a su palacio.

En él, los esclavos estaban muy ocupados preparando las cosas para la partida de su señor. Varios trabajaban en el veloz aparato aéreo que había de llevar al príncipe de Helium rápidamente a Ptarth.

Al fin quedó hecho todo. Pero dos esclavos armados quedaron de guardia. El sol poniente se hallaba muy bajo sobre el horizonte. En un momento la oscuridad envolvería todas las cosas. Uno de los guardias, un gigante cuya mejilla derecha estaba cruzada por una estrecha cicatriz que comenzaba en una de las sienes y terminaba en la boca se aproximó a su compañero; Su mirada se extendía por encima y más allá de su camarada. Cuando hubo llegado al mismo lugar, dijo:

—¿Qué extraño aparato es ése?

El otro se volvió vivamente para mirar hacia el cielo. Apenas hubo vuelto la

espalda al gigante, cuando la espada corta de este último se hundió por debajo de la clavícula izquierda del primero, derecha a su corazón.

Sin proferir una palabra, el vigilante se desplomó, cayendo muerto. Sin perder un momento, el asesino arrastró el cadáver dentro de las negras sombras que invadían el cobertizo. Luego, volvió a aproximarse a la nave aérea.

Sacando de su bolsillo una llave hábilmente fabricada, quitó la cubierta del cuadrante de la derecha de la brújula destinada a la dirección. Por un momento estudió la construcción del mecanismo oculto por la tapa. Luego, volvió a colocar el cuadrante en su lugar, fijó la aguja y volvió a quitarla para notar el cambio resultante en la posición de las partes afectadas por la maniobra.

Una sonrisa cruzó por sus labios. Con un par de cortes separó de un golpe la proyección que se extendía a través del cuadrante desde la aguja externa; ahora, esta última podía moverse en cualquier dirección sobre el cuadrante, sin afectar para nada al mecanismo inferior. En otras palabras, el hemisferio oriental del cuadrante era inútil.

Posteriormente, dirigió su atención a la parte occidental del mecanismo. Señaló sobre ella con la aguja un punto determinado. Después levantó la cubierta del cuadrante y, con una fina herramienta, cortó el cable de acero que sujetaba a la aguja por la parte inferior.

Con toda la celeridad posible volvió a colocar la segunda tapa del cuadrante, y volvió a ocupar su puesto de guardia.

Bajo todos los aspectos, la brújula era tan eficaz como antes; pero a todas luces, el movimiento de las agujas sobre los cuadrantes resultaba ahora incongruente en relación al mecanismo inferior, y el aparato estaba dispuesto, invariablemente, con arreglo al destino que había elegido el esclavo.

En ese momento llegó Carthoris, acompañado sólo por un puñado de sus caballeros. Sólo dirigió una breve mirada al esclavo que se encontraba de guardia. Los finos y crueles labios de éste último y la cicatriz que se extendía desde la sien a la boca, despertaban en el joven la sensación de un recuerdo desagradable. Carthoris se preguntó con asombro dónde habría encontrado Saran Tal a aquel hombre; luego cambió el curso de sus pensamientos, y un momento después el príncipe de Helium reía y charlaba con sus compañeros aunque, en el fondo, su corazón se encogía por el temor de lo que le podría haberle sucedido a Thuvia de Ptarth; cosa que era incapaz de imaginarse.

Primero, naturalmente, había acudido a su mente el pensamiento de que Astok de Dusar había robado a la hermosa ptharhiana; pero casi simultáneamente a la noticia del rapto habían llegado las noticias de las grandes fiestas de Dusar en honor del regreso del hijo del jeddak a la Corte de su padre.

«No puede haber sido él—pensaba Carthoris—, porque, en la misma noche del

rapto de Thuvia, Astok había estado en Dusar, y, sin embargo...»

Entró en la aeronave, cambiando algunas observaciones casuales con sus compañeros mientras abría el mecanismo de la brújula y colocaba la aguja en dirección de la capital de Ptarth.

Después de una palabra de despedida, tocó el botón que accionaba los rayos impulsores, y cuando la nave se elevó ligeramente en el aire, la máquina entró en funcionamiento, obedeciendo al toque de su dedo sobre un segundo botón; las hélices giraron cuando su mano impulsó hacia atrás la palanca de la velocidad, y Carthoris, príncipe de Helium, partió envuelto en la espléndida noche marciana, bajo las rutilantes lunas y un millón de estrellas.

Apenas la aeronave había alcanzado su máxima velocidad, cuando su regio ocupante, envolviéndose en sus ropas de seda y de pieles, se tendía cuan largo era sobre el estrecho puente para dormir.

Pero el sueño no obedeció en seguida a sus deseos.

Por el contrario, sus pensamientos se agitaban en su cerebro, desterrando el sueño. Recordaba las palabras de Thuvia de Ptarth, palabras con que casi le había asegurado que lo amaba, porque cuando él le había preguntado si amaba a Kulan Tith, ella había respondido solamente que era su prometida.

Ahora veía que la respuesta de la joven se prestaba a más de una interpretación. Podía, desde luego, significar que no amaba a Kulan Tith, y así, por inducción, podía querer decir que amaba a otro.

Pero ¿qué seguridad había de que el otro fuese Carthoris de Helium?

Cuanto más pensaba en esto, más se aseguraba de que no solamente no había seguridad en las palabras de ella de que le amase a él, sino que no la había siquiera en ninguno de los demás actos de la joven. No; el hecho era que no lo amaba. Amaba a otro. Ella no había sido raptada; había volado voluntariamente con su amante.

Con tan desagradables pensamientos, que le llenaban de desesperación y de rabia, Carthoris, al fin, cayó en el sueño producido por el agotamiento mental.

El despuntar de la repentina aurora lo encontró aún dormido. Su nave corría velozmente sobre una llanura estéril de color ocre: el fondo, viejo como el mundo, de un mar marciano muerto hacía largo tiempo.

A lo lejos se elevaban unas colinas de escasa altura. Hacia ellas dirigió Carthoris su aparato. Cuando estuvo cerca de los mismos, pudo ver un gran promontorio desde su puente, que se extendía por lo que había sido en otro tiempo un gran océano, y volviendo a rodear una vez más al olvidado puerto de una ciudad olvidada, la cual se extendía aún desde sus muelles desiertos, imponente construcción de maravillosa arquitectura de un remoto pasado.

Las numerosísimas y lúgubres ventanas, desiertas y abandonadas, miraban ciegas desde sus alféizares de mármol toda la triste ciudad, asemejándose a desperdigados

montones de calaveras humanas blanqueadas por el sol, recordando los huecos de las ventanas a órbitas sin ojos, presentando las puertas el aspecto de quijadas, que se abrían y se cerraban alternativamente.

La nave se acercó aún más; pero ahora su velocidad iba disminuyendo poco a poco; sin embargo, no había llegado aún a Ptarth.

Se detuvo sobre la plaza central, anclándose lentamente a la superficie de Marte. A unas cincuenta metros de altura se detuvo, flotando graciosamente en el ligero aire, y en el mismo instante una alarma sonó al oído del durmiente.

Carthoris se puso en pie. Miró hacia abajo para ver la populosa metrópoli de Ptarth. A su lado debería ya haber habido una patrulla aérea.

Miró a su alrededor con desconcertante asombro. Allí, en verdad, había una gran ciudad, pero no era Ptarth. Ninguna multitud llenaba sus anchas avenidas. Ninguna señal de vida rompía la mortal monotonía de sus azoteas desiertas. Nada de sedas espléndidas, de costosas pieles; nada prestaba vida y color al frío mármol y a la brillante ersita.

Ninguna nave de patrulla estaba preparada para dar el acostumbrado «¿Quién vive?». Silenciosa y desierta estaba la gran ciudad; desierto y silencioso el aire que la rodeaba. ¿Qué había sucedido? Carthoris examinaba el cuadrante de su brújula. La aguja señalaba a Ptarth. ¿Podía su invento haberle engañado así? No podía creerlo.

Se apresuró a abrir la cubierta, echándola hacia atrás sobre sus bisagras. Una sola ojeada le mostró la verdad, o al menos parte de ella; la proyección de acero, que comunicaba el movimiento de la aguja sobre el cuadrante al corazón del mecanismo inferior, había sido cortada. ¿Quién podía haberlo hecho? ¿Y cómo? Carthoris no podía aventurar ni siquiera una débil conjetura. Pero la cuestión consistía ahora en saber en qué parte del mundo se encontraba, y, después, en proseguir su interrumpido viaje.

«Si había sido el propósito de algún enemigo el de hacerme tardar más tiempo, lo ha conseguido plenamente», pensó Carthoris cuando levantaba la cubierta del segundo cuadrante, habiendo visto en el primero que la aguja no había sido desviada por completo. Bajo el segundo cuadrante halló la clavija de acero separada, como en el otro; pero el mecanismo de la dirección había sido primeramente dispuesto para conducir a otro lugar distinto del hemisferio occidental.

Sólo había tenido tiempo para juzgar, con no muchas probabilidades de acierto, que se encontraba en algún lugar del sudoeste de Helium, y a una distancia considerable de las ciudades gemelas, cuando oyó el agudo grito de una mujer por debajo de su aparato.

Inclinándose sobre el costado de la nave, vio lo que parecía ser una mujer roja, que era conducida a la fuerza, a través de la plaza, por un corpulento guerrero verde, uno de aquellos fieros y crueles habitantes de los lechos de los mares muertos y de las

ciudades desiertas del moribundo Marte.

Carthoris no esperó a ver más. Echando mano a la palanca de la dirección, condujo su aparato, en un directo picado, a tierra.

El hombre verde llevaba apresuradamente a su cautiva hacia un enorme thout que ramoneaba en la vegetación de color ocre de la en otro tiempo plaza de espléndido color escarlata. En el mismo instante una docena de guerreros rojos saltaba desde el portal de un palacio de ersita próximo, persiguiendo al raptor con las espadas desnudas y dando gritos de rabia.

Una vez la mujer volvió el rostro hacia arriba, hacia la nave descendente, y en su única y rápida mirada Carthoris vio que era Thuvia de Ptarth.

CAPÍTULO IV



Cautiva de un Hombre Verde

Cuando la luz del día despuntó sobre el pequeño aparato, a cuyo puente la princesa de Ptarth había sido arrebatada del jardín de su padre, Thuvia vio que la noche había producido un cambio en sus raptores.

Ya no brillaba su indumentaria con las enseñas de Dusar, sino que, en vez de éstas, se veían allí las insignias del príncipe de Helium.

La muchacha sintió sus esperanzas renovadas, porque no podía creer que en el corazón de Carthoris pudiera haber intención alguna de hacerle daño.

Ella habló al guerrero que conducía el aparato aéreo.

—Anoche llevabas las insignias de un dusariano dijo—. Ahora llevas las de Helium. ¿Qué significa eso?

El hombre la miró e hizo una mueca.

—El príncipe de Helium no es un loco —contestó.

Precisamente entonces salió un oficial del pequeño camarote. Éste reprendió al guerrero por conversar con la prisionera, y él mismo no quiso responder a ninguna de las preguntas de la muchacha.

Ningún daño sufrió la joven durante el viaje, y así llegaron al fin de su destino, sin que Thuvia supiese, nada más que al principio, de sus raptores o de sus propósitos.

La nave aérea descendió lentamente en la plaza de uno de aquellos monumentos mudos del pasado muerto y olvidado de Marte; las desiertas ciudades que bordean los tristes fondos marinos de color de ocre, donde antiguamente habían rodado las furiosas olas y sobre cuyo pecho se había agitado el comercio marítimo de los pueblos que han muerto para siempre.

Thuvia de Ptarth no era ajena a aquellos lugares. Durante sus excursiones en busca del río Iss, ella había seguido el camino que, durante interminables eras, había sido el de la última larga peregrinación de los marcianos hacia el valle de Dor, donde está el perdido Mar de Korus; ella había encontrado varios de aquellos tristes restos de la grandeza y de la gloria del antiguo Barsoom.

Y también durante su vuelo desde los templos de los Sagrados Therns con Tars Tarkas, jeddak de Thark, había visto aquellos lugares con sus mágicos y fantasmales

habitantes, los grandes monos blancos de Barsoom.

Ella sabía también que muchos de ellos eran frecuentados ahora por las tribus nómadas de hombres verdes; pero que, entre todos ellos, no había ninguna ciudad que los hombres rojos no evitasen, porque, sin excepción, se encontraban en medio de territorios extensos y sin agua, inapropiados para la civilización sedentaria de la raza dominante de Marte.

¿Por qué, entonces, la llevarían a semejante lugar? Sólo había una respuesta. El objetivo de su empresa debía requerirle el buscar el aislamiento que ofrecía una ciudad muerta. La muchacha temblaba pensando en su suerte.

Durante dos días sus raptos la retuvieron en un enorme palacio que, aunque en decadencia, reflejaba el esplendor del siglo que su juventud había conocido.

Precisamente antes del amanecer del tercer día había sido despertada por las voces de dos de sus raptos.

—Él debe estar aquí al amanecer —decía uno de ellos—. Tenla preparada en la plaza; de otro modo, nunca desembarcará. En cuanto vea que está en un país extraño, partirá; me parece que el plan del príncipe flaquea en este punto.

—No había otro remedio —replicó el otro—. Será un éxito reunir aquí a ambos, y aun cuando no lográsemos atraerle a tierra, habríamos hecho mucho.

Precisamente entonces, el que estaba hablando sorprendió la mirada de Thuvia, que caía sobre él, y que consistía en un rayo de luz lanzado con rápido movimiento por Thuvia durante su loca carrera a través del cielo.

Haciendo una rápida seña al otro, dejó de hablar, y, avanzando hacia la joven, le hizo señas para que se levantase. Entonces la condujo, en la oscuridad de la noche, hacia el centro de la gran plaza.

—Quédate aquí —ordenó— hasta que vengamos a buscarte. Vigilaremos, y si intentas escapar, no lo pasarías muy bien; te haré algo peor que matarte. Tales son las órdenes del príncipe.

Entonces el hombre volvió la espalda y se dirigió hacia el palacio, dejándola sola en medio de los invisibles terrores de la ciudad frecuentada por los espíritus, porque es cierto que aquellos lugares estaban frecuentados por los espíritus, según la creencia de muchos marcianos, que se aferraban todavía a una antigua superstición que decía que los espíritus de los Sagrados Therns que morían antes que pasasen los mil años que debían vivir transmigraban a los cuerpos de los grandes monos blancos.

Para Thuvia, sin embargo, el riesgo de que la atacase una de aquellas bestias feroces, semejantes al hombre, era más que suficiente. Ella ya no creía en la fantástica transmigración del alma, que los therns le habían enseñado antes que hubiese sido rescatada de sus garras por John Carter; pero conocía bien la horrible suerte que le aguardaba si, por casualidad, alguna de aquellas terribles bestias la sorprendía durante sus nocturnas correrías. ¿Qué era aquello?

Seguramente, no podía engañarse. ¡Algo se había movido sigilosamente en la sombra de uno de los grandes monolitos que bordean la avenida por el lugar en que desemboca en la plaza, al lado opuesto al lugar en que ella se encontraba! Thar Ban, jed de las hordas de Torquas, cabalgaba velozmente a través de la vegetación ocre del fondo del mar Muerto, hacía las ruinas del antiguo Aanthor.

El oficial había cabalgado mucho aquella noche, y muy de prisa, y acababa de llegar del saqueo del incubador de una horda verde vecina con la cual las hordas de Torquas estaban guerreando continuamente.

Su gigantesco thoat no estaba, ni mucho menos, fatigado. «Sin embargo, sería bueno —pensaba Thar Ban— permitirle que pastase el musgo ocre que crece a mayor altura dentro de los patios cercados de las ciudades desiertas, en que el suelo es más rico que los fondos marinos y las plantas están resguardadas, en parte, del sol durante el expuesto día de Marte.»

En los delgados vástagos de esas plantas, que parecen estar secas, hay suficiente humedad para satisfacer la necesidad de los enormes cuerpos de los corpulentos thoats, que pueden resistir meses enteros sin beber agua, y durante días enteros hasta sin la ligera humedad que el musgo ocre contiene.

Cuando Thar Ban cabalgaba, sin hacer ruido, por la ancha avenida que conduce desde los muelles de Aanthor a la gran plaza central, él y su montura podrían haber sido tomados por espectros de un mundo de ensueños: tan grotescos eran el hombre y la bestia, tan silenciosamente caminaban los acolchados pies sin pezuñas del gran thoat sobre el enlosado, cubierto de feraz y crecido musgo, del antiguo pavimento. El hombre era un bello ejemplar de su raza. Medía no menos de dos metros y medio. La luz de la luna reverberaba en su sedosa piel verde, brillando sobre las joyas de su pesado arnés y los ornamentos que engalanaban sus cuatro musculosos brazos, mientras que los colmillos, vueltos hacia arriba, que sobresalían de su quijada inferior, relucían blancos y terribles.

A un costado de su thoat colgaban su largo rifle de radio y su enorme lanza, de quince metros de longitud y de contera de metal, mientras que de su propio arnés pendían sus dos espadas, larga y corta, lo mismo que sus otras armas más cortas.

Sus prominentes ojos y sus orejas, semejantes a antenas, giraban constantemente de un lado a otro, porque Thar Ban estaba todavía en tierra enemiga y también existía la continua amenaza de los grandes monos blancos, de los cuales John Carter acostumbraba decir que eran las únicas criaturas que podían producir aunque sólo fuese la más remota semejanza del miedo en los pechos de aquellos fieros habitantes de los fondos de los mares muertos.

Cuando el jinete se acercaba a la plaza, refrenó, repentinamente, su cabalgadura. Sus finas y tubulares orejas se pusieron rígidas, inclinándose hacia adelante. Un sonido inesperado había llegado hasta ellas. ¡Voces! Y donde había voces, fuera de

las de Torquas, había también enemigos. Todo el ancho Barsoom no contenía sino enemigos para los fieros torquasianos. Thar Ban desmontó. Manteniéndose a la sombra de los grandes monolitos que bordeaban la avenida de los muelles del dormido Aanthor, se aproximó a la plaza. Inmediatamente detrás de él, como un perro que le siguiese, pisándole los talones, iba el thout de color gris pizarra; su blanco vientre, sombreado por el cañón del rifle; sus pies, de vivo color amarillo, hundiéndose en el musgo, amarillo también, que crecía bajo ellos.

En el centro de la plaza, Thar Ban vio la figura de una mujer roja. Un guerrero rojo estaba conversando con ella.

Ahora el hombre volvió sobre sus pasos, dirigiéndolos al palacio situado al lado opuesto de la plaza. Thar Ban le siguió con la vista hasta que desapareció dentro del portal, abierto de par en par. ¡Thar Ban tenía en su poder un prisionero muy importante! Rara vez una hembra de sus seculares enemigos caía en manos de un hombre verde. Thar Ban se lamió los finos labios.

Thuvia de Ptarth contemplaba la sombra que se extendía por detrás del monolito, a la entrada de la avenida que tenía enfrente. Esperaba que no fuese sino una visión provocada por una imaginación sobreexcitada.

¡Pero no! Ahora la veía, clara y distintamente, moverse. Avanzaba por detrás del monolito de ersita que, a manera de escudo y de pantalla, la protegía y la ocultaba.

La repentina luz del sol saliente cayó sobre él. La joven tembló. El bulto cuya sombra había visto era un descomunal guerrero verde.

Rápidamente saltó hacia ella. La muchacha gritó e intentó huir; pero apenas se había vuelto hacia el palacio cuando una mano gigantesca cayó sobre su brazo; fue zarandeada y medio arrastrada fue conducida hacia un enorme thout que pacía tranquilamente, al otro lado de la entrada de la avenida, el musgo ocre de la plaza.

En aquel mismo instante la joven levantó su rostro en dirección del sonido chirriante que producía alguna cosa que pasaba por encima de ella, y allí vio una aeronave que descendía hacia ella, la cabeza y los hombros de un hombre que se inclinaba sobre el costado del vehículo; pero las facciones de aquel hombre estaban muy veladas por la sombra, de manera que no pudo reconocerlas.

Por detrás de ella se dejaron oír los gritos de sus raptos rojos. Estos corrían frenéticamente al encuentro de aquel que osaba robar lo que ellos habían robado antes.

Cuando Thar Ban llegó al lado de su montura, cogió rápidamente de su funda el largo rifle de radio, y, volviéndose, hizo tres disparos sobre los hombres rojos que avanzaban.

Tal es la habilidad que estos salvajes marcianos tienen en el tiro, que los tres guerreros rojos cayeron en su camino, porque otros tantos proyectiles reventaron sus entrañas. Los demás se detuvieron, y no osaron contestar al fuego por temor de herir

a la joven.

Entonces Tar Ban montó, en su thoot, llevando a Thuvia de Ptarth en sus brazos, y dando un grito de salvaje triunfo desapareció por la bajada del negro cañón de la avenida de los Muelles, entre los ceñudos palacios del olvidado Aanthor.

La nave de Carthoris no había aún tocado tierra cuando saltó desde el puente para correr tras el veloz thoot, cuyas ocho largas patas le conducían, avenida abajo, a la velocidad de un tren expreso; pero los hombres de Duser que habían quedado con vida no tenían la intención de consentir que se les escapase una presa tan valiosa.

Habían perdido a la joven. Difícil sería explicárselo a Astok; pero si conseguían llevarle, en cambio, al príncipe de Helium, podían esperar que les sirviese para calmar la cólera de su señor.

Así; los tres que habían quedado con vida cayeron sobre Carthoris con sus largas espadas, gritándole que se rindiese; pero del mismo modo y con el mismo resultado hubieran podido gritar a Thuvia que cesase en su veloz carrera a través del firmamento marciano, porque Carthoris de Helium era un verdadero hijo del héroe de Marte, John Carter, y de su incomparable Dejah Thoris.

La larga espada de Carthoris estaba ya en su mano cuando había saltado desde el puente de su aparato; así, en el momento en que se dio cuenta de la amenaza de los tres guerreros rojos, se volvió para hacerles frente, recibiendo su acometida como sólo John Carter mismo lo hubiera hecho.

Tan rápido era el movimiento de su espada, tan poderosos y ágiles sus músculos semiterrestres, que uno de sus contrarios cayó en tierra, tiñendo de rojo el musgo ocre con su sangre, cuando apenas había dado un solo paso hacia Carthoris.

Ahora los dos duserianos restantes se arrojaron simultáneamente sobre el heliumita. Tres largas espadas chocaron y centellearon a la luz de la luna, hasta que los grandes monos blancos, despertados de su sueño, treparon a las ventanas de la ciudad muerta para presenciar la sangrienta escena que bajo ellos se desarrollaba.

Tres veces fue alcanzado Carthoris, y su roja sangre le corría por el rostro, cegándole y tiñendo su ancho pecho. Con su mano libre enjugaba la sangre de sus ojos, y con la misma sonrisa que su padre cuando combatía en las batallas sobre los labios, saltaba sobre sus enemigos con renovada furia.

Un solo tajo de su pesada espada cortó la cabeza de uno de ellos, y, entonces, el otro, volviendo la espalda para retirarse de aquel mortífero lugar, huyó hacia el palacio que tenía detrás.

Carthoris no dio un solo paso para perseguirlo.

Tenía otro pensamiento distinto del de la imposición de un bien merecido castigo a los extraños que se habían disfrazado con las insignias de su propia casa, porque él había visto que aquéllos estaban disfrazados con las insignias que distinguían a sus propios soldados.

Volviendo rápidamente a su aparato, se elevó en seguida sobre la plaza en persecución de Tar Ban.

El guerrero rojo, a quien había puesto en fuga, volvió a presentarse en la entrada del palacio, y comprendiendo la intención de Carthoris, cogió un rifle de los que él y sus compañeros habían dejado apoyados en el muro cuando habían salido precipitadamente con sus espadas desnudas para impedir el robo de su prisionera.

Pocos hombres rojos son buenos tiradores, porque la espada es su arma predilecta; así, ahora, cuando el dusariano disparó sobre la nave que se elevaba y oprimió el botón colocado sobre el cañón del rifle, debía el éxito parcial de su puntería más bien al azar que a la destreza.

El proyectil rozó el costado de la nave, rompiéndose suficientemente la cubierta opaca para permitir que la luz del día hiriese el pequeño depósito de pólvora contenido en la parte delantera de dicho proyectil. Produjose una fuerte explosión. Carthoris sintió que su aparato daba tumbos, como un borracho, bajo sus pies, y, por último, la máquina se paró.

La velocidad adquirida por la nave aérea siguió impulsándola sobre la ciudad llevándola hacia el fondo submarino al otro lado de la misma.

El guerrero rojo, en la plaza, seguía haciendo disparos, ninguno de los cuales alcanzaba su blanco. Luego, un alto alminar ocultó a su vista el blanco móvil.

A lo lejos, ante él, Carthoris podía ver al guerrero verde conduciendo a Thuvia de Ptarth sobre su poderoso thoat. La dirección de su huida era la del noroeste de Aanthor, donde se extendía una región montañosa poco conocida para los hombres rojos.

El heliumita concentraba ahora su atención en su aparato averiado. Un detenido examen reveló el hecho de que uno de los depósitos que contienen la esencia impulsiva había sido perforado; pero el mecanismo propiamente dicho estaba intacto.

Un casco del proyectil había estropeado una de las palancas de la dirección de tal modo, que la reparación no era posible fuera del taller; pero, después de muchos esfuerzos, Carthoris consiguió dar a su aparato herido una velocidad lenta, que no podía aproximarse a la marcha rápida del thoat, cuyas ocho largas y fuertes patas le llevaban sobre la vegetación ocre del fondo del mar Muerto a una extraordinaria velocidad.

El príncipe de Helium se desalentaba e impacientaba por la lentitud de su persecución; sin embargo, se felicitaba de que la avería no fuese mayor, porque ahora podía, al menos, adelantar más rápidamente que a pie.

Pero hasta esta pequeña satisfacción le falló pronto, porque la nave empezó a inclinarse hacia babor y la proa. El desperfecto había sido, sin duda, más grave de lo que al principio había creído.

La mayor parte de aquel largo día, Carthoris navegó trabajosamente y sin rumbo

fijo a través del aire tranquilo; la proa de la nave, hundiéndose cada vez más, y la inclinación hacia la proa haciéndose cada vez más alarmante, hasta que, al fin, siendo ya casi de noche, flotaba casi proa abajo. Había colgado su arnés de una pesada argolla del puente para que su peso no le precipitase a tierra.

Su movimiento de avance se limitaba ahora al lento impulso que le daba la suave brisa que soplaba del sudeste, y cuando ésta cesó al ponerse el sol, se vio obligado a dejar descender a su aparato hasta tocar con la alfombra musgosa que debajo del mismo se extendía.

Delante de él y a gran distancia se elevaban las montañas hacia las cuales el hombre verde huía cuando le había visto por última vez, y, con tenaz resolución, el hijo de John Carter, dotado de la indomable voluntad de su poderoso padre, emprendió la persecución a pie.

Durante toda aquella noche siguió avanzando hasta que, al despuntar de un nuevo día, llegó a las faldas de los cerros que guardan los alrededores de la fortaleza de las montañas de Torquas.

Asperos muros de granito se elevaban ante él. Por ninguna parte podía ver una abertura en la formidable barrera; sin embargo, por alguna parte el guerrero verde había introducido en aquel inhospitalario mundo de piedra a la mujer deseada por el corazón del hombre rojo.

A través del blando musgo del fondo submarino no se veía ninguna huella que pudiera seguirse, porque las patas almohadilladas del thout apenas oprimían en su rápido paso la elástica vegetación, que volvía a levantarse tras sus suaves pasos, no dejando señal alguna.

Pero aquí en los cerros, donde de cuando en cuando el camino estaba sembrado de rocas disgregadas; donde la oscura tierra gredosa y las flores silvestres reemplazaban en parte a la triste monotonía de los lugares desiertos de las tierras bajas, Carthoris esperaba hallar alguna señal que lo condujese en la debida dirección.

Sin embargo, por más que buscaba, el nebuloso misterio del sendero parecía que probablemente quedaría para siempre insoluble.

Una vez más se acercaba el fin del día cuando la penetrante mirada del heliúmita distinguió el color amarillo oscuro de una curtida piel que se movía entre los peñascos, a varios cientos de metros a su izquierda.

Agachándose rápidamente detrás de una gran roca, Carthoris observó aquel objeto que se presentaba a su vista. Era un enorme banth, uno de aquellos leones salvajes barsomianos que corretean por los desolados cerros del moribundo planeta. Su nariz olfateaba la tierra. Era evidente que estaba rastreando por el olor la carne humana.

A medida que Carthoris le observaba, una gran esperanza penetraba en su corazón. Allí acaso estuviese la solución del misterio que había estado intentando resolver. Aquel carnívoro hambriento, ansioso siempre por encontrar carne humana,

podría estar rastreando ahora el lugar en que se encontraban aquellos dos a quienes Carthoris buscaba.

El joven salió, con precaución, al sendero en que se encontraba el antropófago. Este se movía a lo largo del pie de la peña perpendicular, olfateando la invisible huella y emitiendo de cuando en cuando el grave rugido propio del banth cuando está de caza.

Carthoris había seguido a la fiera sólo durante pocos minutos, cuando desapareció tan repentina y misteriosamente como si se hubiera disuelto en el tenue aire.

Carthoris dio un salto. No debía ser engañado otra vez por la fiera como lo había sido antes por el hombre. Avanzó a grandes saltos, y a un paso nunca aminorado, hacia el lugar en que por última vez había visto al enorme bruto.

Ante él se alzaba la desnuda peña, cuya superficie no presentaba ninguna abertura en la que el enorme banth pudiera haber ocultado su abultada osamenta. A su lado tenía una pequeña y lisa muralla, no más ancha que el puente de una nave aérea para diez tripulantes, y que no se elevaba a mayor altura que la de dos veces su propia estatura. ¿Acaso se ocultaría la fiera detrás de aquella muralla? La bestia podía haber descubierto el rastro del hombre y estar ahora en acecho de una presa más fácil.

Con precaución, y con su larga espada desnuda, Carthoris rodeó la roca. Allí no había ninguna fiera, pero había algo que le sorprendió infinitamente más de lo que le hubiese podido sorprender la presencia de veinte leones.

Ante él se abría la boca de una lóbrega caverna que penetraba profundamente en el subsuelo. La bestia podía haber desaparecido en aquella cavidad. ¿Era aquélla su guarida? Dentro de su tenebroso y vedado interior, ¿no podían ocultarse, no una, sino muchas de aquellas espantosas criaturas?

Carthoris no lo sabía, ni a causa del pensamiento que le había estimulado a avanzar en el sendero de la fiera, pensamiento que se sobreponía entonces a todos los demás, se había cuidado mucho de saberlo, porque le parecía seguro que dentro de aquella lóbrega caverna el animal había seguido el rastro del hombre verde y de su cautiva, y dentro de ella él seguiría también el mismo rastro, contento con dar su vida en servicio de la mujer a quien amaba.

Ni un instante vaciló, y sin embargo, no avanzó temerariamente, sino que con la espada preparada y cautelosos pasos, porque el camino estaba oscuro, se deslizó furtivamente en el interior. A medida que avanzaba, la oscuridad se convertía en impenetrable negrura.

CAPÍTULO V



La raza maravillosa

El extraño túnel (porque Carthoris estaba ahora convencido de que tal era la naturaleza de lo que él al principio había creído que no era sino una caverna) conducía al subsuelo, a lo largo de un suelo ancho y suave.

De cuando en cuando podía oír, delante de él, los profundos rugidos del banth, y a su espalda se oía, a su vez, un ruido semejante. ¡Otro banth había entrado por el mismo camino!

Su situación no era nada agradable. Sus ojos no podían penetrar la oscuridad, que no le permitía ni siquiera ver su mano delante de la cara, en tanto que los leones, como él sabía, podían ver perfectamente, aun cuando la ausencia de la luz fuese extrema.

Aparte de los inquietantes rugidos de las dos fieras sanguinarias que caminaban delante y detrás, respectivamente, de él, ningún otro sonido llegaba a sus oídos.

El túnel había seguido recto desde el lugar por donde Carthoris había entrado, por debajo del costado de la roca más lejana del resto de los inexpugnables peñascos, hacia la enorme barrera que por tanto tiempo le había burlado.

Ahora corría casi a nivel, y poco después notó Carthoris una subida gradual.

La fiera que caminaba detrás de él iba comiéndole el terreno, empujándole peligrosamente hacia la otra fiera que caminaba delante. Algún tiempo más, y tendría que hacer frente a una de ellas, o a las dos. El joven apretaba cada vez con mayor fuerza su espada.

Ahora podía oír la respiración de la bestia que caminaba delante. No podría demorar el encuentro por mucho más tiempo.

Mucho hacía que había adquirido la seguridad de que el túnel llegaba hasta debajo de las rocas que se encontraban al lado opuesto de la barrera, y había abrigado la esperanza de llegar a terreno descubierto antes de verse obligado a luchar desesperadamente con cualquiera de los dos monstruos.

El sol iba ya poniéndose cuando había entrado en el túnel, y el camino había sido suficientemente largo para asegurarle de que la oscuridad reinaba ahora sobre el mundo exterior.

Se volvió y lanzó una mirada. Brillando como llamas en la oscuridad,

aproximadamente a no más de diez pasos detrás de él, relumbraban dos puntos chispeantes. Cuando los fieros ojos se encontraron con los suyos, la bestia lanzó un espantoso rugido, y entonces Carthoris acometió.

Para hacer frente a aquella salvaje montaña de arrolladora ferocidad, para permanecer inmovible ante las repulsivas garras que sabía se encontraban ya desnudas en su atroz sed de sangre aunque no podía verlas, se necesitaban nervios de acero; pero así eran los de Carthoris de Helium.

Contaba con los ojos de la fiera para guiar su puntería, y tan certera como la mano de su valiente padre, la suya dirigió la aguda punta de la espada a una de aquellas órbitas llameantes, saltando, inmediata y ágilmente, a un lado.

Lanzando un espantoso rugido de dolor y de rabia, el herido banth se adelantó, casi a rastras, hasta pasar al otro lado de su enemigo. Luego volvió a la carga, pero esta vez Carthoris no vio sino un solo punto resplandeciente de fiero odio dirigido sobre él.

Otra vez la aguda punta de la espada alcanzó su relampagueante blanco. Otra vez el horroroso aullido de la bestia herida resonó en el rocoso túnel, helando la sangre con su grito lleno de dolor, ensordeciendo con su terrible extensión.

Pero ahora, al volverse para cargar de nuevo, el hombre no tuvo punto de mira para dirigir el golpe. Oyó el ruido que las patas producían al arañar el suelo rocoso. Supo que la fiera iba a lanzarse sobre él una vez más, pero no podía ver nada.

Sin embargo, si bien no podía ver a su antagonista, tampoco éste podía verlo a él. Saltando, como pensó, al centro justo del túnel mantuvo la punta de su espada dispuesta a la misma altura del pecho de la bestia. Esto era cuanto podía hacer, esperando que la suerte dirigiese el golpe al corazón salvaje cuando él se encontrase debajo del voluminoso cuerpo del animal.

Tan rápidamente había pasado la fiera al otro lado de Carthoris, que éste pudo apenas creer a sus sentidos cuando el potente animal lo acometió frenéticamente por detrás. O porque Carthoris no se había colocado en el centro mismo del túnel, o por alguna otra causa, el animal, cegado por la rabia, había errado sus cálculos.

Sin embargo, el enorme cuerpo dejó de alcanzarle sólo por la distancia de un brazo, y la fiera siguió túnel abajo, como si persiguiese la presa que se le había escapado.

Carthoris siguió también la misma dirección, y no pasó mucho tiempo antes de que su corazón se sintiese aliviado, al ver la salida, a la luz de la luna, de aquel largo y tenebroso pasaje.

Ante él se abría una profunda cavidad, enteramente rodeada de gigantescos peñascos. La superficie del valle estaba salpicada de enormes árboles; extraña vista tan lejos de un acueducto marciano. La tierra misma estaba vestida de un brillante césped escarlata, salpicado de innumerables retazos de espléndidas flores silvestres.

Bajo el espléndido brillo de las dos lunas, la escena resultaba de un indescriptible agrado, matizada con la magia de un extraño encantamiento.

Sólo por un instante, sin embargo, descansó la mirada de Carthoris sobre las bellezas naturales que ante él se extendían. Casi inmediatamente se trocaron por la forma de una gran bestia que se encontraba sobre el cadáver de un thout recién muerto.

La enorme bestia, con su parda melena agitándose alrededor de su repulsiva cabeza, tenía sus ojos fijos sobre otro banth que corría, erráticamente, de un lado para otro, lanzando agudos quejidos de dolor y horriblos rugidos de odio y de rabia.

Carthoris dedujo rápidamente que la segunda fiera era la que él había cegado durante la lucha en el túnel; pero el thout muerto ocupaba su atención más que ninguno de los dos carnívoros salvajes.

El arnés aún estaba sobre el cuerpo de la corpulenta cabalgadura marciana, y Carthoris no podía dudar que se trataba del mismo animal sobre el que el guerrero verde había raptado a Thuvia de Ptarth.

Pero ¿dónde estaba el jinete y su prisionera? El príncipe de Helium se estremecía al pensar en la probable suerte que habrían tenido.

La carne humana es el alimento más apetecido por el fiero animal barsomiano, cuyo gran cuerpo y enorme fuerza requieren masivas cantidades de carne para su mantenimiento.

Dos cuerpos humanos hubieran servido no más que para entretener el apetito de la fiera, y a Carthoris le parecía más que probable que ella había dado muerte y devorado al hombre verde y a la muchacha roja. Había dejado el cadáver del corpulento thout para devorarlo después de haber comido la parte menor y más apetitosa de su banquete. Ahora, el banth ciego, en su salvaje y desatinada carga y contracarga, había pasado más allá de la víctima de su compañero, y allí la ligera brisa que soplabla le dio el olor de nueva sangre.

Sus movimientos dejaron de ser erráticos. Con la cola levantada y la boca espumeante, cargó en línea recta, como una flecha, sobre el cuerpo del thout y el poderoso animal destructor, que estaba con sus garras delanteras clavadas en el costado de color gris pizarra, aguardando el momento de defender su presa.

Cuando el banth atacante estuvo a veinte pasos del thout muerto, el matador respondió al salvaje desafío, y, dando un gran salto, salió al encuentro de su contrario.

El combate que siguió horrorizó al mismo belicoso barsomiano. El furioso desgarrar, el espantoso y ensordecedor rugir, el implacable salvajismo de las fieras teñidas de sangre le paralizaba y fascinaba, y cuando terminó la lucha y ambas bestias, con sus cabezas y costados hechos tiras, quedaron tendidas en el suelo con sus mandíbula aún haciendo presa, las de la una en el cuerpo de la otra, Carthoris, sólo por un esfuerzo de voluntad, se sustrajo al terrible encanto del espectáculo.

Corriendo al lado del thout muerto, buscó algún indicio de la joven, que temía hubiese compartido la suerte del thout; pero por ninguna parte pudo descubrir nada que confirmase sus temores.

Con el corazón ligeramente aliviado emprendió la exploración del valle; pero apenas había dado una docena de pasos, cuando sus ojos descubrieron el brillo de una alhaja de poco valor que yacía sobre el césped.

Al recogerla, la primera ojeada le demostró que era un pasador de cabello femenino, y en ella vio la insignia de la casa real de Ptarth.

Pero, siniestro descubrimiento, la sangre, aún líquida, había salpicado las magníficas joyas del adorno.

Carthoris casi se quedó sin respiración, porque las tremendas posibilidades que el caso le sugería inundaban su imaginación. Sin embargo, no podía, no quería creerlo.

Era imposible que aquella espléndida criatura hubiese encontrado un fin tan espantoso. Era increíble que la espléndida Thuvia hubiera podido dejar de existir.

Sobre su arnés, ya incrustado con joyas hasta la correa que cruzaba su ancho pecho, bajo el cual latía su leal corazón. Carthoris, príncipe de Helium, sujetó el brillante objeto que Thuvia de Ptarth había llevado, y, así prendiéndolo, se convirtió en el paladín de la heliumita.

Luego prosiguió su camino hasta el corazón del valle desconocido.

La mayor parte de los árboles gigantescos sólo le permitía ver muy limitada distancia. De cuando en cuando vislumbraba los altos cerros que rodeaban al valle por todos lados, y aunque se dejaban ver claramente bajo la luz de las dos lunas, Carthoris sabía que estaban muy lejos y que la extensión del valle era inmensa.

Durante la mitad de la noche continuó su busca, hasta que, en un momento dado, el distante sonido de la voz de los thout le obligó a hacer un alto repentino.

Guiado por el ruido de aquellas bestias, habitualmente encolerizadas, se deslizó, avanzando sigilosamente entre los árboles, hasta que al fin llegó a una llanura sin árboles, en cuyo centro se levantaban las bruñidas cúpulas y las torres de brillantes colores de una gran ciudad.

Pegado a las murallas de la ciudad, el hombre rojo vio un extenso campamento de guerreros verdes de los muertos fondos submarinos, y, dejando que su mirada recorriese cuidadosamente la ciudad, comprendió que no se trataba de una metrópoli desierta de un pasado muerto.

Pero ¿cuál podía ser aquella ciudad? Sus estudios le habían enseñado que en esta poco explorada parte de Barsoom la tribu feroz de hombres verdes torquasianos gobernaba de un modo supremo y que ningún hombre rojo había logrado todavía penetrar hasta el corazón de su dominio y volver al mundo civilizado.

Los hombres de Torquas tenían grandes y perfeccionados cañones, con los que su diestra puntería les había permitido rechazar los poco decididos esfuerzos que

algunas naciones vecinas de hombres rojos habían hecho para explorar su país por medio de flotas de naves aéreas de guerra.

Carthoris estaba seguro de hallarse dentro de los límites de Torquas; pero nunca había soñado que allí existiese una ciudad tan maravillosa, ni las crónicas de los tiempos pasados habían indicado siquiera semejante posibilidad, porque los torquasianos vivían, como era sabido, y del mismo modo que los demás hombres verdes de Marte, en las ciudades desiertas que se hallan esporádicamente distribuidas sobre el moribundo planeta, y ninguna horda verde había edificado nunca ni siquiera un solo edificio, con excepción de los incubadores de paredes bajas, en que sus crías nacían por efecto del calor solar.

El campo cercado de los guerreros verdes distaba doscientos metros de los muros de la ciudad. Entre ambos no había parapetos de ninguna clase ni alguna otra protección contra el fuego de rifle o de artillería; sin embargo, Carthoris podía ver claramente ahora, a la luz del sol saliente, muchas figuras humanas que se movían a lo largo de la parte superior de la elevada muralla y sobre las azoteas del otro lado de la misma.

Tenía la seguridad de que eran seres semejantes a él mismo, aunque estaban demasiado lejos para que pudiese adquirir la seguridad de que fuesen hombres rojos. Casi inmediatamente después de salir el sol, los guerreros verdes comenzaron a hacer fuego sobre las pequeñas figuras que coronaban la muralla. Con sorpresa para Carthoris, el fuego no fue contestado; en cambio, los últimos habitantes de la ciudad habían buscado refugio contra la prodigiosa puntería de los hombres verdes y ninguna otra señal de vida era visible al otro lado de la muralla.

Entonces Carthoris, manteniéndose al abrigo de los árboles que rodeaban la llanura, empezó a dar la vuelta a la parte posterior de la línea de los sitiadores, esperando, contra toda esperanza, encontrar en alguna parte algún indicio de la presencia de Thuvia de Ptarth, porque ni siquiera ahora podía creer que hubiese muerto.

Era milagroso que no le descubriesen, porque guerreros montados recorrían constantemente en todas direcciones el terreno que se extendía entre el campamento y la selva; pero transcurrió todo el día, y él proseguía aún su aparentemente infructuosa busca, hasta que cerca de la puesta del sol llegó enfrente de una gran puerta, situada en el muro oeste de la ciudad.

Allí parecía estar la fuerza principal de la horda sitiadora. Allí también había sido erigida una gran plataforma, desde la cual Carthoris podía ver a un corpulento guerrero verde en cuclillas y rodeado por varios compañeros suyos.

Ése pues, debe de ser el conocido Hortan Gur, jeddak de Torquas, el feroz viejo ogro del hemisferio sudoeste, porque sólo para un jeddak se levantan tribunas en los campamentos provisionales o sobre la marcha por las hordas verdes de Barsoom.

El heliumita siguió observando, y vio a otro guerrero verde que se adelantaba hacia la tribuna. A su lado llevaba una cautiva, y cuando los guerreros se apartaron para dejar paso a los dos, Carthoris pudo echar una rápida ojeada sobre la prisionera.

Su corazón latió regocijado. ¡Thuvia de Ptarth vivía aún!

Sólo con dificultad reprimía Carthoris el impulso que experimentaba de correr al lado de la princesa de Ptarth; pero, al fin, su sentido común se impuso, porque, en aquellas extraordinarias circunstancias, comprendió que los guerreros verdes se hubieran deshecho de él, resultando inútil su intento y perdiendo toda futura oportunidad que para socorrer a la princesa pudiera presentársele.

Vio cómo era conducida hasta el pie de la tribuna. Vio cómo Hortan Gur se dirigía a ella. No podía oír las palabras de aquél ni las respuestas de Thuvia; pero debieron haber irritado al monstruo verde, porque Carthoris le vio saltar hacia la prisionera y asestarle en el rostro un bárbaro golpe con su brazo ceñido de metal.

Entonces el hijo de John Carter, jeddak de jeddaks, Señor de la Guerra de Barsoom, enloqueció. La antigua y sangrienta bruma a través de la cual su padre había mirado a numerosísimos enemigos flotaba ante sus ojos.

Sus músculos semiterrenales, respondiendo inmediatamente a su voluntad, le transportaron con prodigiosos saltos hacia el monstruo verde que había golpeado a la mujer que él amaba.

Los torquasianos no miraban entonces hacia la selva. Todas las miradas se habían dirigido a la joven y al jeddak, y clamorosas carcajadas acogieron la respuesta del emperador verde a la petición de libertad de su prisionera.

Carthoris había recorrido casi la mitad de la distancia que mediaba entre la selva y los guerreros verdes, cuando un nuevo factor contribuyó a desviar aún más de él la atención de los últimos.

Sobre una alta torre de la ciudad sitiada apareció un hombre. De su boca salieron repetidos y aterradores gritos, gritos que se extendieron, agudos y aterradores, por las murallas de la ciudad, sobre las cabezas de los sitiadores y a través de la selva, hasta los más remotos confines del valle.

Una vez, dos, tres, el espantoso sonido zumbó, en los oídos de los hombres verdes y luego, desde lejos, muy lejos, llegó a través del extenso bosque, agudo y claro, un grito en respuesta.

No era otro que el primero. Por todas partes se alzaron salvajes gritos semejantes, hasta parecer que el mundo temblaba con sus ecos.

Los guerreros verdes miraban nerviosamente hacia todas partes. No conocían el miedo como los hombres de la Tierra podían conocerlo; pero, en presencia de lo extraordinario, su acostumbrada seguridad en sí mismos les abandonaba.

Y luego la gran puerta del muro de la ciudad, que se hallaba enfrente de la tribuna de Hortan Gur, giró repentinamente sobre sus goznes, hasta quedar abierta de par en

par. Así se presentó a las miradas de Carthoris un espectáculo tan extraño como jamás lo había visto el joven, aunque por el momento sólo tuvo tiempo para lanzar una sola y fugitiva mirada a los corpulentos arqueros que salían por la puerta, cubiertos con sus largos escudos de forma ovalada; para observar su flotante y oscuro cabello y para asegurarse de que los seres rugientes que llevaban a su lado eran fieros leones barsomianos.

En ese momento se encontraba él en medio de los asombrados torquasianos. Con su larga espada desnuda estaba entre ellos, y a Thuvia de Ptarth cuyos asustados ojos fueron los primeros en posarse sobre él, le pareció que estaba contemplando al mismo John Carter: tan sorprendentemente semejante era el modo de luchar del hijo al de su padre.

El parecido existía hasta en la misma famosa sonrisa con que acostumbraba luchar el virginiano. ¡Y el brazo derecho! ¡Ah, su agilidad y su rapidez!

Todo era, en derredor de Carthoris, tumulto y confusión. Los guerreros verdes saltaban sobre los lomos de sus pertinaces y ruidosos thoats.

Había también allí perros salvajes que lanzaban sus gritos guturales, aullando y dispuestos a lanzarse a las gargantas de los enemigos que se aproximasen.

Thar Ban y otro de los que estaban al lado de la tribuna habían sido los primeros en notar la llegada de Carthoris, y con ellos luchó por la posesión de la joven roja, mientras los otros se apresuraban a salir al encuentro de la hueste que avanzaba desde la ciudad sitiada.

Carthoris procuraba no sólo defender a Thuvia de Ptarth, sino también llegar, al lado del repugnante Hortan Gur para vengar a la joven del golpe salvaje que había recibido.

Consiguió llegar hasta la tribuna, pasando sobre los cadáveres de dos guerreros que se habían acercado a Thar Ban y su compañero para rechazar al arrojado hombre rojo, precisamente cuando Hortan Gur iba a saltar desde la tribuna al lomo de su thoot.

La atención de los guerreros verdes se dirigió principalmente a los arqueros que avanzaban hacia ellos desde la ciudad y a los leones salvajes que caminaban al lado de los arqueros: crueles bestias guerreras, infinitamente más terribles que los mismos perros salvajes.

Cuando Carthoris saltó a la tribuna, puso a Thuvia a su lado y se volvió contra el jeddak que intentaba partir, desafiándole coléricamente y dirigiéndole una estocada.

Cuando la espada del heliumita hirió su piel verde, Hortan Gur se volvió contra su adversario, lanzando un gruñido; pero en el mismo instante dos de sus oficiales le gritaron que se apresurase, porque la carga de los habitantes de bella piel de la ciudad estaba haciéndose más seria de lo que los torquasianos habían presumido.

En vez de quedarse allí para luchar con el hombre rojo, Hortan Gur le prometió su

atención para después que hubiera hecho frente a los presuntuosos ciudadanos de la ciudad amurallada, y saltando sobre su thout, partió al galope para encontrarse con los arqueros que avanzaban rápidamente.

Los demás guerreros siguieron velozmente a su jeddak, dejando a Thuvia y a Carthoris solos en la tribuna.

Entre ellos y la ciudad se desarrollaba una batalla terrible. Los guerreros de bella piel, armados solamente con sus grandes arcos y con una especie de hacha de guerra de mango corto, estaban casi desamparados bajo los salvajes hombres verdes montados, que se hallaban próximos a sus cuarteles; pero, a cierta distancia, sus aguzadas flechas eran tan eficaces como los proyectiles de radium de los hombres verdes.

Pero si los guerreros mismos estaban desconcertados, no así sus salvajes compañeros, los fieros banths. Apenas los enemigos habían llegado a entrar en contacto, cuando centenares de aquellas aterradoras fieras habían saltado entre los torquasianos, derribando a los guerreros de sus thouts, y hasta a los mismos thouts, llevando la destrucción a cuantos enemigos tenían delante.

El número de los de la ciudad también era ventajoso para los mismos, pues parecía que apenas había caído uno de sus guerreros cuando una veintena, de ellos ocupaba el lugar de aquél: en tal número salían por la gran puerta de la ciudad.

Y así sucedió que con la ferocidad de los leones y la superioridad numérica de los arqueros los torquasianos acabaron por retirarse, y, en aquel momento, la tribuna que ocupaban Carthoris y Thuvia vino a encontrarse precisamente en el centro de la batalla.

A ambos le pareció milagroso que ninguno de ellos fuese alcanzado por algún proyectil o alguna flecha; pero, al fin, la confusión de la batalla los sobrepasó completamente más allá del lugar en que se encontraban, de modo que volvieron a quedarse solos entre los luchadores y la ciudad, y sólo quedaron de la lucha, alrededor de la tribuna, los muertos y los moribundos y una veintena de rugientes bestias, peor entrenados que sus compañeros, que se paseaban entre los cadáveres, buscando carne.

Para Carthoris, la parte más extraña de la batalla había sido el terrible estrago hecho por los arqueros con sus relativamente débiles armas. En ninguna parte del terreno que abarcaba su vista había un solo hombre verde herido, sino que los cadáveres de sus muertos yacían en grandes montones sobre el campo de batalla.

La muerte parecía seguir instantáneamente a la más ligera punción de la flecha de un arquero, y, aparentemente, ninguna de ellas erraba nunca su blanco. Eso sólo podía tener una explicación: las puntas estaban envenenadas.

Ahora el estruendo de la lucha se perdía en la distante selva.

Reinaba el silencio, sólo interrumpido por los rugidos de los voraces leones.

Carthoris se volvió hacia Thuvia de Ptarth. Hasta entonces, ninguno de los dos había hablado.

—¿Dónde estamos, Thuvia? —preguntó.

La joven le miró interrogativamente. La misma presencia de Carthoris parecía proclamar el reconocimiento de la culpabilidad del rapto de la joven. ¿Cómo, si no, hubiera conocido él el destino de la nave aérea que la había conducido?

—¿Quién lo sabría mejor que el príncipe de Helium? —Le respondió ella—. ¿No ha venido por su propia y libre voluntad?

—Desde Aanthor he venido voluntariamente siguiendo el rastro del hombre verde que te había robado, Thuvia —replicó él—; pero desde que salí de Helium hasta que desperté sobre Aanthor, he pensado que me dirigía a Ptarth. Se ha dicho que yo era el culpable de vuestro rapto —dijo sencillamente él—, y me apresuré a ir a ver al jeddak, vuestro padre, para convencerle de la falsedad de la acusación y para ofrecerle mis servicios en favor de vuestro rescate. Antes de mi salida de Helium, alguien ha trucado mi brújula para que me condujese a Aanthor en vez de conducirme a Ptarth. Eso es todo. ¿Me crees?

—Pero ¡los guerreros que me raptaron en el jardín...! —exclamó ella— Después de nuestra llegada a Aanthor llevaban el emblema del príncipe de Helium. Cuando me cogieron llevaban el arnés dusariano. Esto parece tener una sola explicación. Cualquiera que hubiera osado hacerme el ultraje deseaba echar la culpa sobre otro, por si era descubierto en el acto; pero, una vez seguro, lejos de Ptarth, se sentía seguro, aunque sus subordinados vistiesen su propio traje.

—¿Crees que yo he hecho eso, Thuvia? —preguntó.

—¡Ah Carthoris! —replicó ella tristemente—. Deseo no creerlo; pero cuando todo te señala..., aun así no lo creería.

—Yo no lo he hecho, Thuvia —dijo él—. Pero permíteme ser completamente franco. Aun cuando mi afecto hacia tu padre es muy grande; aunque respeto mucho a KulanTith, a quien estás prometida; aunque conozco muy bien las terribles consecuencias que necesariamente hubieran seguido a semejante acción mía, la cual hubiera producido la guerra entre tres naciones de las más grandes de Barsoom; sin embargo, a pesar de todo ello, yo no hubiera vacilado en raptarte, Thuvia de Ptarth, sólo con que me hubieses dado a entender que no te hubiese desagradado. Pero no lo has hecho, y así, aquí estoy, no a mi propio servicio, sino al tuyo y a del hombre a quien estás prometida, para salvarte para él, si es humanamente posible hacerlo —concluyó él casi amargamente.

Thuvia de Ptarth le miró durante algunos momentos. Su pecho se elevaba y descendía como si le agitase alguna emoción irresistible. Ella avanzó un poco hacia él. Sus labios se abrieron como para hablar rápida e impetuosamente.

Y de repente reprimió el impulso que la había movido.

—Los actos futuros del príncipe de Helium —dijo fríamente —serán la prueba de su pasada honestidad de propósitos.

Carthoris se sintió conmovido por el tono de la joven, igualmente que por la duda, respecto de su integridad, que sus palabras implicaban.

Casi había esperado que ella le indicase que su amor sería aceptable; ciertamente le era debido, al menos, alguna gratitud por sus actos recientes en favor de ella; pero todo lo que recibía era frío escepticismo.

El príncipe de Helium encogió sus anchos hombros. La joven lo notó, así como la ligera sonrisa que entreabrió sus labios, de manera que ella a su vez se sintió herida.

Desde luego, ella no había tenido intención de herirle. El podía haber comprendido que, después de lo que había dicho, ella nada podía hacer para alentarle. Pero él no tenía necesidad de haber hecho tan palpable su indiferencia.

Los hombres de Helium se distinguían por su cortesía, no por su grosería. Acaso era la sangre terrenal la que corría por las venas de Carthoris.

¿Cómo podría ella conocer que el encogimiento de hombros no era sino la manera que tenía Carthoris de intentar, por esfuerzo físico, de expulsar la agobiadora pena de su corazón, o que la sonrisa de sus labios era la sonrisa de guerra de su padre, con la que el hijo daba muestra exterior de la determinación que había adoptado de ahogar su propio gran amor en sus esfuerzos para salvar a Thuvia de Ptarth para otro, porque él creía que ella amaba a aquel otro?

Él volvió a su primera pregunta.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. Yo no lo sé.

—Ni yo —replicó la joven—. Los que me robaron de Ptarth hablaban entre sí de Aanthor; así que yo creí posible que la antigua ciudad a que me llevaban fuese aquella famosa y en ruinas; pero no tengo la menor idea de dónde podamos encontrarnos.

—Cuando vuelvan los arqueros sabremos, sin duda, cuanto haya que saber —dijo Carthoris—. Esperemos que resulten amigos. ¿De qué raza serán? Sólo en la más antigua de nuestras leyendas y en las pinturas murales de las ciudades desiertas de los fondos del mar Muerto puede verse representada tal raza de gentes de oscuros cabellos y bella piel. ¿Podrá ser que hayamos venido a parar a una ciudad superviviente del pasado, que todo Barsoom cree sepultada bajo los siglos?

Thuvia miraba hacia la selva, en la cual los hombres verdes y los arqueros perseguidores habían desaparecido. Desde una gran distancia llegaban los gritos repulsivos de los banths y, de cuando en cuando, la detonación de algún disparo.

—Es extraño que no vuelvan —dijo la muchacha.

—Parece natural que viésemos cómo los heridos regresaban cojeando o conducidos a la ciudad —replicó Carthoris extrañado—. Pero ¿qué hay de los heridos más próximos a la ciudad? ¿Los han llevado a ella?

Ambos volvieron sus ojos hacia la parte del campo situada entre ellos y la ciudad amurallada, donde la lucha había sido más encarnizada.

Allí estaban los banths, rugiendo aún en torno de su repugnante festín.

Carthoris miró a Thuvia con asombro. Luego señaló hacia el campo.

—¿Dónde están? —susurró—. ¿Qué ha sido de sus muertos y heridos?»

CAPÍTULO VI



El Jeddak de Lothar

La muchacha manifestó en seguida su incredulidad.

—Yacen en montones —murmuró—. Eran millares hace sólo un minuto.

—Y ahora —continuó Carthoris— sólo quedan los banths y las osamentas de los hombres verdes.

—Deben de haber conducido a los arqueros muertos fuera del campo mientras estábamos hablando —dijo la joven.

—¡Es imposible! —replicó Carthoris—. Millares de muertos yacían allí, sobre el campo, hace sólo un momento. Su retirada hubiera llevado muchas horas. Es algo extraordinario.

—Yo había guardado la esperanza —dijo Thuvia— de que hubiésemos podido encontrar un asilo entre esas gentes de bella piel. A pesar de su valor sobre el campo de batalla, no me parece un pueblo feroz o belicoso. Había estado a punto de proponerte que buscásemos entrada en la ciudad; pero ahora apenas sé si debo aventurarme entre gentes cuyos muertos se desvanecen en el aire sutil.

—Atrevámonos a ello —replicó Carthoris—. No podemos estar peor dentro de sus muros que fuera de los mismos. Aquí podemos ser presa de los banths o de los no menos fieros torquasianos. Allí, al menos, encontraremos seres como nosotros. Todo lo que me hace dudar— añadió —es el peligro de conducirte a través de un camino en que tanto abundan los banths. Una sola espada apenas si prevalecería, aun cuando no nos acometiese a la vez más que una sola pareja.

—No temas a esa manada —replicó la joven, sonriendo—. No nos harán daño.

Mientras así hablaba, descendía de la tribuna, y, con Carthoris a su lado, caminaba intrépidamente por el sangriento campo en dirección de la ciudad amurallada y misteriosa.

Sólo habían recorrido una pequeña distancia, cuando un león, levantando la cabeza de su sangriento festín, se fijó en ellos. Con un rugido de cólera, la bestia se dirigió rápidamente hacia la pareja, y, al ruido de su voz, otros veinte siguieron su ejemplo.

Carthoris tiró de su espada. La joven le dirigió a hurtadillas una rápida mirada. Ella vio la sonrisa en sus labios, y fue como el vino para los nervios enfermos; porque

aun en el belicoso Barsoom, donde todos los hombres son valientes, la mujer reacciona rápidamente ante la tranquila indiferencia al peligro, ante la diabólica intrepidez sin fanfarronería.

—Puedes envainar tu espada —dijo ella—. Ya te he dicho que los banths no nos harían daño. ¡Mira!

Y, al hablar, se dirigía ella rápidamente hacia el animal más próximo.

Carthoris hubiera saltado en pos de ella para protegerla; pero, con un gesto, ella le hizo retroceder. Oyó cómo ella llamaba a las fieras con voz baja y cantarina que se asemejaba al runrún del gato.

Inmediatamente, las grandes cabezas se irguieron y todos los malignos ojos se volvieron hacia la figura de la joven. Luego, con cautela, comenzaron a moverse hacia ella. Esta se había detenido ahora y permanecía aguardándolos a pie firme.

Uno, más próximo a ella que los demás, vacilaba. Ella le hablaba imperiosamente, como podría hablar el amo a un perro de caza perezoso.

El gran carnívoro dejó caer su cabeza, y, con el rabo entre piernas, se aproximó, agachándose, a los pies de la joven, y tras él se aproximaron los demás, hasta que estuvo completamente rodeada por los salvajes antropófagos.

Apartándose, la muchacha los condujo hacia Carthoris. Ellos gruñeron no poco al acercarse al hombre; pero algunas severas palabras de mando les hicieron volver a su lugar.

—¿Cómo lo haces? —exclamó Carthoris.

—Tu padre, en cierta ocasión, me hizo la misma pregunta en las galerías de los Acantilados Aureos, en las montañas Otz, debajo de los templos de los therns. No pude contestarle, como ahora tampoco puedo contestarte. No sé de dónde viene mi poder sobre ellos; pero siempre, desde el día en que Sator Throg me arrojó entre ellos, en el foso de los banths de los Sagrados Therns, y las grandes fieras me acariciaron en vez de devorarme, siempre he tenido el mismo extraño poder sobre ellas. Acuden a mi llamada y me obedecen lo mismo que el fiel Woola obedece fielmente al mandato de vuestro poderoso padre.

Con una palabra, la joven dispersó el grupo de fieras. Rugiendo, volvieron a su interrumpido festín, mientras Carthoris y Thuvia pasaban entre ellos en dirección de la ciudad amurallada.

Según avanzaban, el hombre miraba con asombro a los cadáveres de aquellos guerreros verdes que no habían sido devorados o mutilados por los leones.

Llamó hacia ellos la atención de la joven. Ninguna flecha se veía clavada en sus grandes osamentas. En ninguno de ellos se veía señal alguna de herida mortal, ni siquiera el más ligero rasguño o la menor erosión.

Antes de que hubiesen desaparecido los muertos de los arqueros, los cadáveres de los torquasianos estaban erizados de las mortales flechas de sus enemigos. ¿De dónde

habían partido los sutiles mensajeros de la muerte? ¿Qué mano invisible los había arrancado de los cuerpos de los muertos?

A su pesar, Carthoris apenas pudo reprimir cierto temor de aprensión al mirar hacia la silenciosa ciudad que tenía ante sí. Ya no se veía señal alguna de vida ni en las murallas ni en las azoteas de las casas. Todo era inquietante, ominoso silencio.

Sin embargo, él estaba seguro de que se los observaba desde algún lugar por detrás de aquella blanca muralla.

Miraba a Thuvia. Ésta avanzaba con los ojos muy abiertos y fijos en la gran puerta de la ciudad. La mirada de Carthoris se dirigía al mismo lugar que la de la joven, pero nada veía.

Su mirada, al dirigirse a ella, pareció despertarla de un letargo. Levantó su cabeza para mirar al joven, y una rápida y tenue sonrisa corrió por sus labios, y luego, como si no se diese cuenta de ello, se aproximó más a él y colocó una de sus manos en la del joven.

Este pensó que algo en la joven, ajeno a su dominio consciente, le pedía protección. La rodeó con uno de sus brazos, y así cruzaron el campo. Ella no se retiró de él. Es dudoso que ella se diese cuenta del contacto del brazo del joven: tan absorta estaba contemplando el misterio de la extraña ciudad que tenía ante su vista.

Se detuvieron delante de la puerta. Esta era monumental. Por su construcción, Carthoris sólo pudo aventurar confusamente su increíble antigüedad.

Era circular y cerraba una abertura circular también, y el heliúmita conoció, por su estudio de la antigua arquitectura barsomiana, que se abría hacia un lado, como si fuese una enorme rueda colocada en una apertura del muro.

Hasta tales ciudades antiquísimas, como la antigua Aanthor, eran, no obstante, muy modernas comparadas con las razas que habían construido puertas como aquélla.

Cuando estaba especulando acerca de la identidad de aquella ciudad olvidada, una voz les habló desde arriba. Ambos levantaron la vista de pronto. Allí, apoyado en el borde de la alta muralla, estaba un hombre.

Su cabello era oscuro; su piel, rubia, aún más rubia que la de John Carter, el ciudadano de Virginia. Su frente era despejada; sus ojos, grandes e inteligentes.

El lenguaje que empleaba era inteligible para los dos que estaban abajo; sin embargo, había una marcada diferencia entre él y la lengua barsomiana de los dos jóvenes.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Y qué hacéis ahí, ante la puerta de Lothar?

—Somos amigos —replicó Carthoris—. Esta es la princesa Thuvia de Ptarth, que ha sido capturada por la horda torquasiana. Yo soy Carthoris de Helium, príncipe de la casa de Tardos Mors, jeddak de Helium, e hijo de John Carter, Señor de la Guerra de Marte, y de su esposa, Dejah Thoris.

—¿Ptarth? —repitió el hombre—. ¿Helium? —agitó su cabeza—. Nunca he oído

hablar de tales lugares, ni sabía que en Barsoom habitase una raza de tan extraño color. ¿Dónde están esas ciudades de que habláis? Desde nuestra torre más alta jamás hemos visto otra ciudad que la gran Lothar.

Carthoris señaló hacia el Nordeste.

—En esa dirección están Helium y Ptarth —dijo—. Helium está a unos diez mil kilómetros de Lothar, mientras que Ptarth dista once mil quinientos kilómetros de Helium, al nordeste

El hombre siguió moviendo la cabeza.

El hombre continuó agitando la cabeza.

—No conozco nada más allá de las colinas lotharianas —dijo—. Pocos pueden vivir cerca de las odiosas ordas de Torquas. Ha conquistado todo Barsoom a excepción de este valle y de la ciudad de Lothar. Aquí los hemos derrotado a lo largo de incontables eras, aún cuando insisten en sus intentos por destruirnos. No sé de dónde provenís, a no ser que seáis descendientes de los esclavos que los torquasianos conquistaron al principio de los tiempos, cuando redujeron al vasallaje al mundo exterior; hemos oído que destruyeron a todas las razas a excepción de ellos mismos.

Carthoris le intentó explicar que los torquasianos gobernaban sobre una parte relativamente pequeña de Barsoom, y eso gracias a que sus dominios no poseían ningún interés para la raza roja; pero el lothariano no parecía ver más allá del valle de Lothar más que las brutales ordas de Torquas.

Tras una larga conversación, consintió en que los dos jóvenes penetraran en la ciudad, y un momento más tarde, la puerta circular se abrió penetrando en su nicho, y Thuvia y Carthoris entraron en la ciudad de Lothar.

Todo lo que abarcaba su vista evidenciaba una riqueza fabulosa. Las fachadas de los edificios que daban a la avenida estaban ricamente labradas, y las puertas y ventanas estaban adornadas por piedras preciosas incrustadas en sus dinteles. Tablillas de oro batido, incrustadas en las paredes, mostraban escenas de la historia de pueblos ya olvidados.

Aquel con el que habían estado hablando desde las murallas se encontraba en medio de la avenida esperándolos. Tras él se encontraban un centenar o más de hombres de su misma raza. Todos iban vestidos con largas túnicas y ninguno llevaba barba.

Su postura era más de precaución que de enemistad. Siguieron a los recién llegados con la mirada; pero no dijeron palabra alguna.

Carthoris observó que la ciudad había estado hacía muy poco tiempo rodeada por una horda de feroces guerreros; sin embargo, ahora no veía armado a ningún ciudadano, ni podía ver soldado alguno.

Se preguntó si todos los combatientes de que disponía la ciudad había realizado la salida en un esfuerzo supremo por vencer al enemigo, dejando a la ciudad

desguarnecida.

Se lo preguntó a su huésped.

El hombre sonrió.

—Ninguna criatura viva, salvo un puñado de nuestros sagrados banths han salido hoy de Lothar—. Le respondió.

—¡Pero los soldados... los arqueros! —Exclamó Carthoris— Vimos a miles de ellos traspasar la puerta, arrollando a las hordas de Torquas y poniéndolas en derrota con sus mortíferas flechas y sus fieros banths.

El hombre volvió a sonreír con su conocida sonrisa.

—¡Mirad! —gritó, y señaló una ancha avenida que pasaba por debajo y delante de él.

Carthoris y Thuvia siguieron la dirección indicada, y allí, marchando marcialmente, a la luz del sol, vieron avanzar hacia ellos un gran ejército de arqueros.

—¡Ah! —exclamó Thuvia—. ¿Han vuelto por otra puerta; o acaso son ésas las tropas que han quedado para defender la ciudad?

De nuevo el hombre sonrió con su sagaz sonrisa.

—No hay soldados en Lothar —dijo—. ¡Mirad!

Carthoris y Thuvia se habían vuelto hacia él mientras hablaba, y ahora, cuando volvieron a dirigir sus miradas hacia los regimientos que avanzaban, sus ojos se abrieron desmesuradamente, asombrados, porque la amplia avenida que pasaba por delante de ellos estaba tan desierta como una tumba.

—¿Y los que cargaban hoy sobre las hordas? —susurró Carthoris—. ¿También ellos eran imaginarios?

El lothariano movió la cabeza.

—Pero sus flechas mataban a los guerreros verdes —insistió Thuvia.

—Vamos a presencia de Tario— replicó el lothariano—. Él os dirá lo que juzgue que debéis saber. Yo podría deciros demasiado.

—¿Quién es Tario? —preguntó Carthoris.

—El jeddak de Lothar —replicó el guía, conduciéndolos por la amplia avenida por la cual sólo hacía un momento habían visto marchar al ejército fantasma.

Durante media hora caminaron a lo largo de agradables avenidas, entre los más espléndidos edificios que ambos habían visto jamás. Muy pocas personas se veían. Carthoris no podía por menos que notar la apariencia de despoblación de la poderosísima ciudad.

Al fin llegaron al palacio real. Carthoris lo vio desde lejos, y conjeturando la naturaleza del magnífico edificio, se maravilló de que ni siquiera allí hubiese apenas señales de actividad y vida.

Ni siquiera un solo guardia se veía ante la gran puerta de entrada, ni en los jardines que más allá se extendían, en los cuales, según podía ver, había señales de la

variadísima vida que late dentro de los recintos de los sitios reales de los jeddaks rojos.

—Aquí —dijo su guía— está el palacio de Tario.

Mientras hablaba, Carthoris posaba, una vez más, sus miradas sobre el maravilloso palacio. Con una repentina exclamación, sé frotó los ojos y volvió a mirar. ¡No! No podía equivocarse. Ante la maciza puerta había una veintena de centinelas. En la avenida que conducía al edificio principal había dos filas de arqueros, una a cada lado.

Los jardines estaban llenos de oficiales y soldados que se movían activamente de un lado para otro, como si estuviesen ocupados en sus obligaciones de aquel mismo momento.

¿Qué clase de gente era aquella, que podía hacer que en un momento dado brotase un ejército del aire impalpable? Dirigió una mirada a Thuvia. Ella también había presenciado evidentemente la transformación.

La joven, estremeciéndose ligeramente, se aproximó más a su compañero.

—¿Cómo te lo explicas? —susurró ella—. Esto es de lo más extraordinario.

—No puedo explicármelo —repitió Carthoris—, a menos que hayamos perdido la razón.

Carthoris se volvió vivamente hacia el lothariano. Éste sonreía.

—Me parece que acabáis de decir que no había soldados en Lothar dijo el heliumita, señalando con gesto a los guardias—. ¿Qué son aquéllos?

—Pregunta a Tario —replicó el lothariano—. Pronto estaremos en su presencia.

No pasó mucho tiempo antes de que entrasen en una elevada cámara, en un ángulo de la cual había un hombre reclinado sobre un soberbio asiento cubierto por un alto dosel.

Cuando los tres se aproximaron, el hombre volvió sus soñolientos ojos, como si estuviese medio dormido, hacia ellos. A cinco metros del dosel, su guía se detuvo y, susurrando a Thuvia y a Carthoris que siguiesen su ejemplo, se arrojó de bruces al suelo. Luego, alzándose sobre las manos y las rodillas, comenzó a arrastrarse hacia el pie del trono, moviendo su cabeza y agitando su cuerpo como lo hubiera hecho un perro que se aproximase a su amo.

Thuvia dirigió una rápida mirada a Carthoris. Éste se mantenía erguido, con su cabeza levantada y los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Una altiva sonrisa corría por sus labios.

Tario le contemplaba fijamente, y Carthoris de Helium le miraba directamente a la cara.

—¿Quiénes son éstos, Jav? —preguntó el jeddak, al que arrastraba su vientre por el suelo.

—¡Oh Tario, el más glorioso jeddak! —replicó Jav—. Estos son extranjeros que

han llegado con las hordas de Torquas a nuestras puertas, diciendo que eran prisioneros de los hombres verdes. Cuentan cosas extrañas de ciudades muy distantes del Lothar.

—Levántate, Jav —ordenó— Tario—, y pregunta a esos dos por qué no muestran a Tario el respeto que le es debido.

Jav se levantó y se dirigió a los extranjeros. A la vista de su actitud altiva, su rostro se puso lívido. Saltó hacia ellos.

—¡Criaturas! —les gritó—. ¡Inclináos, inclináos sobre vuestros vientres ante el último de los jeddaks de Barsoom!

CAPÍTULO VII



Los arqueros fantasma

Cuando Jav saltó hacia él, Carthoris puso su mano sobre el pomo de su larga espada. El lothariano se detuvo. El gran aposento estaba vacío, con excepción de las cuatro personas que lo ocupaban; pero cuando Jav dio unos pasos hacia atrás, a causa de la actitud amenazadora del heliumita, este último se encontró rodeado de una veintena de arqueros.

¿De dónde habían salido? Carthoris y Thuvia estaban asombrados.

Ahora, la espada del primero saltó de su vaina, y en el mismo instante los arqueros, retirándose un poco, tendieron sus armas.

Tario casi se había levantado, reclinándose sobre uno de sus codos. Por primera vez vio plenamente la figura de Thuvia, que había estado oculta detrás de Carthoris.

—¡Basta! —gritó el jeddak, levantando su mano en ademán de protesta; pero en aquel mismo instante la espada del heliumita hería severamente a su antagonista más próximo.

Cuando el agudo filo tocó en su blanco Carthoris dejó que la punta se deslizase al suelo, y, con los ojos muy abiertos, dio unos pasos hacia atrás, consternado, pasándose el dorso de su mano izquierda por sus ojos.

Su acero había cortado el aire incorpóreo, su antagonista se había desvanecido: ¡ya no había arqueros en la habitación!

—Es evidente que son extranjeros —dijo Tario a Jav—. Antes de imponerles ningún castigo debemos asegurarnos de que se enfrentan a nosotros conscientemente.

Entonces se volvió hacia Carthoris; pero su mirada se dirigía continuamente a las perfectas líneas de la espléndida figura de Thuvia, cuya exhuberancia quedaba más acentuada que oculta por los correajes que vestía la princesa barsomiana.

—¿Quién sois —preguntó— que no conocéis la etiqueta de la Corte del último de los jeddaks?

—Yo soy Carthoris, príncipe de Helium —replicó el heliumita—. Y ésta es Thuvia, princesa de Ptarth. En las Cortes de nuestros padres, los hombres no se postran ante la realeza. Desde que los Primogénitos descuartizaron a su inmortal diosa, miembro por miembro, los hombres no se han arrastrado sobre sus vientres ante ningún trono de Barsoom. ¿Pensáis, por tanto, que la hija de un poderoso jeddak

y el hijo de otro se humillarían de tal modo?

Tario miró a Carthoris por largo tiempo. Al fin, dijo:

—No hay otro jeddak en Barsoom que Tario. No hay más raza que la de Lothar, a no ser que las hordas de Torquas se dignifiquen con tal nombre. Los lotharianos son blancos; vuestras pieles son rojas. En Barsoom no quedan mujeres. Vuestro compañero es una mujer.

Casi se levantó, inclinándose mucho hacia adelante, y señalando con dedo acusador a Carthoris.

—¡Sois un embustero! —gritó—. Ambos mentís, y osáis presentaros ante Tario, último y más poderoso jeddak de Barsoom, y asegurar vuestra estirpe real. Alguien lo pagará, Jav, y o mucho me engaño o eres tú mismo quien ha osado tan descaradamente burlarse del buen carácter de vuestro jeddak. Llévate al hombre. Deja a la mujer. Veremos si los dos son unos embusteros. Y después, Jav, sufrirás las consecuencias de vuestra temeridad. Pocos quedan de nosotros; pero Komal debe ser alimentado. ¡Id!

Carthoris pudo ver que Jav temblaba al postrarse, una vez más, ante su amo; y luego, levantándose, se volvió hacia el príncipe de Helium. — ¡Ven! —dijo.

—¿Y he de dejar a la princesa de Ptarth aquí sola? —exclamó Carthoris.

Jav pasó bruscamente a su lado, susurrando.

—Sígueme. No puede hacerle daño, a no ser que la mate, y eso puede hacerlo ya permanezcas aquí o ya te retires. Mejor haremos en retirarnos ahora; confía en mí...

Carthoris no comprendió; pero algo había en el tono con que Jav hablaba que le tranquilizaba, y así, se dispuso a retirarse, pero no sin dirigir una mirada a Thuvia, con la que intentaba darle a entender que si la dejaba era por su propio interés.

Como respuesta, ella le volvió la espalda, pero no sin dirigirle antes tal mirada de desprecio, que le hizo sonrojarse.

Entonces vaciló; pero Jav le cogió por la muñeca.

—¡Ven! —susurró—. O hará que aparezcan los arqueros, que te atacarán, y esta vez no habrá salvación. ¿No has visto cuan inútil ha sido tu acero contra el aire tenue?

Carthoris se volvió involuntariamente para seguirle.

Cuando ambos salieron de la cámara, él se volvió hacia su compañero.

—Si no puedo matar al aire incorpóreo —preguntó—, ¿cómo quieres que tema que el aire sutil pueda matarme?

—¿No has visto cómo caían los torquasianos ante los arqueros?preguntó Jav. Carthoris movió la cabeza. —Así caerías ante ellos, y sin una sola oportunidad de defenderte o vengarte.

Al hablar, Jav llevó a Carthoris a una pequeña habitación de una de las numerosas torres del palacio. Allí había asientos, y Jav mandó al heliumita que se sentase.

Durante algunos minutos, el lothariano contempló a su prisionero, pues tal se consideraba ahora Carthoris.

—Casi estoy convencido de que eres una persona real —dijo al fin.

Carthoris se echó a reír.

—Desde luego, soy real —dijo—. ¿Por qué lo dudas? ¿Es que acaso no puedes verme y tocarme?

—También puedo ver y tocar a los arqueros —replicó Jav—, y, sin embargo, todos sabemos que ellos, al menos, no son reales.

Carthoris mostró, por la expresión de su rostro, su asombro a cada nueva referencia a los misteriosos arqueros, el ejército lothariano que se desvanecía en el aire.

—¿Entonces, qué pueden ser? —preguntó.

—¿De veras no lo sabes? —preguntó Jav.

Carthoris movió la cabeza negativamente.

—Casi puedo creer que nos has dicho la verdad y que eres realmente de otra parte de Barsoom o de otro mundo. Pero dime: en vuestro propio país, ¿no tenéis arqueros para aterrorizar los corazones de los guerreros de las hordas verdes cuando matan en compañía de los fieros banths de guerra?

—Nosotros tenemos soldados —replicó Carthoris—. Nosotros, los de la raza roja, somos todos soldados; pero no tenemos arqueros para defendernos, como los vuestros. Nosotros nos defendemos a nosotros mismos.

—¿Vosotros salís y matáis a vuestros enemigos? —exclamó Jav incrédulamente.

—Por supuesto —replicó Carthoris—. ¿Cómo lo hacen los lotharianos?

—Ya lo has visto —Le respondió el otro—. Enviamos a nuestros arqueros inmortales, inmortales porque no viven, existiendo solamente en la imaginación de nuestros enemigos. En realidad, nuestras mentes gigantescas son las que nos defienden, enviando legiones de guerreros imaginarios para que se materialicen ante los ojos de la mente de nuestros enemigos. Ellos los ven; ven sus arcos tendidos; ven sus agudas flechas lanzadas velozmente, con infalible precisión, hacia sus corazones. Y mueren, matados por el poder de la sugestión.

—Pero ¿y los arqueros muertos? —exclamó Carthoris—. Dices que son inmortales, y, sin embargo, yo he visto sus cadáveres, en grandes montones, sobre el campo de batalla. ¿Cómo puede ser esto?

—Es solamente para dar apariencias de realidad a la escena —replicó Jav—. Creamos muchos defensores muertos, para que los torquasianos no puedan suponer que, en realidad, ningún ser de carne y hueso se les opone. Una vez que la verdad se impusiese a su espíritu, según la teoría de muchos de nosotros, dejarían de ser víctimas de la sugestión de las mortíferas flechas, porque sería aún mayor la sugestión de la verdad, y la sugestión más poderosa prevalecería; ésta es una ley.

—¿Y los banths? —preguntó Carthoris—. ¿También ellos no son más que hijos de la sugestión?

—Algunos de ellos son reales —replicó Jav—. Los que acompañaban a los arqueros en la persecución de los torquasianos eran imaginarios. Como los arqueros, nunca han vuelto, sino que, habiendo desempeñado su papel, se han desvanecido con los arqueros mismos cuando la derrota del enemigo estuvo asegurada. Los que se quedaron en el campo eran reales. A éstos los soltamos, a modo de basureros o barrenderos, para devorar los cuerpos de los torquasianos muertos. Esta tarea es exigida por nuestros realistas. Yo soy realista. Tario es un eterealista. Los eterealistas sostienen que la materia no existe, que todo es espíritu. Dicen que ninguno de nosotros existe, excepto en la imaginación de sus semejantes, como no sea con la existencia de una mentalidad intangible e invisible. Según Tario, es absolutamente necesario que todos nosotros convengamos en pensar que no hay torquasianos muertos bajo nuestros muros, y no habrá ninguno ni necesidad alguna de leones basureros.

—Entonces, tú ¿no sustentas las creencias de Tario? —preguntó Carthoris.

—Solamente en parte —replicó el lothariano—. Creo, de hecho sé, que existen algunas criaturas etéreas verdaderas. Tario es una de ellas, estoy convencido de ello. El sólo existe en la imaginación de su pueblo. Desde luego, éste es el concepto de todos nosotros, los realistas, que todos los eterealistas no son más que ficciones de la imaginación. Ellos sostienen que el alimento no es necesario, y no comen; pero cualquiera, por rudimentaria que sea su inteligencia, tiene que comprender que el alimento es una necesidad para las criaturas que tienen existencia real.

—Sí —convino Carthoris—; no habiendo comido hoy, es natural que esté plenamente de acuerdo contigo.

—¡Ah! Perdóname —exclamó Jav—. Ten la bondad de sentarte y satisfacer tu hambre.

Y con, un ademán de su mano materializó una abundantemente provista mesa que no estaba allí hacía un instante. Carthoris estaba seguro de ello porque había escudriñado cuidadosamente la habitación repetidas veces.

—Me alegro —continuó Jav— de que no hayas caído en manos de un eterealista. Entonces, ten la seguridad de que hubieras seguido hambriento.

—Pero —exclamó Carthoris— éste no es un alimento real; no estaba aquí hace un momento, y el alimento real no procede del aire sutil.

Jav pareció ofendido.

—No hay alimento real, ni agua en Lothar —dijo—, ni lo ha habido durante infinidad de siglos. Con el que tienes delante ahora hemos vivido desde el comienzo de la Historia. Con ése, pues, vivirás.

—Pero creo que sois realista — exclamó Carthoris.

—Ciertamente —exclamó Jav—, ¿qué más realista que este abundante festín? Precisamente en esto diferimos, más que en nada, de los eterealistas. Ellos pretenden que es innecesario imaginarse el alimento; pero nosotros hemos pensado que, para el mantenimiento de la vida, debemos tres veces al día sentarnos a la mesa y hacer abundantes comidas.

Se supone que el alimento que se toma sufre ciertos cambios químicos durante el proceso de la digestión y de la asimilación, siendo, naturalmente, su resultado la reconstitución de los tejidos desgastados.

Ahora, todos nosotros sabemos que el espíritu es todo, aunque podamos diferir en la interpretación de sus varias manifestaciones. Tario sostiene que no existe la sustancia y que todo es creación de la materia insustancial del cerebro.

Nosotros, los realistas, sin embargo, nos inclinamos más por lo firme. Sabemos que el espíritu tiene el poder de mantener la sustancia, aun cuando no pueda crearla; lo último es aún asunto discutible. Y así, sabemos que, para mantener nuestros cuerpos, debemos hacer que todos nuestros órganos funcionen debidamente.

Esto lo conseguimos materializando los pensamientos nutritivos y tomando el alimento así creado. Nosotros masticamos, tragamos, digerimos. Todos nuestros órganos funcionan precisamente como si tomásemos alimento material. ¿Y cuál es el resultado? ¿Cuál debe de ser? Los cambios químicos se producen mediante la sugestión directa e indirecta, y vivimos y crecemos.

Carthoris contemplaba el alimento que tenía delante. Parecía bastante real. Se llevó una porción a la boca. Allí había sustancia, ciertamente. Y sabor también. Sí; hasta el mismo paladar se engañaba.

Jav le observaba, sonriendo, al verlo comer.

—¿No te satisface plenamente? —preguntó.

—Tengo que admitir que esto existe —replicó Carthoris—. Pero dime: ¿cómo vive Tario y cómo viven los demás eterealistas que sostienen que el alimento es innecesario?

Jav se rascó la cabeza.

—Eso es algo que discutimos con frecuencia —replicó—. Esa es la prueba más consistente que tenemos de la no existencia de los eterealistas; pero ¿quién que no sea Komal puede saberlo?

—¿Quién es Komal? —preguntó Carthoris—. He oído a vuestro jeddak hablar de él.

Jav se inclinó al oído del heliumita, mirando temerosamente alrededor antes de hablar.

—Komal es la esencia —susurró—. Los mismos eterealistas admiten que el mismo espíritu ha de tener sustancia para transmitir a las imágenes la apariencia de la sustancia. Porque si no hubiese en realidad tal sustancia, no podría ser imaginada; lo

que nunca ha existido no puede ser imaginado. ¿Estáis conforme conmigo?

—Lo dudo —replicó Carthoris secamente.

—Así la esencia debe ser sustancia —continuó Jav—. Komal es la esencia del Todo, tal como es. Está sostenido por la sustancia. Él come. Él come lo real. Para ser más explícito: él come a los realistas. Esta es la obra de Tario.

Dice que en cuanto nosotros sostenemos que nosotros solos somos reales, debemos, para ser consecuentes, admitir que sólo nosotros somos alimento propio para Komal. A veces, como hoy, encontramos otro alimento para él. Es muy aficionado a los torquasianos.

—¿Y Komal es un hombre? —preguntó Carthoris.

—Él es todo, como te he dicho —replicó Jav—. No sé cómo describírtelo con palabras que puedas comprender. Él es el principio y el fin. Toda la vida emana de Komal, puesto que la sustancia que nutre al cerebro de imágenes irradia del cuerpo de Komal. Si Komal dejase de comer, toda la vida en Barsoom cesaría. El no puede morir; pero podría dejar de comer, y así, de irradiar.

—¿Y se alimenta de los hombres y de las mujeres de vuestras creencias? —exclamó Carthoris.

—¡Mujeres! —exclamó Jav—. No hay mujeres en Lothar. La última de las hembras lotharianas pereció hace siglos en aquel cruel y terrible viaje a través de las llanuras fangosas que rodean a los mares medio secos, cuando las hordas verdes nos redujeron en el mundo a este nuestro último escondrijo, nuestra inexpugnable fortaleza de Lothar.

Escasamente veinte mil hombres de todos los incontables millones de nuestra raza vivieron para llegar a Lothar. Entre nosotros no había mujeres ni niños. Todos habían perecido en el camino.

Andando el tiempo, nosotros también íbamos muriendo, y la raza aproximándose rápidamente a la extinción, cuando nos fue revelada la Gran Verdad de que el espíritu es todo. Muchos más murieron antes que nosotros perfeccionásemos nuestros poderes; pero, al fin, pudimos desafiar a la muerte cuando comprendimos plenamente que la muerte no era más que un estado del espíritu.

Entonces vino la creación de la gente espiritual, o, más bien, la materialización de las imágenes. Primero les dimos un uso práctico, cuando los torquasianos descubrieron nuestro refugio, y, afortunadamente para nosotros, transcurrieron siglos antes de que sus investigaciones diesen por resultado el descubrimiento, por parte de ellos, de la única pequeña entrada al valle de Lothar.

Aquel día lanzamos a nuestros primeros arqueros contra ellos. Nuestra intención era sólo la de espantarlos con el gran número de arqueros que podíamos presentar sobre nuestras murallas. Todo Lothar estaba erizado con los arcos y las flechas de nuestra hueste etérea.

Pero los torquasianos no se asustaron. Son inferiores a las bestias: no conocen el miedo. Se precipitaron sobre nuestros muros, y, poniéndose unos sobre los hombros de los otros, formaron escalas humanas que llegaron hasta el borde superior de la muralla, y estuvieron a punto de pasar al otro lado de la misma para caer sobre nosotros y arrollarnos.

Ni una sola flecha había sido disparada por nuestros arqueros; sólo les habíamos hecho correr de un lado a otro, a lo largo de la parte superior de la muralla, profiriendo insultos y amenazas contra el enemigo.

Pensé en intentar otra cosa, «el Gran Proyecto». Concentré toda mi poderosa inteligencia en los arqueros de mi propia creación; cada uno de nosotros produjo y dirigió todos aquellos arqueros de que su mente y su imaginación fueron capaces.

Yo les hice luchar por primera vez. Yo hice que apuntasen a los corazones de los hombres verdes. Yo hice que los hombres verdes viesan todo esto, y, luego, les hice ver cómo volaban las flechas, y les hice creer que sus puntas traspasaban sus corazones.

Eso era todo lo necesario. A centenares caían de nuestras murallas, y cuando mis compañeros vieron lo que yo había hecho, siguieron rápidamente mi ejemplo, de manera que, por ahora, las hordas de Tarquas se han retirado más allá del alcance de nuestras flechas.

Nosotros podríamos haberles dado muerte a cualquier distancia de no haber sido por una regla de guerra que hemos mantenido desde el principio: la regla del realismo. Nada hacemos, o más bien, hacemos que nuestros arqueros nada hagan a la vista del enemigo; esto está fuera del alcance de la comprensión de nuestros enemigos. De otro modo, ellos podrían comprender la verdad, y eso sería nuestro fin.

Pero desde que los torquasianos se han retirado fuera del alcance de nuestras flechas, han vuelto sobre nosotros, con sus terribles rifles, y con su constante amenaza han hecho la vida, dentro de nuestros muros, miserable.

Así, pues, yo he ideado la estratagema de lanzar a nuestros arqueros a través de las puertas sobre ellos. Hoy habéis visto lo bien que resulta. Durante siglos han vuelto sobre nosotros a intervalos, pero siempre con el mismo resultado.

—¿Y todo eso se debe a tu inteligencia, Jav? —preguntó Carthoris. Pienso que deberías ocupar un alto puesto en los consejos de vuestro pueblo.

—Lo ocupo —replicó Jav con orgullo—. El mío es inmediato al de Tario.

—Pero ¿por qué, entonces, tus maneras tan serviles de acercarte al trono?

—Tario lo exige. Está celoso de mí. Sólo espera la excusa más ligera para entregarme como alimento a Komal. Él teme que yo algún día usurpe su poder.

Carthoris repentinamente, dando un salto, se separó de la mesa.

—¡Jav! —exclamó—. ¡Soy un bestia! He estado comiendo hasta hartarme, mientras que la princesa de Ptarth quizá esté sin alimento. Volvamos y encontremos

algún medio de proporcionárselo.

El lothariano movió la cabeza.

—Tario no lo permitiría— lijo—. Sin duda, hará de ella una eterealista.

—Pero yo debo reunirme con ella —insistió Carthoris—. Dices que no hay mujeres en Lothar. Así, pues, debe de estar entre hombres, y si es así, pretendo estar cerca, donde pueda defenderla, si fuera necesario.

—Tario hará lo que desee —insistió Jav—. Te ha separado de ella y no puedes volver hasta que él os lo mande.

—Entonces iré sin esperar a que me lo mande.

—No olvides a los arqueros —le previno Jav.

—No me olvido de ellos —replicó Carthoris.

Pero no dijo a Jav que recordaba alguna otra cosa que el lothariano había dejado escapar, algo que quizá sólo fuera una conjetura, y, sin embargo, merecía la pena basar en ella una esperanza perdida, en caso necesario.

Carthoris se puso en movimiento para salir de la habitación. Jav se le puso delante, cerrándole el paso.

—He aprendido a estimarte, hombre rojo —dijo—; pero no olvides que Tario es aún mi jeddak y que ha ordenado que permanezcas aquí.

Carthoris iba a contestarle cuando llegó débilmente a sus oídos el grito de socorro de una mujer.

Con un empujón de su brazo, el príncipe de Helium separó al lothariano a un lado, y, con la espada desnuda, se lanzó de un salto al corredor.

CAPÍTULO VIII



La Sala de la Perdición

Cuando Thuvia de Ptarth vio que Carthoris salía de la presencia de Tario, dejándola sola con éste, un repentino desaliento se apoderó de ella.

Un aire misterioso llenaba la cámara de estado. Sus muebles y sus adornos denotaban riqueza y cultura y daban la sensación de que el aposento era a menudo el escenario de las funciones reales que llenaban toda su capacidad.

Y, sin embargo, en ninguna parte en torno suyo, ni en la antecámara, ni en el corredor, había señales de ningún otro ser, excepto ella misma y la reclinada figura de Tario, el jeddak, que la observaba, a través de sus ojos entornados, desde su espléndido y real trono.

Durante algún tiempo después de la salida de Jav y de Carthoris el hombre la contempló ansioso. Luego habló.

—Aproxímate más —dijo.

Y cuando se hubo aproximado:

—¿De quién eres creación? ¿Quién ha osado materializar sus ideas acerca de la mujer? Eso es contrario a las costumbres y a los edictos reales de Lothar. Dime, mujer: ¿de qué cerebro habéis salido? ¿Del de Jav? No, no lo neguéis. Sé que no puede ser otro que ese envidioso realista. Se propone tentarme. Quiere verme caer bajo el encanto de tus atractivos, y después él, tu dueño, lo sería también de mi destino y de... mi fin. ¡Lo veo todo! ¡Lo veo todo!

A causa de la indignación y la cólera, la sangre había ido agolpándose en el rostro de Thuvia. Su cabeza estaba erguida; sus perfectos labios adoptaron un gesto altanero.

—¡Yo no sé nada —gritó— de cuanto estáis diciendo! Yo soy Thuvia, princesa de Ptarth. Yo no soy la «criatura» de ningún hombre. Nunca antes de hoy había visto al que llamas Jav, ni tu ridícula ciudad, con la que no han soñado nunca ni siquiera las mayores naciones de Barsoom.

Mis encantos no son para ti, ni para nadie semejante a ti. No se venden ni se dan a cambio, aun cuando el precio fuese el de un trono. Y en cuanto a emplearlos para ganar vuestro ridículo poder...

Terminó su frase con un encogimiento de sus torneados hombros y una risilla

despectiva.

Cuando hubo terminado, Tario estaba sentado al borde de su asiento, con los pies en el suelo. Estaba inclinado hacia adelante, con sus ojos ya no medio cerrados, sino muy abiertos y con expresión de sobresalto.

Parecía que no dar importancia al crimen de lesa majestad de las palabras y las maneras de la joven. Había, evidentemente, algo más conmovedor e impulsivo en sus palabras que aquello. Lentamente se puso en pie.

—¡Por las garras de Komal! —murmuró—. ¡Pero eres real! ¡Una mujer real! ¡No eres un sueño! No una vana y quimérica ficción de la mente!

Dio un paso hacia ella con las manos extendidas.

—¡Ven! —susurró—. ¡Ven, mujer! Durante muchos siglos he soñado que algún día vendrías. Y ahora que estáis aquí, apenas puedo creer a mis ojos. Aun ahora, conociendo que eres real, casi temo que seas una embustera.

Thuvia retrocedió. Pensaba que el jeddak estaba loco. Su mano se deslizó hasta el precioso puño de su puñal. El hombre vio ese movimiento y se detuvo. En sus ojos apareció una expresión de astucia. Luego, de repente, adquirieron otra expresión soñolienta y penetrante al profundizar en el cerebro de la joven.

Thuvia sintió de pronto que en ella se operaba un cambio. No podía ni siquiera imaginar cuál era su causa; pero, de algún modo, el hombre que tenía delante empezaba a asumir una relación nueva dentro del corazón de ella.

Ya no era un extraño y misterioso enemigo, sino un antiguo amigo, en el cual, según le parecía, se podía confiar. Su mano se apartó del puño de su daga. Tario se acercó más.

Habló con voz suave y palabras amistosas. y ella le respondió con voz que parecía la suya y, sin embargo, la de otra. Ahora estaba al lado de ella. El jeddak había puesto su mano sobre uno de los hombros de la joven. Los ojos de él se inclinaban hacia los de ella. Ella levantaba los suyos para mirar al jeddak. La mirada de éste parecía querer penetrar directamente hasta el corazón de la joven para encontrar en él la fibra más sensible.

Los labios de ella se abrían con repentino temor y asombro por la extraña revelación de su ser interior, que se estaba mostrando abiertamente a su conciencia. Había conocido a Tario desde siempre. Él era para ella más que un amigo. Ella se acercó un poco más a él. En una rápida oleada de luz conoció la verdad. ¡Amaba a Tario, jeddak de Lothar! Lo había amado siempre.

El hombre, viendo el éxito de su estrategia, no pudo reprimir una ligera sonrisa de satisfacción. Si había algo en la expresión de su rostro, o si de Carthoris de Helium, que se hallaba en una habitación distante del palacio, llegó una sugestión más poderosa, ¿quién pudo decirlo? Pero algo hubo que, de repente, disipó la extraña influencia hipnótica de aquel hombre.

Como si una careta se hubiese desprendido de su rostro, Thuvia volvió en un momento a ver a Tario como lo había visto desde el principio; y acostumbrada, como estaba, a las extrañas manifestaciones de las grandes mentes, que son comunes en Barsoom, dedujo rápidamente una parte suficiente de la verdad para conocer que se hallaba en grave peligro. Se apresuró a retroceder un paso, desprendiéndose de los brazos del jeddak. Pero el momentáneo contacto había despertado en Tario todas las pasiones, durante largo tiempo reprimidas, de su existencia sin amor.

Dando un ahogado grito, saltó sobre ella, abrazándola e intentando besarla.

—¡Mujer! —gritó—. ¡Maravillosa mujer! Tario te hará reina de Lothar. ¡Escúchame! Escucha el amor del último de los jeddaks de Barsoom.

Thuvia luchaba para libertarse de su brazo.

—¡Detente, monstruo! —exclamó—. ¡Detente! Yo no te amo. ¡Detente, o gritaré pidiendo socorro!

Tario se echó a reír en su cara.

—¡Gritar para pedir socorro! —dijo en tono de burla—. ¿Y quién, dentro de los muros de Lothar, puede responder a tu llamamiento? ¿Quién osaría, sin ser llamado, entrar a la presencia de Tario?

—¡Hay uno —replicó ella— que vendría y, viniendo, te mataría en tu mismo trono si supiese que has ofendido a Thuvia de Ptarth!

—¿Quién? ¿Jav? —preguntó Tario.

—Jav, no. Ni ningún otro lothariano de piel delicada —replicó—, sino un hombre real. Un guerrero real: ¡Carthoris de Helium! Otra vez el hombre se rió de ella.

—Te olvidas de los arqueros —le dijo recordándoselos—. ¿Qué podría hacer tu guerrero rojo contra mis intrépidas legiones?

Volvió a cogerla bruscamente, y, abrazándola, intentó arrastrarla hacia un sofá. — Si no quieres ser mi reina —dijo— serás mi esclava.

—¡Ni lo uno ni lo otro! —gritó la joven.

Al decir esto hizo un rápido movimiento con su mano derecha; Tario, soltándola, dio unos pasos vacilantes hacia atrás, oprimiéndose los costados con sus manos. En el mismo instante la habitación se llenó de arqueros, y entonces el jeddak de Lothar se desplomó sin sentido sobre el piso de mármol.

En el momento en que perdió el conocimiento, los arqueros estuvieron a punto de disparar sus flechas contra el corazón de Thuvia. Involuntariamente dio un solo grito pidiendo socorro, aunque sabía que ni siquiera Carthoris de Helium podría salvarla ahora.

Entonces cerró sus ojos y aguardó el fin. Ninguna aguzada flecha traspasó su delicado cuerpo. Alzó sus párpados para ver lo que hacían sus verdugos.

La habitación estaba vacía, a no ser por su propia persona y la del jeddak de Lothar, que yacía a sus pies; un pequeño charco de un líquido de color carmesí

manchaba el blanco mármol del suelo, al su lado. Tario seguía sin conocimiento.

Thuvia estaba asombrada. ¿Dónde estaban los arqueros? ¿Por qué no habían disparado sus flechas? ¿Qué significaba todo aquello? Un momento antes la habitación se había llenado misteriosamente de hombres armados, evidentemente llamados para proteger a su jeddak; sin embargo, cuando el cuerpo del jeddak apareció a su vista y pudieron ver que ella le había herido, se habían desvanecido tan misteriosamente como se habían presentado, dejándola sola con el cuerpo del gobernante, en cuyo costado había hundido ella la larga y aguda hoja de su puñal.

La joven miró aprensivamente a su alrededor, con el temor de que volviesen los arqueros y para buscar alguna vía de escape.

En el muro que estaba detrás del dosel había dos pequeñas puertas ocultas por pesadas colgaduras.

Thuvia corría rápidamente hacia una de ellas, cuando oyó el ruido de la armadura de un guerrero al final del departamento que estaba detrás del que ella ocupaba.

¡Ah, si hubiera tenido un solo instante más de tiempo, hubiera podido alcanzar aquella protectora tapicería y acaso haber encontrado detrás de ella algún camino para huir; pero ahora era demasiado tarde: había sido descubierta!

Con un sentimiento afín de la apatía se volvió para hacer frente a su destino, y allí, ante ella, corriendo velozmente a través de la amplia cámara para acercarse a ella, estaba Carthoris con su desnuda, larga y reluciente espada en su mano.

Durante días enteros ella había dudado de las intenciones del heliumita. Le había creído partícipe en su rapto. Desde que el Hado los había juntado, apenas le había favorecido con otra cosa que las más estrictas respuestas a sus observaciones, a no ser cuando los mágicos y extraordinarios acontecimientos de Lothar, sorprendiéndola, la habían sacado de su mutismo.

Sabía que Carthoris de Helium lucharía por ella, pero dudaba si lo haría para salvarla para él o para otro.

Él sabía que ella estaba prometida a Kulan Tith, jeddak de Kaol; pero si él había sido el instrumento de su rapto, sus motivos no podrían haber sido inspirados en la lealtad a su amigo o en el respeto al honor de ella.

Y, sin embargo, cuando le vio cruzar el piso de mármol de la cámara de audiencia de Tario de Lothar, sus hermosos ojos se llenaron de aprensión por su seguridad; su espléndida figura, personificando cuanto hay de más hermoso en los guerreros del belicoso Marte, ella no podía creer que ni siquiera la más ligera sombra de perfidia acechase bajo un exterior tan magnífico.

«Nunca —pensaba ella—, en toda su vida, había visto con tanta alegría como ahora la llegada de un hombre.» Con dificultad pudo contenerse para no precipitarse a su encuentro.

Ella sabía que él la amaba; pero a veces se acordaba de que estaba prometida a

Kulan Tith. Ni siquiera podría prometerse mostrar demasiada gratitud al heliumita, no fuese que él la interpretase mal. Carthoris estaba ahora al lado de ella. Con una rápida mirada había comprendido la escena que se había desarrollado en la cámara: la figura inmóvil del jeddak tendida en el suelo, la joven dirigiéndose apresuradamente hacia la salida oculta.

—¿Te ha hecho daño, Thuvia? —pregunto. Ella levantó su puñal ensangrentado y se lo mostró.

—No —dijo—, no me ha hecho daño.

Una severa sonrisa iluminó el rostro de Carthoris.

—¡Alabado sea nuestro primer antepasado! —murmuró él—. Y ahora veamos si podemos escaparnos de esta maldita ciudad antes de que los lotharianos descubran que su jeddak ya no existe.

Con la firme autoridad innata a aquel por cuyas venas corría la sangre de John Carter, de Virginia, y de Dejah Thoris, de Helium, él la tomó por la mano, y volviendo a cruzar el salón se dirigió hacia la gran portada por la cual Jav les había introducido a la presencia del jeddak en las primeras horas de aquel día.

Casi habían llegado al umbral cuando, por otra puerta, una figura se precipitó dentro de la cámara. Era Jav. El también comprendió con una sola mirada la escena que se había desarrollado.

Carthoris se volvió hacia él, espada en mano, escudando con su cuerpo la delicada figura de la joven.

—¡Ven, Jav de Lothar! —gritó—. Resolvamos este asunto definitivamente, porque solamente uno de nosotros puede salir vivo de esta cámara con Thuvia de Ptarth.

Entonces, viendo que el hombre no llevaba espada, exclamó:

—¡Llama a tus arqueros, pues, o ven con nosotros como mi prisionero hasta que hayamos pasado, a salvo, las puertas exteriores de vuestra fantástica ciudad.

—¡Has matado a Tario! —exclamó Jav, desentendiéndose del desafío de Carthoris—. ¡Has matado a Tario! Veo su sangre en el suelo, sangre real, muerte real. Tario era, después de todo, tan real como yo. Sin embargo, era un eterealista. No quería materializar su existencia. ¿Podría ser que ellos tuvieran razón? Bien; nosotros también la tenemos. ¡Y todos estos siglos hemos estado disputando, diciendo cada uno que el otro estaba equivocado! Sin embargo, ahora está muerto. Me alegro de ello. Ahora Jav tendrá lo que le pertenece. ¡Ahora Jav será jeddak de Lothar!

Cuando acababa de decir estas palabras. Tario abrió los ojos, y luego, rápidamente, se sentó.

—¡Traidor!...¡Ases! no!... —gritó, y después—: ¡Kadar! ¡Kadar! que es el grito barsomiano de alarma.

Jav palideció intensamente. Cayó sobre su vientre, arrastrándose hacia Tario.

—¡Oh, mi jeddak, mi jeddak! —sollozó— Jav no ha tenido parte en esto. Jav, tu fiel Jav, acababa precisamente de entrar en este momento en la cámara, y te encontré yacente en el suelo, y a estos dos extranjeros disponiéndose a salir. No sé cómo ha sucedido lo que ha sucedido. Créeme, ¡oh el más glorioso de los jeddaks!

—¡Calla, siervo! —exclamó Tario—. He oído tus palabras: «Sin embargo, ahora está muerto. Me alegro de ello. Ahora Jav tendrá lo que le pertenece. Ahora Jav será jeddak de Lothar.» Al fin, traidor, te he descubierto. Tus propias palabras te han condenado tan seguramente como los actos de estas criaturas rojas han decidido sus destinos; a menos que... —se detuvo—. A no ser que la mujer...

Pero no siguió. Carthoris se imaginó lo que habría dicho, y antes que hubiera podido terminar la frase saltó hacia adelante y golpeó al jeddak en la boca con su mano abierta.

Tario babeaba de rabia y de indignación.

—Y si de nuevo osases insultar a la princesa de Ptarth —advirtió el heliumita—, olvidaría que no llevas espada; no siempre puedo dominar la impetuosa mano con que manejo la mía.

Tario se echó hacia atrás, hacia las pequeñas puertas situadas detrás del dosel. Intentaba hablar; pero tan penosamente funcionaban los músculos de su rostro, que no pudo proferir ni una palabra durante algunos minutos. Al fin consiguió articular inteligiblemente.

—¡Muere! —gritó—. ¡Muere!

Y luego se volvió hacia la salida que tenía a sus espaldas.

Jav dio un salto hacia adelante, gritando de terror:

—¡Ten piedad Tario! ¡Ten piedad! Recuerda los largos siglos que te he servido fielmente. Recuerda cuánto he hecho por Lothar.'NQ me condenes ahora a una espantosa muerte. ¡Perdóname! ¡Perdóname!

Pero Tario no hacía más que reír con una risa burlona, y seguía retrocediendo hacia las colgaduras que ocultaban la pequeña puerta.

Jav se volvió hacia Carthoris.

—¡Detenedle! —gritaba—. ¡Detenedle! Si amáis la vida, no le dejéis salir de la habitación —y al mismo tiempo que hablaba saltaba en persecución de su jeddak.

Carthoris siguió el ejemplo de Jav; pero el «último de los jeddaks de Barsoom» era demasiado ágil para ellos. Cuando llegaron a las cortinas, tras de las cuales había desaparecido, encontraron una pesada puerta de piedra que les cerraba el paso.

Jav cayó al suelo con un espasmo de terror.

—¡Ven, hombre!... —gritó Carthoris—. Todavía no hemos muerto. Démonos prisa en salir al exterior y en intentar salir de la ciudad. Aún estamos vivos, y mientras vivamos podemos dirigir nuestros propios destinos. ¿Para qué sirve dejarse caer, sin esperanza, al suelo? ¡Ven, hay que ser hombre!

Jav se limitó a mover la cabeza.

—¿No oís cómo llama a los guardias?... —dijo gimoteando—. ¡Ah, si hubiésemos conseguido aunque no hubiese sido más que detenerle! Entonces podría haber habido esperanza; pero, ¡ay!, es demasiado ágil para nosotros.

—¡Bien, bien! —exclamó Carthoris con impaciencia—. ¿Y qué si llama a los guardias? Habrá bastante tiempo de preocuparse de ello cuando vengan; ahora mismo no veo señales de que tengan intenciones de apresurarse a obedecer la llamada de su jeddak.

Jav movió tristemente la cabeza.

—No me entendéis —dijo—; los guardias han venido ya y se han ido. Ya han desempeñado su papel y estamos perdidos. Mirad todas las salidas.

Carthoris y Thuvia volvieron sus ojos hacia las varias puertas situadas en las paredes de la gran cámara. Todas estaban firmemente tapiadas con enormes piedras.

—¿Y bien? —preguntó Carthoris.

—Vamos a experimentar la muerte —susurró Jav débilmente.

No quiso decir más. Se sentó en el borde del trono del jeddak, y aguardó.

Carthoris se aproximó a Thuvia, y a su lado, con la espada desnuda, dejó que sus atrevidos ojos recorriesen incesantemente la amplia cámara, a fin de que ningún enemigo pudiera, sin ser visto, caer sobre ellos.

Durante un lapso de tiempo que les pareció de horas ningún ruido rompió el silencio de la tumba en que estaban enterrados vivos. Sus verdugos no les daban a entender el tiempo ni la forma de la muerte que les preparaban. La duda era terrible. El mismo Carthoris de Helium empezaba a sentir una horrible tensión de nervios. Si sólo hubiera podido saber de dónde vendría la mano de la muerte y cómo intentaría herirle, se hubiera sentido con fuerzas para hacerle frente, impávido; pero sufrir por más tiempo la aborrecible tensión de aquella anubladora ignorancia de los planes de sus asesinos era para él demasiado penoso.

Thuvia de Ptarth se aproximó a él todo lo posible. Se sentía más segura con el contacto de su brazo, y Carthoris, con el contacto de ella, se sentía con nuevas fuerzas. Con su antigua sonrisa se volvió hacia ella.

—Parece como si intentaran hacernos morir de miedo —dijo riendo—, y sería para mí una vergüenza el confesar que estuviesen a punto de conseguir conmigo su objetivo.

Ella iba a responder, cuando un espantoso grito brotó de los labios del lothariano.

—¡El fin se acerca! —gritó—. ¡El fin se acerca! ¡El suelo! ¡El suelo! ¡Oh Komal misericordioso!

Thuvia y Carthoris no necesitaron mirar al suelo para darse cuenta del extraño suceso que tenía lugar.

Lentamente el suelo de mármol iba hundiéndose en todas direcciones hacia el

centro. Al principio, el movimiento, siendo gradual, apenas era perceptible; pero ahora el ángulo del suelo se había hecho tal, que sólo se podía estar fácilmente en pie doblando una rodilla considerablemente.

Jav seguía gritando y aferrándose al trono real, que ya había empezado a deslizarse hacia el centro de la habitación, donde Thuvia y Carthoris, de pronto, vieron un pequeño orificio cuyo diámetro crecía a medida que el piso iba adquiriendo más y más un contorno semejante al de un embudo.

Ahora se hacía cada vez más difícil luchar contra la peligrosa inclinación del suave y pulido mármol. Carthoris intentaba sostener a Thuvia; pero él mismo empezaba a deslizarse hacia la abertura siempre creciente.

En vez de agarrarse a la piedra lisa, se desprendió de sus sandalias de zitidar, y con los pies desnudos se aferró para oponerse a la horrorosa inclinación, rodeando con sus brazos, al mismo tiempo, a la joven para sostenerla.

Thuvia, aterrada, se aferraba con sus manos al cuello del joven. La mejilla estaba en contacto con la de él. La muerte, invisible y de forma desconocida, parecía inmediata, y, por invisible y desconocida, infinitamente más aterradora.

—¡Valor, mi princesa! —susurró Carthoris.

Ella levantó los ojos para mirarle al rostro y vio sus labios sonrientes y sus ojos, de expresión atrevida, no conmovidos por el terror, que se miraban profundamente en los de ella.

Entonces el piso se hundió y se inclinó más rápidamente. Sufrió un deslizamiento repentino y brusco, y fueron precipitados hacia la abertura.

Los gritos de Jav sonaron aterradores y horribles en los oídos de los jóvenes, y luego los tres se encontraron amontonados sobre el trono real de Tario, que se había atrancado en la abertura en la base del embudo de mármol.

Por un momento respiraron aliviados; pero entonces descubrieron que el orificio seguía agrandándose. El trono se deslizó hacia abajo. Jav volvió a gritar. Experimentaron una sensación de vértigo cuando sintieron que el piso faltaba bajo ellos, porque entonces se sintieron caer, a través de la oscuridad, hacia una muerte desconocida.

CAPÍTULO IX



La batalla en el llano

La distancia desde el fondo del embudo al suelo de la cámara que había debajo del mismo no era grande, ya que las tres víctimas de la cólera de Tario cayeron ilesas.

Carthoris, sujetando aún fuertemente a Thuvia contra su pecho, llegó al fondo como un gato, cayendo en pie, evitando el choque de la joven. Apenas habían tocado sus pies la áspera superficie de piedra de aquella nueva cámara, cuando su espada centelleó, dispuesta para un uso inmediato. Pero, aunque la habitación estaba iluminada, no se veían por ninguna parte señales del enemigo.

Carthoris miró a Jav. Éste estaba intensamente pálido por el miedo.

—¿Cuál va a ser nuestra suerte? —preguntó el heliumita—. ¡Dime, hombre! Libérate de tu terror durante el tiempo suficiente para decírmelo; así podré estar preparado para vender mi vida y la de la princesa de Ptarth lo más caras posible.

—¡Komal! —susurró Jav—. Seremos devorados por Komal.

—¿Vuestro dios? —preguntó Carthoris.

El lothariano asintió con la cabeza. Luego señaló en la dirección de un portón bajo que había en un extremo de la cámara.

—Desde allí se precipitará sobre nosotros. Deja a un lado tu débil espada, loco. Sólo conseguirá encolerizarle más y hacer aún peores nuestros sufrimientos.

Carthoris sonreía, asiendo aún más firmemente su larga espada. Entonces Jav dio un gemido aterrador, señalando al mismo tiempo con su brazo extendido hacia la puerta.

—Ha llegado —sollozó.

Carthoris y Thuvia miraron en la dirección que el lothariano había indicado, esperando ver alguna extraña y horrorosa criatura de figura humana; pero, con asombro suyo, vieron la sha ca eza y los hombros, cubiertos de enorme melena, de un formidable banth, `el más grande de todos los que ambos habían visto jamás.

Lenta y majestuosamente, la poderosa fiera avanzó por la cámara. Jav había caído al suelo, y arrastraba su cuerpo sobre el vientre del mismo modo servil que había empleado en presencia de Tario. Hablaba a la bestia feroz como hubiera hablado a un ser humano implorando su perdón.

Carthoris se colocó entre Thuvia y el animal, con su espada dispuesta a disputar la

victoria de la fiera sobre ellos. Thuvia se volvió hacia Jav.

—¿Es éste Komal, vuestro dios? —preguntó.

Jav movió su cabeza afirmativamente. La joven sonrió, y luego, adelantándose a Carthoris, caminó ligeramente hacia el rugiente carnívoro.

En tono bajo y firme, le habló como había hablado a los banths de los Acantilados Aureos y a los carroñeros frente a los muros de Lothar.

La bestia dejó de rugir. Con la cabeza baja y un runrún felino, se aproximó, vacilante, a los pies de la joven. Thuvia se volvió hacia Carthoris.

—No es más que un bantth —dijo—. Nada hemos de temer de él. Carthoris sonrió.

—Yo no le temía —replicó—, porque yo también creía que no era más que un bantth, y mi espada es larga.

Jav se sentó y contempló el espectáculo que se ofrecía a sus ojos: la delicada joven agitando sus dedos entre la parda melena de la enorme criatura que él había creído divina, mientras que Komal frotaba su repulsivo hocico contra ella.

—¡Así que éste es vuestro dios! —dijo riendo Thuvia.

Jav miraba asombrado. Apenas sabía si osar aventurarse a ofender a Komal o no, porque tan fuerte es el poder de la superstición, que, aunque sepamos que hemos estado reverenciando a un ser falso, aún dudamos en admitir la validez de nuestras recientemente adquiridas convicciones.

—Sí —dijo—, éste es Komal. Durante siglos los enemigos de Tario han sido precipitados a este foso para llenar su boca, porque Komal debe ser alimentado.

—¿Hay algún camino que conduzca desde esta cámara a las calles de la ciudad? —preguntó Carthoris.

Jav se encogió de hombros.

—No lo sé —replicó—. Nunca había estado aquí antes de ahora ni he pensado nunca estar.

—Venid —sugirió Thuvia—. Exploremos. Debe haber una salida.

Los tres juntos se aproximaron a la portada por la cual había entrado Komal en la cámara que debía haber sido el escenario de sus muertes. Más allá de la misma había una especie de madriguera, de techo bajo, con una pequeña puerta en el ángulo más lejano.

Esta, para alegría de los exploradores, se abrió sin más que levantar un ordinario cerrojo, y los condujo a una arena circular rodeada de gradas.

—Aquí es donde Komal es alimentado en público —explicó Jav—. Si Tario se hubiese atrevido a ello, aquí se hubiese decidido nuestra suerte; pero ha tenido demasiado miedo de tu afilada espada, hombre rojo, y así nos ha precipitado a todos en el foso. Yo no sabía cuán estrechamente estaban unidas las dos cámaras. Ahora podemos llegar fácilmente a las avenidas y a las puertas de la ciudad. Sólo los

arqueros pueden evitarnos salir, y, conociendo su secreto, dudo que puedan hacernos daño.

Otra puerta conducía a una serie de escalones que se alzaban desde el nivel de la arena, a través de los asientos, hasta una salida situada en la parte trasera de la cámara. Más allá de ella había un corredor recto y ancho que conducía directamente, atravesando el palacio, a los jardines laterales.

Nadie salía a preguntarles según avanzaban, y el poderoso Komal caminaba al lado de la joven.

—¿Dónde están las gentes del palacio, la servidumbre del jeddak?preguntó Carthoris—. Ni siquiera en las calles de la ciudad, cuando cruzamos por ellas vimos señales de seres humanos, y, sin embargo, todo hacía creer en la existencia de una gran población.

Jav suspiró.

—Pobre Lothar —decía—. Es, ciertamente, una ciudad de fantasmas. Apenas quedamos ya en ella un millar de habitantes, cuando en otro tiempo se nos contaba por millones. Nuestra gran ciudad está poblada por las creaciones de nuestra propia imaginación. Para nuestras propias necesidades no nos tomamos el trabajo de materializar a esas criaturas de nuestro cerebro; no obstante, son meras visiones para nosotros.

Aun ahora veo una gran multitud que rodea a la avenida, y que se apresura, caminando de un lado a otro, para dirigirse hacia el cumplimiento de sus deberes. Veo mujeres y niños que se ríen, asomados a los balcones; pero nos está prohibido matarlos; sin embargo, yo los veo; allí están... Pero ¿por qué no? —musit. Ya no necesito temer a Tario; él ha hecho las cosas lo peor que podía;, haberlas hecho, y ha fracasado. ¿Por qué no, ciertamente? Deteneos, amigos —continuó—. ¿Querriais ver a Lothar en toda su gloria?

Carthoris y Thuvia movieron la cabeza en señal de asentimiento, más bien por cortesía que porque comprendiesen plenamente la importancia de lo que Jav decía.

Jav les miró penetrantemente por un momento; luego, con un movimiento de su mano, gritó:

—¡Mirad!

La vista que contemplaron era digna de inspirar terror. Donde antes no había más que desiertos pavimentos y céspedes de color escarlata, ventanas abiertas y puertas descuidadas, ahora hormigueaba una innumerable multitud de personas risueñas y felices.

—Este es el pasado —dijo Jav en voz baja—. Ellos no nos ven; no hacen sino revivir el viejo pasado muerto del antiguo Lothar, el muerto y arruinado Lothar de la antigüedad, que estaba sobre la playa de Throxus, el más poderoso de los cinco Océanos. ¿Veis aquellos hermosos y esbeltos hombres que se mueven a lo largo de la

amplia avenida? ¿Veis cómo las muchachas y las mujeres les sonrían? ¿Veis cómo los hombres las saludan con amor y respeto? Aquéllos son navegantes que desembarcan de sus naves que descansan en los muelles, a la orilla de la ciudad. Hombres valientes. ¡Ah! Pero la gloria de Lothar se ha marchitado. Contemplad sus armas. Ellos solos llevaban armas, porque cruzaban los cinco mares en dirección a lugares extraños, donde abundaban los peligros. Con su marcha se ha desvanecido el espíritu marcial de los lotharianos, abandonado al rodar de los siglos, una raza de cobardes. Nosotros odiábamos la guerra, y así no acostumbramos a nuestros jóvenes a los ejercicios de guerra. Así ha continuado nuestra destrucción, porque, cuando los mares se secaron y las hordas verdes cayeron sobre nosotros, no pudimos por menos de huir. Pero nosotros recordábamos a los navegantes arqueros de los días de nuestra gloria, y era su recuerdo el que lanzábamos sobre nuestros enemigos.

Cuando Jav dejó de hablar, la escena se disipó, y una vez más los tres volvieron a emprender su camino hacia las distantes puertas, a lo largo de las desiertas avenidas. Dos veces vieron lotharianos de carne y hueso. Éstos, al ver a Carthoris, a Thuvia, a Jav y al enorme banth, en el cual debían reconocer a Komal, se volvieron y huyeron.

—Llevarán la noticia de nuestra huida a Tario —exclamaba Jav—, y el jeddak no tardará en enviar a sus arqueros para que nos persigan. Confiemos en que nuestra teoría sea exacta y en que sus flechas sean inofensivas contra quienes conocen su irrealdad. De otro modo, estamos condenados a muerte. Explica, hombre rojo, a la mujer las verdades que te he explicado, para que pueda recibir las flechas con una contrasugestión más fuerte de inmunidad.

Carthoris hizo lo que Jav le aconsejaba; pero llegaron a las grandes puertas sin que hubiese señales de persecución. Allí Jav puso en movimiento el mecanismo que abría la enorme puerta, semejante a una rueda, y un momento después los tres, acompañados del banth, salían a la llanura que se extendía delante de Lothar.

Apenas habían recorrido unas cientos de metros, cuando el rumor del griterío de muchos hombres se alzó detrás de ellos. Al volverse, vieron una compañía de arqueros que desembocaba en la llanura, que habían salido por la puerta misma que ellos acababan de transponer.

Sobre la muralla, encima de la puerta, estaban los lotharianos, entre los cuales Jav reconoció a Tario. El jeddak los miraba fijamente, concentrando, sin duda todas las fuerzas de su ejercitada mente sobre ellos. Era evidente que estaba haciendo un supremo esfuerzo para hacer más mortíferas a sus imaginarias criaturas.

Jav palideció y empezó a temblar. En el momento supremo parecía perder el valor de su convicción. El gran banth retrocedió hacia los arqueros que avanzaban, y rugió. Carthoris se colocó entre Thuvia y el enemigo, y, haciéndoles frente, aguardó el resultado de su ataque.

De repente Carthoris tuvo una inspiración.

—¡Lanzad a vuestros propios arqueros contra los de Tario! —gritó a Jav—. Veamos una batalla materializada entre dos mentalidades.

La idea pareció infundir ánimos al lothariano, y al momento siguiente los tres se hallaron detrás de innumerables filas de corpulentos arqueros que lanzaban insultos y amenazas a la compañía que avanzaba, procedente de la ciudad amurallada.

Jav fue un hombre nuevo en el momento en que sus batallones estuvieron entre él y Tario. Casi se podría haber jurado que aquel hombre creía que aquellas criaturas de su extraño poder hipnótico eran seres reales de carne y hueso.

Con roncros gritos bélicos cargaron sobre los arqueros de Tario. Las barbadadas flechas volaron rápidas y numerosas. Los hombres caían, y el suelo quedaba teñido de sangre.

Carthoris y Thuvia discernían con dificultad la realidad de todo aquello con su conocimiento de la verdad. Veían salir por la puerta compañía tras compañía, en perfecto orden a reforzar a la menguada fuerza que Tario había enviado primeramente para detenerlos.

Veían cómo crecían las fuerzas de Jav en la medida correspondiente, hasta que todo a su alrededor quedó convertido en campo de batalla cubierto de vociferantes guerreros y los muertos yacían amontonados por todas partes.

Jav y Tario parecían haber olvidado todo lo que no fuese la creación de sus arqueros luchadores, que surgían por todas partes, llenando el ancho campo que se extendía entre la selva y la ciudad.

El bosque comenzaba a muy poca distancia detrás de Thuvia y Carthoris. Este último dirigió una mirada a Jav.

—¡Ven! —susurró a la joven—. Que luchen ellos su batalla imaginaria; evidentemente, ninguno de ellos puede herir al otro. Son como dos controversistas lanzándose recíprocamente insultos. Mientras ellos luchan, nosotros podemos emplear nuestras energías en procurar encontrar el paso que, a través de las montañas, conduce a la llanura que se extiende al otro lado.

Mientras así hablaba, Jav, volviendo por un instante de el lugar de la lucha, escuchó sus palabras. Vio a la joven caminar en compañía del heliumita. Una mirada de astucia brilló en los ojos del lothariano. Lo que había detrás de aquella mirada había penetrado profundamente en su corazón desde que por primera vez había visto a Thuvia de Ptarth. Él, sin embargo, no lo había reconocido hasta ahora, que parecía que la joven estaba a punto de separarse de él para siempre.

Él concentró sus pensamientos por un instante sobre el heliumita y su compañera. Carthoris vio que Thuvia se adelantaba con la mano tendida. Se sorprendió de ello, y muy cordialmente acercó sus dedos a los de ella, y juntos se separaron del olvidado Lothar, se internaron en el bosque y dirigieron sus pasos hacia las distantes montañas.

Cuando el lothariano había vuelto hacia ellos, Thuvia se había sorprendido de oír

a Carthoris comunicarle de repente un plan nuevo.

—Quedaos aquí con Jav —le había oído decir—, mientras que voy a buscar el paso entre las montañas.

Ella había retrocedido con sorpresa y perplejidad, porque sabía que no había razón para que no le acompañase. Ciertamente, hubiera estado más segura con él que quedándose allí sola con el lothariano.

Y Jav miró a ambos y sonrió con astucia.

Cuando Carthoris hubo desaparecido dentro del bosque, Thuvia, se sentó apáticamente sobre el césped escarlata para contemplar la aparentemente interminable lucha de los arqueros.

Transcurría monótonamente la interminable tarde, y la oscuridad se aproximaba, y todavía las legiones imaginarias cargaban y se retiraban alternativamente. Iba a ponerse el sol, cuando Tario comenzó a retirar sus tropas lentamente hacia la ciudad.

Su plan de suspensión de las hostilidades durante la noche tuvo, evidentemente, la plena aprobación de Jav, porque hizo que sus fuerzas se formasen en ordenadas compañías y marchasen hasta llegar precisamente al lado interior del lindero del bosque, donde se entregaron rápida y activamente a la preparación de su cena, y extendiendo en tierra las sedas y las pieles que empleaban para dormir sobre ellas, se dispusieron a pasar la noche.

Thuvia apenas podía reprimir una sonrisa al ver el escrupuloso cuidado con que los hombres imaginarios de Jav atendían a cada pequeño detalle de preparación, como si en realidad hubieran sido verdaderos hombres de carne y hueso.

Entre el campo y la ciudad habían colocado centinelas. Los oficiales se movían de un lado a otro, dando órdenes y viendo si se cumplían debidamente. Thuvia se volvió hacia Jav.

—¿Por qué —preguntó— observas tan cuidadosa minuciosidad en los detalles de tus criaturas, cuando Tario sabe tan perfectamente como tú que no son sino productos de tu mente? ¿Por qué no permitirles sencillamente que se disuelvan en el aire hasta que vuelvas a necesitar sus fútiles servicios?

—No los comprenderías —replicó Jav—. Mientras existen, son reales. Ahora no hago otra cosa que llamarles a la existencia y, en cierto modo, dirigir sus acciones generales. Pero después, hasta que los haga desaparecer, son tan efectivos como tú o como yo. Sus oficiales les dan órdenes bajo mi dirección. Yo soy el general; eso es todo. Y el efecto psicológico sobre el enemigo es mucho mayor que si yo les tratase como a sencillos seres insustanciales.

También —continuó el lothariano— existe siempre la esperanza, que para nosotros es casi una creencia, de que —algún día esas materializaciones lleguen a ser reales; de que queden algunos de ellos, después de haberse disipado sus compañeros, y de que sí habremos descubierto un medio de perpetuar nuestra raza moribunda. Ya

hay algunos que pretenden haber llevado a cabo tal obra. Se supone, generalmente, que entre los eterealistas los hay que han conseguido materializaciones permanentes. Hasta se dice que Tario es una de éstas; pero eso no puede ser, porque él existía antes de que nosotros hubiéramos descubierto las plenas posibilidades de la sugestión.

Hay entre nosotros algunos que insisten en que ninguno de nosotros tiene existencia real; en que nosotros no hubiéramos podido existir, durante tantos siglos, sin alimento material y sin agua, si nosotros mismos hubiéramos sido materiales. Aunque yo soy realista, yo mismo me inclino más bien a esa creencia. Parece ser cierto, y posee una base importante, que nuestros antiguos antepasados desarrollaron, antes de su extinción. Unas mentes tan maravillosas, que algunos de los espíritus más fuertes entre ellos han vivido después de la muerte de sus cuerpos; que nosotros no somos sino los espíritus inmortales de individuos muertos hace mucho tiempo.

Parecería posible. y, sin embargo, en cuanto a mí se refiere, tengo todos los atributos de la existencia corporal. ¡Yo como, yo duermo —se detuvo, lanzando una significativa mirada a la joven—. Yo amo!

Thuvia no pudo equivocarse en el significado patente de sus palabras y de su expresión. Se separó con un ligero ademán de disgusto, el cual no pasó inadvertido para el lothariano.

El se aproximó a ella y cogió su brazo.

—¿Por qué no, Thuvia? —exclamó—. ¿Quién más honorable que el segundo de la raza más antigua del mundo? ¿Tu heliumita? Ha partido. Te ha abandonado a tu suerte para salvarse él mismo. ¡Ven, sé de Jav!

Thuvia de Ptarth se levantó y se irguió completamente, volviendo la espalda al hombre, con su altiva barbilla levantada, con una mueca despectiva en sus labios.

—¡Mientes!... —dijo tranquilamente—. El heliumita conoce aún menos la deslealtad que el miedo, y desconoce tanto esto último como las criaturas que aún no han salido del cascarón.

—Entonces, ¿dónde está? —dijo insultantemente el lothariano—. Te digo que ha huido. Te ha abandonado a tu suerte. Pero Jav procurará que sea una suerte agradable. Mañana regresaremos a Lothar, a la cabeza de mi ejército victorioso, y yo seré jeddak, y tu serás mi consorte. ¡Ven!

Y él intentó abrazarla.

La joven luchó para libertarse, golpeando al hombre con sus brazaletes de metal. Sin embargo, él siguió intentando atraerla hacia sí, hasta que ambos se sintieron repentinamente sobresaltados por un horrible rugido que resonó desde el oscuro bosque que tenían a sus espaldas.

CAPÍTULO X



Kar Komak, el arquero

Cuando Carthoris se dirigió, a través del bosque, hacia las distantes montañas, con las manos de Thuvia aún fuertemente entrelazadas con las suyas, le extrañó algo el prolongado silencio de la joven; sin embargo, el contacto de la fría palma de su mano era tan agradable, que temió romper con sus palabras el encanto de su reciente enlace.

Avanzaron por el oscuro bosque hasta que las sombras de la noche marciana, que camina rápidamente, comenzaron a rodearlos. Entonces Carthoris volvió a dirigir la palabra a la joven, que caminaba a su lado. Debían hacer juntos sus planes para el futuro. Él pensaba inicialmente pasar a través de las montañas si podían hallar el paso, y estaba completamente seguro de que ahora se hallaban próximos al mismo; pero quería que ella aprobase su decisión.

Cuando sus ojos se posaban sobre la doncella, quedó sorprendido de su extraña apariencia etérea. Parecía que de repente se había disuelto en la sustancia tenue de un sueño, y, al seguir contemplándola, se disipó poco a poco ante su vista.

Por un instante se quedó mudo de sorpresa, y luego toda la verdad cruzó, con la rapidez del rayo, por su mente. ¡Jav le había hecho creer que Thuvia le acompañaba por el bosque, en tanto que en realidad había retenido a la joven a su lado!

Carthoris quedó horrorizado. Se maldijo a sí mismo por su estupidez, y, sin embargo, reconocía que el diabólico poder que el lothariano había invocado para confundirle hubiera engañado a cualquiera.

Apenas hubo comprobado la verdad, se había apresurado a desandar el camino hacia Lothar; pero ahora caminaba muy rápidamente; la constitución terrenal que había heredado de su padre hacía que avanzara rápidamente sobre la suave alfombra de hojas caídas y exuberante césped.

La brillante luz de Thuvia aún brillaba sobre la llanura que se extendía ante la ciudad amurallada de Lothar, cuando Carthoris salió del bosque opuesto a la gran puerta que había dado salida a los fugitivos de la ciudad en las primeras horas de aquel día. Al principio no vio por ninguna parte señales de que hubiese nadie más que él en aquellos lugares. La llanura estaba desierta. Ninguna miriada de arqueros acampaba ahora debajo de la colgante verdura de los árboles gigantes. Ningún

montón sangriento de torturados muertos desfigura a la belleza del césped escarlata. Todo era silencio. Todo era paz.

El heliumita se detuvo un instante en el linder del bosque y siguió caminando a través de la llanura hacia la ciudad, cuando súbitamente vislumbró una forma confusa sobre el césped que tenía a sus pies.

Era el cuerpo de un hombre que yacía algo incorporado. Carthoris le dio vuelta, colocándole sobre su espalda. Era Jav; pero tan destrozado y magullado, que casi no podía reconocérsele.

El príncipe se inclinó para ver si aún había en él un soplo de vida. y, al hacerlo así, los párpados se abrieron, y los ojos, turbios y con expresión de sufrimiento, se elevaron también para mirar a los suyos.

—¡La princesa de Ptarth! —exclamó Carthoris—. ¿Dónde está? Contestadme, hombre, o completo la obra que otro ha iniciado tan bien.

—Komal —murmuró Jav—. El ha saltado sobre mí... Y me hubiera devorado, si no hubiera sido por la joven. Luego se fueron juntos al bosque, la muchacha y el gran banth. Los dedos de ella jugueteaban con la parda melena del animal.

—¿Por dónde han ido? —preguntó Carthoris.

—Por allí —replicó Jav con voz débil—, hacia el paso por entre las montañas.

El príncipe de Helium no aguardó a oír más, y, poniéndose en pie, volvió a dirigirse a la carrera hacia el bosque.

Era ya de día cuando llegó a la boca del lóbrego túnel que debía conducirle al otro lado de aquel valle de fantásticos recuerdos y de extrañas influencias hipnóticas y amenazas.

En el largo y lóbrego pasaje no encontró ningún accidente u obstáculo, llegando, al fin, a la luz del día del otro lado de las montañas y no muy lejos del límite sur de los dominios de los torquasianos, a no más de ciento cincuenta haads de distancia.

Desde la frontera de Torquas a la ciudad de Aanthor hay una distancia de unos doscientos haads, de modo que el heliumita tenía ante sí un viaje de más de doscientos kilómetros terrestres entre él y Aanthor.

Podía, en el mejor de los casos, tan sólo aventurar que Thuvia hubiese huido hacia Aanthor. Ahí estaba el lugar más cercano provisto de agua, y podía esperar que llegase algún día a aquel lugar un destacamento procedente del imperio de su padre para rescatar a la joven, porque Carthoris conocía bastante a Thuvan Dhin para saber que intentaría todos los medios hasta que hubiese descubierto la verdad de lo que había ocurrido en el asunto del rapto de su hija y supiese cuanto pudiera saberse respecto de su paradero.

Comprendía, además, que el engaño que había hecho que recayese sobre él la sospecha diferiría por completo de la verdad que había salido a la luz; pero estaba muy lejos de sospechar las grandes proporciones que habían adquirido ya las

consecuencias de la villanía de Astok de Dusar.

En el momento en que salía de la boca del pasaje para mirar entre las faldas de las colinas, en dirección a Aanthor, una flota de guerra de Ptarth se cernía majestuosamente en el aire y tomaba con lentitud su camino hacia las ciudades gemelas de Helium, mientras que desde el muy distante Kaol avanzaba rápidamente otra poderosa armada para unir sus fuerzas con las de su aliada.

No sabía que, en vista de la circunstancial evidencia que le acusaba, hasta su propio pueblo había empezado a sospechar que él podía haber raptado a la princesa ptharhiana.

Ignoraba los medios que habían empleado los dusarianos para romper la amistad y la alianza que existía entre las tres grandes potencias del hemisferio oriental: Helium, Ptarth y Kaol.

Desconocía cómo los emisarios dusarianos habían conseguido importantes puestos en las embajadas extranjeras de las tres grandes naciones, y cómo, por medio de ellos, los mensajes entre los jeddaks de las mismas eran alterados y tergiversados, hasta que la paciencia y el orgullo de los tres gobernantes y antiguos amigos no pudieron sufrir por más tiempo las humillaciones e insultos contenidos en aquellos documentos falsificados.

Y tampoco sabía cómo aún, al fin, John Carter, Señor de la Guerra de Marte, había prohibido que el jeddak de Helium declarase la guerra a Ptarth o a Kaol, a causa de una implícita creencia en su hijo, por que todo se explicaría satisfactoriamente.

Y ahora dos grandes flotas se dirigían a Helium, mientras que los espías dusarianos en la corte de Tardos Mors procuraban que las ciudades gemelas siguiesen ignorando el peligro que corrían.

Thuvan Dhin había declarado la guerra; pero el mensajero que había sido despachado con la proclamación había sido un dusariano, que había procurado que ni la menor noticia que pudiera prevenir a las ciudades gemelas de la aproximación de una flota hostil llegase a su destino.

Durante varios días las relaciones diplomáticas habían estado interrumpidas entre Helium y sus dos más poderosas vecinas, y con la partida de los ministros se había producido un cese total de las comunicaciones de telegrafía sin hilos entre los contendientes, según es costumbre en Barsoom.

Pero Carthoris ignoraba todo esto. T' do cuanto le interesaba en aquel momento era encontrar a Thuvia de Pthar. Su paso junto al enorme banth había quedado bien marcado en el túnel, y era, una vez más, visible en la dirección sur, entre las faldas de los cerros.

Cuando bajaba rápidamente hacia el fondo del mar Muerto, donde comprendía que las huellas debían perderse en la vegetación ocre, que volvía a levantarse

inmediatamente después de haber sido hollada, fue repentinamente sorprendido al ver a un hombre desnudo que se aproximaba a él por el lado nordeste.

Cuando aquel hombre estuvo más cerca, Carthoris se detuvo para aguardar su llegada.

Al verlo, supo que venía desarmado y que era, al parecer, un lothariano, porque su piel era blanca y su cabello oscuro.

Se aproximó al heliumita sin dar muestras de miedo, y cuando estuvo a su lado gritó el alegre ¡kaor! barsomiano de salutación. — ¿Quién eres? —preguntó Carthoris.

—Yo soy Kar Komak, general de los arqueros —replicó el otro—. Me ha sucedido una cosa extraña. Durante siglos Tario ha estado dándome la existencia a medida que necesitaba los servicios del ejército que producía con su mente. De todos los arqueros, Kar Komak ha sido el más frecuentemente materializado. Durante muy largo tiempo Tario ha estado concentrando su mente en mi materialización permanente. Ha sido en él una obsesión el que algún día el producto de su mente llegase a ser una realidad y que la suerte futura de Lothar quedase asegurada. Él aseguraba que sólo en la imaginación humana existía la materia, que todo era mental, y así, creía que persistiendo en su sugestión podría llegar a hacer de mí una sugestión permanente en las mentes de todos los demás.

Ayer lo logró; pero ¡en qué momento!... Debe haber sucedido todo sin su conocimiento, lo mismo que me ha sucedido a mí cuando, con mi horda de vociferantes arqueros, perseguí a los torquasianos que huían hasta sus llanuras de color de ocre. Cuando sobrevino la noche y llegó el momento de que volviésemos a disiparnos en el aire, me encontré, de repente, solo, al borde de la gran llanura que se extiende, allá lejos, al pie de los pequeños cerros. Mis hombres habían vuelto a la nada, de la que habían salido; pero yo había seguido existiendo, desnudo y desarmado.

Al principio no pude comprenderlo; pero al fin caí en la cuenta de lo que había ocurrido. Las largas sugestiones de Tario habían al fin prevalecido, y Kar Komak se había convertido en una realidad del mundo humano; pero mi coraza y mis armas se habían desvanecido con mis compañeros, dejándome desnudo y desarmado en un país hostil, lejos de Lothar.

—¿Quieres volver a Lothar? —preguntó Carthoris.

—¡No!... —replicó Kar Komak vivamente—. No tengo ningún afecto por Tario. Siendo creación de su mente, le conozco demasiado bien. Es cruel y tiránico, un amo a quien no deseo servir. Ahora que ha conseguido realizar mi materialización permanente, será intolerable y querrá continuar su labor hasta que haya llenado Lothar con sus criaturas. Me extrañaría que hubiese tenido tan buen éxito con la doncella de Lothar.

—Yo creía que allí no había mujeres —dijo Carthoris.

—En una habitación oculta del palacio de Tario —replicó Kar Komak— el jeddak ha sostenido la imagen falsa de una hermosa joven, esperando que algún día llegase a ser permanente. La he visto allí. ¡Es maravillosa! Pero, en cuanto a ella no creo que Tario obtenga tan buen resultado como ha logrado conmigo. Ahora, hombre rojo, te he hablado de mí mismo. ¿Y tú?

A Carthoris le agradaban la apariencia y las maneras del arquero. En su expresión no había habido señal alguna de duda o de miedo cuando se había aproximado al heliumita armado de pesadas armas y había hablado sin vacilación y sin rodeos.

Así, el príncipe de Helium le contó al arquero de Lothar quién era y qué aventura le había llevado a aquel lejano país.

—¡Bien! —exclamó el otro cuando aquél hubo terminado—. Kar Komak te acompañará. Juntos encontraremos a la princesa de Ptarth, y junto a ti Kar Komak volverá al mundo de los hombres, un mundo tal como el que él conoció en el remoto pasado, cuando los barcos del poderoso Lothar surcaban el enfurecido Throxus y las rugientes olas azotaban la barrera de aquellas pintorescas y agrestes colinas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carthoris—. ¿Has tenido, en realidad, una existencia anterior y real?

—Sin duda alguna —le replicó Kar Komak—. En mis días, mandé la flota de Lothar, la más poderosa de cuantas surcaban los cinco mares salados. Para cuantos hombres vivían en Barsoom, el nombre de Kar Komak era conocido y respetado. Pacíficas eran en aquellos lejanos días las razas de la tierra; sólo los navegantes eran guerreros; pero ahora la gloria del pasado está marchita, y hasta que te he encontrado pensé que no quedaba en Barsoom una sola persona semejante a nosotros que viviese, amase y luchase como lo hacían los antiguos navegantes de mi tiempo. ¡Ah! Pero sería hermoso volver a ver hombres, v 'daderos hombres. Nunca tuve mucho respeto a los hombres de tierra de mis días. Permanecían en sus ciudades amuralladas, gastando su tiempo en juegos, dependiendo, en lo que respecta a su protección, por completo de la raza marina. Y las pobres criaturas que quedaron, los Tartos y los Taos de Lothar, son aún peores que sus antiguos predecesores.

Carthoris dudaba un tanto de la conveniencia de permitir al extranjero que le acompañase. Quedaba siempre la posibilidad de que sólo fuese la esencia de alguna estratagema hipnótica que Tario o Jav intentasen realizar sobre el heliumita, y, sin embargo, tan sinceras habían sido las maneras y las palabras del arquero, y tan sincero parecía él mismo, que Carthoris no pudo dudar de él.

El resultado fue que accedió a que el desnudo jefe le acompañase, y juntos se pusieron en marcha tras las huellas de Thuvia y de Komal.

El rastro conducía al fondo marino de color de ocre. Allí desaparecía, tal y como Carthoris había supuesto; pero en el lugar por el cual había entrado en la llanura su

dirección había sido la de Aanthor, y así hacia aquel lugar se dirigieron ambos.

Fue un largo y tedioso viaje, lleno de peligros. El arquero no podía caminar al paso de Carthoris, cuyos músculos le llevaban con gran rapidez sobre la superficie del pequeño planeta, cuya fuerza de gravedad ejerce una fuerza mucho menor que la de la Tierra. Setenta kilómetros diarios son un promedio muy notable para un barsomiano; pero el hijo de John Cárter hubiera podido con facilidad haber hecho un centenar y medio de kilómetros, o aún más, si se hubiese decidido a abandonar a su reciente compañero.

Durante todo el camino estuvieron en constante peligro de ser descubiertos por las patrullas de torquasianos que merodeaban por aquellos lugares, y el riesgo fue aún mayor antes de llegar a la frontera de Torquas.

La suerte, sin embargo, los acompañó y aunque vieron dos destacamentos de los salvajes verdes, no fueron descubiertos. Y así llegaron, en la mañana del tercer día, a la vista de las relucientes cúpulas del distante Aanthor. Durante el viaje, Carthoris había esforzado siempre sus ojos, mirando hacia adelante y a lo lejos, a fin de descubrir a Thuvia y al gran banth; pero hasta ahora no había visto nada que le diese la menor esperanza.

Esa mañana, muy a lo lejos, a medio camino entre ellos y Aanthor, vieron dos pequeñas figuras que se movían en dirección a la ciudad. Durante un momento las observaron con ansiedad. Luego Carthoris, convencido, reanudó la marcha a un paso más rápido, siguiéndole Kar Komak todo lo de prisa que le era posible.

El heliumita gritaba a fin de llamar la atención de la joven, y en este momento sus esfuerzos fueron premiados al verla volverse y detenerse mirando hacia él. A su lado el gran banth permanecía quieto, con las orejas tiesas, mirando al hombre que se aproximaba.

Aún no había podido Thuvia de Ptarth reconocer a Carthoris, aunque debería estar convencida de que era él, porque le aguardaba allí sin dar señales de temor.

Ahora él la veía señalar hacia el Nordeste, más allá de donde él se encontraba. Sin aflojar el paso, volvió sus ojos hacia donde ella señalaba.

Corriendo silenciosamente sobre la espesa vegetación, a medio kilómetros detrás venía una veintena de fieros guerreros verdes, cargando sobre él montados en sus poderosos thoats.

A su derecha estaba Kar Komak, desnudo y desarmado, pero corriendo valientemente hacia Carthoris y gritando un aviso como si él también acabase de descubrir a la silenciosa y amenazadora patrulla que avanzaba tan rápidamente con las lanzas tendidas y sus largas espadas dispuestas para combate.

Carthoris gritó al lothariano, avisándole para que se retirase, porque sabía que no podía hacer otra cosa que sacrificar inútilmente su vida poniéndose, completamente desarmado, en el camino de los crueles y furiosos salvajes.

Pero Kar Komak no vacilaba nunca. Con gritos de aliento a su nuevo amigo, se adelantó apresuradamente hacia el príncipe de Helium. El corazón del hombre rojo se aligeró en reconocimiento de aquella prueba de valor y de sacrificio. Sintió no haber pensado en dar a Kar Komak una de sus espadas; pero era demasiado tarde para intentarlo, porque si esperaba que el lothariano le alcanzase, o si retrocedía para unirse a él, los torquasianos alcanzarían a Thuvia de Ptarth antes de que él pudiera hacerlo.

Aun actuando como se proponía, sería dudoso quién llegaría primero hasta ella.

Una vez más volvió su rostro hacia la joven, y en ese momento, por el camino de Aanthor, vio otra patrulla que se dirigía apresuradamente hacia ellos: dos naves aéreas de guerra de mediano tamaño, y aun a la distancia a que estaban de él podía ver la divisa de Dusar en sus proas.

Ciertamente que ahora parecía haber poca esperanza para Thuvia de Ptarth. Con los salvajes guerreros de las hordas de Torquas cargando hacia ella, por un lado, y los no menos implacables enemigos, en forma de los hombres de Astok, príncipe de Dusar, N sobre ella por otro, mientras sólo un banth, un guerrero rojo y un arquero desarmado podían defenderla, su causa carecía de esperanzas, y si ya estaba perdida antes, lo estaba ahora aún más si cabía.

Cuando Thuvia vio que Carthoris se aproximaba, volvió a sentir aquella inexpresable sensación de completo alivio, de responsabilidad y temor que había experimentado en una ocasión anterior. Y no podía explicárselo, en tanto que su cabeza intentaba aún convencer a su corazón de que el príncipe de Helium había tenido parte en su rapto de la corte de su padre. Sólo sabía que se sentía alegre cuando él estaba a su lado, y que con él allí todo le parecía posible, aun cosas tan imposibles como escapar de su situación actual.

En ese momento, él se detuvo jadeante ante ella. Una alegre sonrisa de aliento iluminaba su rostro.

—¡Valor, mi princesa! —susurró.

Por la memoria de la doncella cruzó como un relámpago la ocasión en que él había empleado aquellas mismas palabras, en el salón del trono de Tario de Lothar, cuando habían comenzado a deslizarse por el embudo de mármol que formaba el suelo que iba hundiéndose hacia un destino desconocido.

Entonces ella no le había reprendido por el empleo de aquel saludo tan familiar, ni le reprendía ahora, aunque estaba prometida a otro. Se asombraba de sí misma, sonrojándose de su propia torpeza, porque en Barsoom es vergonzoso para una mujer el escuchar aquellas dos palabras de otro que no sea su marido o su prometido.

Carthoris vio su sonrojo, y al instante se arrepintió de sus palabras. Sólo pasaría un momento antes de que los guerreros verdes cayeran sobre ellos.

—¡Perdóname! —dijo en voz baja—. Que mi excusa sea mi gran amor y el

convencimiento de que sólo me queda un momento de vida.

Y, después de estas palabras, se volvió para hacer frente al más próximo de los guerreros verdes.

Éste cargaba con su lanza tendida; pero Carthoris saltó a un lado, y cuando el gran thot y su jinete pasaron sin causar daño por su lado, Carthoris blandió su larga espada con un poderoso tajo que hendió en dos el cuerpo verde.

En el mismo momento, Kar Komak saltaba, apresando con sus manos desnudas una de las piernas de otro de los corpulentos jinetes; el grueso de la horda huyó a lugar más seguro, desmontando para manejar mejor sus armas favoritas: las espadas largas. Los aparatos aéreos dusarianos tocaron la suave alfombra del fondo submarino, cubierto de vegetación ocre, expulsando de su interior a cincuenta guerreros, y al revuelto mar de espadas cortantes y contundentes saltó Komal, el gran banth.

CAPÍTULO XI



Hombres Verdes y Monos Blancos

Una espada torquasiana cruzó la frente de Carthoris. Experimentó la visión fugaz de unos brazos suaves alrededor de su cuello y de unos labios cálidos juntándose con los suyos, antes de perder el conocimiento.

No pudo calcular cuánto tiempo estuvo allí sin sentido; pero cuando volvió a abrir los ojos se encontró solo y rodeado únicamente de varios cadáveres de guerreros verdes y de dusarianos y del cadáver de un gran banth que yacía casi sobre el mismo cuerpo de Carthoris.

Thuvia ya no estaba allí, y el cuerpo de Kar Komak no estaba entre los muertos.

Débil por la pérdida de sangre, Carthoris emprendió lentamente su camino hacia Aanthor, llegando a sus alrededores al anochecer.

Necesitaba, sobre todo, agua, y así, continuó caminando hasta llegar a una amplia avenida que conducía a la gran plaza central, donde sabía que encontraría el precioso líquido, en un edificio medio arruinado, frente al gran palacio del antiguo jeddak que, en otro tiempo, había gobernado aquella poderosa ciudad.

Descorazonado por el extraño giro de los acontecimientos, que parecían dispuestos de antemano para abortar su intento de servir a la princesa de Ptharth, concedió poca o ninguna atención a cuanto le rodeaba, caminando a través de la desierta ciudad, como si ningún gran mono blanco acechase en las negras sombras de los edificios misteriosos que flanqueaban las anchas avenidas y la gran plaza.

Pero si Carthoris no se cuidaba de las cosas que le rodeaban, no era el mismo el caso de otros ojos que observaban su entrada en la plaza y que seguían sus lentos pasos hacia el edificio de mármol que contenía el pequeño y medio cegado manantial, cuya agua podía solamente obtenerse haciendo un profundo agujero en la arena roja que lo cubría. Y cuando el heliumita entró en el pequeño edificio, una docena de corpulentas y grotescas figuras surgió del portal del palacio y se dirigió, apresurada y silenciosamente, a través de la plaza, hacia él.

Durante media hora, Carthoris permaneció en el edificio, cavando en busca de agua y extrayendo las escasas y muy necesarias gotas que obtuvo con su trabajo. Luego se levantó y lentamente salió de allí. Apenas había transpuesto el umbral, cuando doce guerreros torquasianos saltaron sobre él.

No tuvo entonces tiempo de sacar su larga espada; pero sacó rápidamente su largo puñal, y al lanzarse sobre ellos, más de un corazón verde dejó de latir por la mordedura de aquella afilada punta.

Entonces saltaron sobre él y le desarmaron; pero sólo nueve, de los doce guerreros que habían cruzado la plaza, regresaron con su cautivo.

Llevaron a su prisionero con brusquedad hasta los fosos del palacio, donde, rodeados por una extrema oscuridad, le encadenaron, con mohosas cadenas, a la sólida mampostería del muro.

—Mañana, Thar Ban hablará contigo —le dijeron—. Ahora está durmiendo. Pero su alegría será grande cuando sepa quién ha venido a visitarnos, y grande será la satisfacción de Hortan Gur cuando Thar Ban lleve a su presencia al loco incauto que ha osado herir al gran jeddak con su espada.

Luego le dejaron en el silencio y la oscuridad, ad.

Por un lapso de tiempo que le pareció de horas, Carthoris estuvo acurrucado en el suelo de piedra de su prisión, con su espalda apoyada en el muro en que estaba encajado el pesado candado que aseguraba la cadena que le sujetaba.

Luego, desde la insondable oscuridad que le rodeaba, llegó a sus oídos el sonido de unos pies desnudos que caminaban cautelosamente sobre la piedra, aproximándose cada vez más a donde él estaba, desarmado y sin posibilidad de defenderse.

Pasaron unos minutos, minutos que parecieron horas, durante los cuales, intervalos de sepulcral silencio eran seguidos por la repetición del arrastre de pies desnudos, que se acercaban cautelosamente a él.

Al fin oyó un repentino rumor de pasos a través de la insondable oscuridad, y a corta distancia, un sonido de lucha, de respiración fatigosa, y, una vez, algo que le pareció la exclamación de un hombre en lucha con grandes seres desconocidos. Luego, el ruido de una cadena y el rumor como del golpe dado, al retroceder, contra la piedra, de un eslabón roto.

De nuevo se hizo el silencio. Pero por un momento solamente. Oyó, una vez más, el rumor de los pies que, pisando blandamente, se aproximaban a él. Le parecía ver la mirada de unos ojos perversos, que brillaban al mirarle, de un modo que le provocaban terror, a través de la oscuridad. Estaba seguro de oír la jadeante respiración de poderosos pulmones.

Después, oyó claramente el rumor de muchas pisadas, y aquellas «cosas» llegaron hasta él.

Manos que terminaban en dedos semejantes a los humanos agarraron su garganta, brazos y piernas. Cuerpos peludos oprimieron al suyo y lucharon contra él cuando se resistió, en repulsivo silencio, contra aquellos horrorosos enemigos en la oscuridad de los fosos del antiguo Aanthor.

Educado como un hercúleo dios estaba Carthoris de Helium; sin embargo, en las

garras de aquellos seres invisibles de la noche estigia de los fosos, estaba tan desvalido como una frágil mujer.

Sin embargo, seguía luchando, dirigiendo fútiles golpes contra los grandes pechos hispídos que no podía ver; sintiendo bajo sus dedos gruesos cuellos agachados, la humedad de la saliva sobre su mejilla y la cálida y maloliente respiración en sus narices.

Garras también, poderosas garras, sentía próximas a él, y no podía comprender por qué no se hundían en su carne.

Al fin, se dio cuenta del gran número de los antagonistas que, alternativamente, adelantaban y retrocedían sobre la gran cadena que le sujetaba, y ahora llegó a sus oídos el mismo sonido que había escuchado a poca distancia de él poco tiempo antes de haber sido atacado: su cadena se había roto y el seccionado extremo golpeaba contra el muro de piedra.

Ahora fue cogido por ambos lados y empujado con rapidez por los lóbregos corredores, a un lugar que no podía determinar.

Al principio había pensado que sus enemigos serían de la tribu de Torquas; pero sus cuerpos velludos impedían tal suposición. Al menos ahora estaba completamente seguro de su identidad, aunque no podía imaginarse por qué no le habían matado y devorado desde el primer momento.

Después de media hora o más de rápida carrera por los pasajes subterráneos, que son una característica propia de todas las ciudades barsomianas, tanto antiguas como modernas, sus raptores, de repente, salieron a la luz de la luna a un patio, lejos de la plaza central.

Inmediatamente, Carthoris vio que estaba en poder de una tribu de los grandes monos blancos de Barsoom. Todo lo que le había hecho dudar antes en cuanto a la identidad de sus atacantes, había sido lo velludo de sus pechos, porque los monos blancos están completamente desprovistos de pelo, excepto un gran mechón erizado que tienen sobre sus cabezas.

Ahora veía la causa de lo que le había engañado: el pecho de cada uno de ellos estaba cruzado por tiras de piel velluda, casi todas de banths, a imitación del arnés de los guerreros verdes, que tan frecuentemente acampan en su desierta ciudad.

Carthoris había leído acerca de la existencia de tribus de monos que parecían estar progresando lentamente hacia un tipo elevado de inteligencia. Sabía que había caído en manos de los monos; pero ¿cuáles eran las intenciones hacía él?

Mirando a su alrededor, vio hasta cincuenta de aquellas repugnantes bestias, acuclilladas y, a poca distancia de él, un ser humano, estrechamente vigilado.

Cuando sus ojos se encontraron con los de su compañero de cautiverio, una sonrisa iluminó el rostro de aquél, y el «¡Kaor, hombre rojo!» brotó de sus labios. Era Kar Komak, el arquero.

—¡Kaor! — gritó Carthoris, respondiendo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí, y qué ha sido de la princesa?

—Hombres rojos como tú descendieron en poderosas naves aéreas que surcaban el aire lo mismo que las grandes naves de mis distantes días navegaban por los cinco mares —replicó Kar Komak—. Lucharon contra los hombres verdes de Torquas. Mataron a Komal, dios de Lothar. Creí que eran tus amigos y me alegré cuando, finalmente, los que sobrevivieron a la batalla llevaron a la joven roja a una de las naves y levantaron el vuelo con ella hasta alcanzar la seguridad del aire. Entonces los hombres rojos se apoderaron de mí y me llevaron a una gran ciudad desierta, donde me encadenaron a un muro en un foso oscuro. Después volvieron y me condujeron aquí. ¿Y tú, hombre rojo?

Carthoris le relató todo lo que le había sucedido, y mientras los dos hombres hablaban, los grandes monos se acurrucaban alrededor de ellos, observándoles fijamente.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó el arquero.

—Nuestra situación casi parece desesperada —replicó Carthoris tristemente—. Estas criaturas nacen antropófagas. ¡No puedo comprender por qué no nos han devorado ya! —susurró—. ¿Ves? El fin se aproxima.

Kar Komak miró en la dirección indicada por Carthoris para ver a un enorme mono que avanzaba con una enorme cachiporra.

—Así es como prefieren matar a sus presas —dijo Carthoris.

—¿Y moriremos sin lucha? —preguntó Kar Komak.

—Yo, no —replicó Carthoris— Aunque reconozco cuan fútil sería nuestra mejor defensa contra esas poderosas bestias. ¡Oh, si tuviese una espada larga...!

—O un buen arco —añadió Kar Komak— y una compañía de arqueros.

Tras estas palabras, Carthoris saltó sobre sus pies, sólo para ser derribado rudamente por su guardián.

—¡Kar Komak! —gritó—. ¿Por qué no puedes hacer lo que Tario y Jav han hecho? Ellos no tenían más arqueros que los de su propia creación. Debes conocer el secreto de su poder. ¡Llama a tu propia compañía, Kar Komak!

El lothariano miró a Carthoris con los ojos muy abiertos por el asombro, porque todo el asunto de la sugestión superaba a su entendimiento.

—¿Por qué no? —murmuró.

El mono salvaje que llevaba la pesada cachiporra se dirigía cautelosamente hacia Carthoris. Los dedos del heliumita trabajaban al mismo tiempo que los ojos no se apartaban de su verdugo. Kar Komak dirigió sobre los monos su penetrante mirada. El esfuerzo de su mente podía apreciarse en el sudor que corría sobre sus cejas contraídas.

El animal que iba a matar al hombre rojo casi estaba ya al alcance del brazo de su

presa, cuando Carthoris oyó un grito ronco procedente del lado opuesto del patio. Lo mismo que los acurrucados monos y el demonio que llevaba la maza, se volvió en la dirección del sonido para ver a una compañía de corpulentos arqueros entrando por la puerta de un edificio inmediato.

Dando gritos de rabia, los monos se pusieron en pie de un salto para salir al encuentro de los arqueros. Una descarga de flechas cayó sobre ellos, cuando se encontraban no más que a la mitad del camino, derribando por tierra, sin vida, a una docena de ellos. Entonces los monos entraron en lucha con sus adversarios. Los asaltantes ocupaban toda su atención; hasta el mismo guardián se había separado de los prisioneros para tomar parte en la pelea.

—¡Ven! —susurró Kar Komak—. Ahora podemos escapar en tanto que mis arqueros desvían de nosotros su atención.

—¿Y dejar a esos bravos camaradas sin jefe? —exclamó Carthoris, cuyo temperamento leal se rebelaba a la sola idea de semejante cosa. Kar Komak se echó a reír.

—Olvidas —dijo que no son más que inaprensible aire, ficciones de mi cerebro. Se desvanecerán sin haber sufrido el menor daño, cuando ya no tengamos necesidad de ellos. ¡Alabado sea vuestro primer antepasado, hombre rojo, porque tan oportunamente has pensado en esta posibilidad para salvarnos! Jamás se me hubiera ocurrido que pudiese emplear el mismo poder que me ha dado la existencia.

—Tienes razón —dijo Carthoris—. Sin embargo, se me hace duro dejarlos, aunque no podemos hacer otra cosa.

Y así, ambos se alejaron del patio, y saliendo a una de las amplias avenidas, se internaron cautelosamente e las sombras proyectadas por el edificio, dirigiéndose hacia la gran plaza central, en la cual estaban los edificios ocupados por los guerreros verdes cuando llegaron a la ciudad desierta.

Al llegar al límite de la plaza, Carthoris se detuvo.

—Aguarda aquí —susurró—. Voy a buscar thoats, puesto que a pie, jamás podríamos tener la esperanza de escapar de las garras de esos diablos verdes.

Para llegar al patio en que se guardaban los thoats, Carthoris necesitaba pasar por uno de los edificios que rodeaban a la plaza. Ni siquiera podía imaginarse cuáles serían los que estuviesen ocupados; así que se vio obligado a tomar considerables precauciones para llegar al cercado en que podía oír a las inquietantes bestias gritar y pelear entre sí.

El azar le condujo por una oscura portada a una amplia cámara, en que una veintena o más de guerreros verdes yacían envueltos en las sedas y las pieles con que acostumbraban abrigarse para dormir. Apenas había pasado Carthoris por el corto pasillo que ponía en comunicación a la puerta del edificio con la gran habitación posterior, cuando se dio cuenta de la presencia de algo o de alguien en el pasillo por

el cual acababa de pasar.

Oyó un bostezo, y luego, detrás de él, vio levantarse del lugar en que sus compañeros habían estado dormitando la figura de un centinela que, desperezándose, reanudaba su vigilancia.

Carthoris comprendió que debía haber pasado a menos de un metro del guerrero, despertándole, sin duda, de su sueño. Retirarse ahora sería imposible. Sin embargo, cruzar por aquella habitación ocupada por guerreros durmientes parecía cosa igualmente imposible.

Carthoris encogió sus anchos hombros y escogió el mal menor. Cautamente entró en la habitación. A su derecha, contra el muro, estaban apoyadas varias espadas y algunos rifles y lanzas; armas de repuesto que los guerreros habían colocado allí, al alcance de sus manos, por si se producía una alarma nocturna que les sacase repentinamente de su sueño. Al lado de cada durmiente yacía su arma; éstas jamás estaban lejos de sus propietarios, desde la niñez hasta la muerte.

La vista de las espadas estimuló la palma de la mano del joven. Caminó rápidamente hacia ellas, escogiendo dos de las cortas: una para Kar Komak; la otra, para él; también tomó algunas piezas de armadura para su desnudo compañero.

Luego se dirigió directamente al centro de la habitación, colocándose entre los torquasianos que dormían.

Ninguno de ellos se movió hasta que Carthoris hubo hecho más de la mitad de su corto aunque peligroso camino. Entonces, uno de ellos se agitó, inquieto, sobre sus sedas y pieles.

El heliúmita puso sobre él una de las espadas cortas, dispuesta para el caso en que el guerrero se despertase.

Durante un corto tiempo, que al joven príncipe pareció una eternidad, el hombre verde continuó moviéndose, desasosegadamente, sobre las ropas que le servían de cama; luego, como movido por resortes se puso en pie de un salto e hizo frente al hombre rojo.

Inmediatamente Carthoris asestó un golpe, pero no antes de que un gruñido salvaje se escapase de los labios del otro.

En un instante, la habitación fue el escenario de un gran tumulto. Los guerreros, saltando, se ponían en pie, empuñando sus armas a medida que se iban levantando y preguntándose a gritos los unos a los otros la causa del disturbio.

Carthoris podía ver plenamente todo cuanto había en la habitación, a la débil luz reflejada desde el exterior, porque la luna más lejana estaba precisamente en el cenit; pero para los ojos de los hombres verdes que acababan de despertarse, los objetos todavía no había adquirido su forma ordinaria; ellos sólo veían vagamente las figuras de los guerreros que se movían de un lado a otro dentro de la habitación.

En ese momento, uno de ellos tropezó con el cadáver del que Carthoris había

matado. Aquél, al tropezar, palpó, y su mano tocó el cráneo hendido. Vio a su alrededor las gigantescas figuras de otros hombres verdes, y entonces llegó a la única conclusión que le parecía evidente:

—¡Los thurds! —gritó—. ¡Los thurds han caído sobre nosotros! ¡Arriba, guerreros de Torquas y clavad vuestras espadas en los corazones de los antiguos enemigos de Torquas!

Al instante, los hombres verdes empezaron a caer, unos sobre otros, con sus espadas desnudas. Su salvaje deseo de lucha se había despertado. ¡Luchar, matar, morir con el frío acero sepultado en sus entrañas! ¡Ah, aquello constituía para ellos el Nirvana!

Carthoris se dio cuenta rápidamente de su error y sacó provecho de él. Comprendió que, en su placer de matar, podían seguir luchando mucho tiempo después de haber descubierto su error, a no ser que su atención e distrajesen a causa del motivo al de la pelea. Así, no perdió el tiempo siguiendo su camino a través de la habitación hasta el portal del lado opuesto, que daba paso al patio interior, en que los salvajes thoats chillaban y luchaban entre sí.

Una vez allí, no resultó sencilla la tarea que se le presentó. Coger y montar a una de aquellas bestias habitualmente rabiosas e intratables no era juego de niños, aun en el caso más propicio; pero ahora, cuando el silencio y el tiempo eran factores tan importantes, podría haber parecido completamente imposible a un hombre menos optimista y de menos recursos que el hijo del gran héroe.

Este había aprendido de su padre muchas cosas relativas al trato de aquellas poderosas bestias, y de Tars Tarkas también cuando había visitado a aquel gran jeddak verde, en medio de su horda, en Thark. Así, aplicó a su tarea todo cuanto había aprendido acerca de aquellos animales, de los demás y de su propia experiencia; porque él también había montado en ellos y con ellos había tratado muchas veces.

El temperamento de los thoats de Torquas parecía aún peor que el de sus intratables primos de las tribus de los tharks y de los warhoons, y durante algún tiempo pareció evidente que Carthoris no podía escapar de la salvaje carga de una pareja de viejos thoats que, bramando, le rodearon; pero, al fin, consiguió aproximarse lo bastante a uno de ellos para echarle mano. Con el tacto de su mano sobre la tersa piel, el animal se aquietó y, respondiendo al mandato telepático del hombre rojo, se arrodilló. En un momento, Carthoris estuvo sobre su lomo y lo guió hacia la gran puerta que conducía desde el patio, a través de un gran edificio, a un extremo de la avenida que había al otro lado.

El otro thoat, sin dejar de bramar y enfurecerse, siguió a su compañero. Ninguno de los dos llevaba riendas, porque estos extraños animales son gobernados solamente por la mente, cuando se dejan gobernar.

Aun en las manos de los gigantescos hombres verdes, las bridas serían inútiles contra el salvajismo loco y la fuerza de mastodonte de los thoats, y así, son guiados por aquel extraño poder telepático con el cual los hombres de Marte han aprendido a comunicarse, de una manera ruda, con los seres del orden inferior de su planeta.

Con dificultad condujo Carthoris a las dos bestias a la puerta, donde, inclinándose, levantó el picaporte. Entonces el thoat que él montaba arrimó su poderoso costado a la puerta de madera, empujó y un momento después el hombre y los dos animales bajaban silenciosamente por la avenida, en dirección a la entrada de la plaza, adonde Kar Komak le esperaba.

Allí, Carthoris se encontró con grandes dificultades para domar al segundo thoat, y como Kar Komak nunca había montado en una de aquellas bestias, le parecía una tarea irrealizable; pero, al fin, el arquero se las arregló para trepar hasta el lomo, y ambas bestias se alejaron al trote, por las avenidas cubiertas de musgo, hacia el fondo marino que se extendía al otro lado de la ciudad.

Toda aquella noche y el día y la noche siguiente cabalgaron hacia el nordeste. No veían señal alguna de persecución, y al amanecer del segundo día, Carthoris vio a lo lejos la ondulante cinta de los grandes árboles que marcaba uno de los largos acueductos barsomianos.

Inmediatamente abandonaron sus thoats y se aproximaron a pie al terreno cultivado. Carthoris dejó también los símbolos metálicos de sus correaes o la parte del mismo que pudiera servir para identificarle como heliumita o como individuo de sangre real, porque no sabía a qué nación pertenecía aquel acueducto, y en Marte es siempre prudente suponer enemigo a cualquier país y a cualquier hombre, mientras no se sepa lo contrario.

Era media mañana cuando los dos entraron finalmente en uno de los caminos que atraviesan los distritos cultivados a intervalos regulares, uniendo a los áridos desiertos de uno y otro lado con la carretera, grande y blanca, que corre por el centro, de extremo a extremo, de las tierras cultivadas remotas, y que de lejos ofrecen el aspecto de cintas extendidas.

El alto muro circundante de los campos servía de defensa contra los ataques imprevistos de las hordas verdes montadas, al mismo tiempo que preservaba de los ataques de los salvajes banths y de otros carnívoros a los animales domésticos y a los seres humanos de las granjas.

Carthoris se detuvo ante la primera puerta que encontró, esperando su admisión. El joven que contestó a su llamada saludó a ambos hospitalariamente, aunque mirando con considerable asombro la blanca piel y oscuro cabello del arquero.

Después de haber escuchado por un momento parte de la narración de su huida de los torquasianos, les invitó a entrar, los llevó a su casa y ordenó a los criados que estaban presentes que les preparasen comida.

Mientras aguardaban en la habitación, baja de techumbre y agradable, de la casa de la granja, a que acabara de hacerse la comida, Carthoris llevó la conversación con su huésped de tal modo que diera a conocer su nacionalidad, y así, conocer el nombre de la nación bajo cuyo dominio estaba el acueducto al que el azar le había conducido.

—Yo soy Hal Vas —dijo el joven—. hijo de Vas Kor, de Duser un noble de la comitiva de Astok, príncipe de Duser. En este momento soy el capitán en el camino que conduce a este distrito.

Carthoris se alegró mucho de no haber descubierto su identidad, porque aunque él no tuviese idea alguna de nada de cuanto había ocurrido desde su salida de Helium, o de que Astok hubiese llegado al fondo de todas sus desgracias, sabía bien que el duseriano no sentía por él afecto alguno y que no podía esperar ayuda alguna dentro de los dominios de Duser.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Hal Vas—. Por tu aspecto pareces un guerrero, pero no veo insignia alguna en tus correajes. ¿Eres quizá un mercenario?

Por aquel entonces, los mercenarios errantes eran frecuentes en Barsoom, donde la mayor parte de los hombres tienen aficiones guerreras. Vendían sus servicios en cualquier guerra que se presentase, y en los raros y breves intervalos en que no había ninguna lucha organizada entre las naciones rojas, se unían a alguna de las numerosas expediciones que constantemente estaban siendo enviadas contra los hombres verdes para proteger si era preciso los acueductos que atravesaban las partes más selváticas del globo.

Cuando terminan su servicio, se desprenden de los símbolos de la nación a que han estado sirviendo, hasta encontrar un nuevo amo. En los intervalos no llevan insignia alguna, siendo suficiente su correaje guerrero y sus amenazadoras armas para indicar su profesión.

La idea era buena, y Carthoris aprovechó la ocasión que le proporcionaba para dar satisfactoriamente cuentas de sí mismo. Había, sin embargo, un solo inconveniente. En tiempos de guerra, tales soldados de fortuna que se encuentran casualmente dentro de los dominios de una nación beligerante estaban obligados a llevar las insignias de aquel país y a luchar con sus guerreros. Según las noticias de Carthoris, Duser no estaba en guerra con ningún otro país; pero jamás había declaración de guerra previa cuando una nación roja quería atacar a alguna de sus vecinas, aun cuando la gran y poderosa alianza, a cuya cabeza se encontraba su padre, John Carter hubiera trabajado para mantener una larga paz sobre la mayor parte de Barsoom.

Una agradable sonrisa iluminó el rostro de Hal Vas cuando Carthoris admitió su empleo militar.

—Me parece muy bien —exclamó el joven— que te hayas aventurado a llegar aquí, porque aquí encontrarás rápidamente el medio de entrar en servicio. Mi padre,

Vas Kor, está aún conmigo, habiendo venido aquí a reclutar fuerzas para la nueva guerra contra Helium.

CAPÍTULO XII



Salvar a Dusar

Thuvia de Ptarth, luchando, más que por la vida. contra la lujuria de Jav, arrojó una rápida mirada por encima de su hombro hacia la selva de la que había salido el fiero rugido. Jav miró también.

Lo que vieron llenó a ambos de temor. ¡Era Komal, el dios banth, que se precipitaba con la boca abierta hacia ellos!

¿Qué presa había elegido? ¿Sería a los dos?

No tuvieron que esperar mucho tiempo, porque aunque el lothariano intentaba tener a la joven entre las terribles garras y él mismo, la gran bestia le atacó a él al fin.

Luego, gritando, intentó huir hacia Lothar, después de haber empujado a Thuvia sobre la fiera antropófaga. Pero su huida duró poco. En un instante, Komal estuvo sobre él, desgarrando su garganta y pecho con furia diabólica.

La muchacha corrió un momento después al lado de ambos; pero con gran dificultad pudo separar de su presa a la rabiosa fiera. Gruñendo aún y dirigiendo coléricas miradas a Jav, el león, al fin, se dejó conducir al bosque.

Con su gigantesco protector al lado, Thuvia emprendió el camino para hallar el paso a través de las montañas, a fin de poder intentar lo que parecía imposible: llegar al remoto Ptarth a través de más de diecisiete mil haads del salvaje Barsoom.

No podía creer que Carthoris la hubiese abandonado deliberadamente, y así, miraba constantemente a todas partes con la esperanza de verle: pero como se desvió demasiado lejos hacia el norte buscando el túnel, pasó lejos del camino del heliumita cuando volvía a Lothar para buscarla.

Thuvia de Ptarth encontraba dificultades para decidir qué lugar exacto ocupaba el príncipe de Helium en su corazón. No podía admitir, ni siquiera en su intimidad, que le amaba, y, sin embargo, le había permitido que le aplicase aquel término de cariño y posesión al cual una doncella barsomiana debería hacer sordos sus oídos, siempre que fuese pronunciado por otros labios que los de su marido o novio: «Princesa mía». Kulan Tith, jeddak de Kaol, a quien estaba prometida, poseía su respeto y admiración. ¿No habría sido que se había plegado a los deseos de su padre por el despecho de que el bello heliumita no hubiese aprovechado sus visitas a la Corte de su padre para pedir su mano, siendo así que ella se había creído completamente

segura de que él la había deseado desde aquel remoto día en que ambos se habían sentado juntos en el tallado asiento del espléndido jardín de los jeddaks, que adornaba el patio interior del palacio de Salensus Olí, en Kadabra?

¿Amaba a Kulan Tith? Insistentemente procuraba creer que sí; pero al mismo tiempo sus ojos vagaban a través de la oscuridad que avanzaba, procurando distinguir la figura de un guerrero de perfectas proporciones, de cabellos negros y de ojos grises. Negro era el cabello de Kulan Tith, pero sus ojos eran negros.

Era casi de noche cuando halló la entrada del túnel. Sin incidente alguno pasó a través de los cerros situados al otro lado del mismo, y allí, bajo la brillante luz de las dos lunas de Marte, se detuvo a planear su acción futura.

¿Debería aguardar allí, con la esperanza de que Carthoris volviese en su busca? ¿O continuaría su camino hacia el nordeste, con dirección a Ptarth? ¿Adónde se habría dirigido en primer lugar Carthoris al salir del valle de Lothar?

Su garganta seca y boca polvorienta le dieron la respuesta: hacia Aanthor y el agua. Bien; ella también iría primero a Aanthor, donde podía encontrar algo más que el agua que necesitaba.

Con Komal a su lado tenía poco miedo, porque él la protegería de todas las demás bestias salvajes. Hasta los grandes monos blancos huirían con terror del poderoso banth. Sólo a los hombres tenía que temer; pero era preciso que corriera éste y otros muchos riesgos antes de llegar otra vez a la corte de su padre.

Cuando, al fin, Carthoris la encontró, sólo para ser derribado por la larga espada de un hombre verde, Thuvia había deseado correr la misma suerte.

La vista de los guerreros rojos saltando desde sus naves aéreas la había llenado por un momento de nueva esperanza; esperanza de que Carthoris de Helium no hubiera perdido más que el conocimiento, y de que ellos le rescatasen; pero cuando vio las insignias dusarianas sobre sus correaes y que sólo procuraban escapar con ella de la carga de los torquasianos, abandonó toda esperanza.

Komal también estaba muerto; muerto sobre el cuerpo del heliumita. Sólo ella, en verdad, quedaba. No tenía a nadie que la protegiese.

Los guerreros dusari anos la habían llevado al puente de la nave aérea más próxima. Alrededor de todas ellas, los guerreros verdes habían surgido, intentando arrebatlarla de las manos del hombre rojo.

Al fin, los que no habían muerto en el combate, ganaron los puentes de los dos aparatos. Los motores latieron, emitiendo su ronroneo peculiar; las hélices empezaron a dar vueltas. Inmediatamente las veloces naves despegaron hacia los cielos.

Thuvia de Ptarth había mirado a su alrededor. Un hombre estaba cerca, sonriéndose burlescamente en su propia cara. Con una jadeo de reconocimiento miró de lleno a los ojos de él y luego, con un ligero gemido de terror y de entendimiento, ocultó su rostro entre sus manos y se dejó caer sobre el puente de pulimentada

madera. Era Astok, príncipe de Dusar, quien se inclinaba hacia ella.

Veloces eran las naves de Astok de Dusar, y grande la necesidad de llegar a la corte del padre de aquél tan pronto como fuese posible, porque las flotas de guerra de Helium, de Ptarth y de Kaol se hallaban diseminadas, por todas partes sobre Barsoom. Y no le iría muy bien a Astok o a Dusar si alguna de ellas llegase a descubrir a Thuvia de Ptarth como prisionera en la propia nave de Astok.

Aaanthor se hallaba situado a cincuenta grados de latitud sur y a noventa al este de Horz, el emplazamiento abandonado de las antiguas cultura y civilización barsomianas, mientras que Dusar se hallaba a quince grados al norte del ecuador y a veinte al este de Horz.

Aunque la distancia era grande, las naves la recorrieron sin hacer una parada. Mucho antes de que hubieran alcanzado su destino, Thuvia de Ptarth había aprendido muchas cosas que aclaraban las dudas que habían asaltado su mente durante varios días. Apenas se habían elevado sobre Aaanthor, cuando había reconocido a uno de los tripulantes como miembro de la tripulación de aquella otra nave que la había llevado desde los jardines de su padre a Aaanthor. La presencia de Astok en la nave aclaraba todo el asunto. Había sido raptada por emisarios del príncipe dusariano; Carthoris de Helium no había tenido nada que ver en el asunto.

Y Astok no negó el cargo cuando ella le acusó. Se limitó a sonreír y a alabar su amor hacia ella.

—¡Antes me casaría con un mono blanco! —exclamó ella cuando él quiso insistir en cortejarla.

Astok la miraba ardiente y obstinadamente.

—Te casarás conmigo, Thuvia de Ptarth —gruñó él—, o, por tu primer antepasado, harás lo que prefieres y te casarás con un mono blanco.

La muchacha no respondió, ni él pudo conseguir entablar una conversación con ella durante la mayor parte del viaje. En efecto. Astok estaba algo asustado por las proporciones del conflicto que su rapto de la princesa ptharhiana había producido, y no estaba muy contento con el peso de la responsabilidad que la posesión de tal prisionera implicaba.

Su único pensamiento era el de llevarla a Dusar, y, una vez allí, dejar que su padrastro se la responsabilizara. Entre tanto, tendría el mayor cuidado posible en no ofender a la joven, no fuese que todos llegasen a ser capturados y tuviese que responder del trato dado a la joven hija de uno de los más grandes jeddaks, cuya mayor joya era su hija.

Y así, al fin, llegaron a Dusar, donde Astok instaló a su prisionera en una habitación secreta y alta, en la torre del lado del este de su propio palacio. Había hecho que sus hombres jurasen guardar silencio en cuanto a la identidad de la joven, hasta que él hubiese visto a su padre, Nutus, jeddak de Dusar; él no consentiría que

nadie supiese a quién había traído consigo desde el sur.

Pero cuando se presentó en la gran cámara de audiencia, ante el hombre de cruel boca que era su padre, sintió que su valor le abandonaba y no se atrevió a hablar de la princesa oculta en su palacio. Se le ocurrió probar la opinión de su padre sobre el asunto, y así habló de su proyecto de capturar a una persona que aseguraba conocer la residencia de Thuvia de Ptarth.

—Y si así lo ordenas, mi señor —dijo—, yo iré a capturarla y la traeré aquí, a Dusar.

Nutus frunció el entrecejo y agitó su cabeza.

—Y hubieras hecho lo suficiente para atraer a Ptarth, Kaol y Helium, a las tres a la vez sobre nosotros, si hubieran sabido tu participación en el rapto de la princesa de Ptarth. Que hayas conseguido hacer recaer la culpa sobre el príncipe de Helium, ha sido muy astuto y un movimiento estratégico magistral; pero si la joven llegase a conocer la verdad y volviese alguna vez a la Corte de su padre, todo Dusar tendría que pagar la culpa, y tenerla aquí como prisionera entre nosotros sería reconocer la culpa, de cuyas consecuencias nada podría salvarnos. Me costaría el trono, Astok, y no pienso en perderlo.

—Si la tuviésemos aquí... —el viejo, de repente comenzó a musitar, repitiendo la frase una y otra vez—. Si la tuviésemos aquí, Astok exclamaba con ferocidad—. ¡Ah, solamente con que la tuviésemos aquí, y nadie lo supiese! ¿No puedes imaginártelo, hombre? La culpa de Dusar podría quedar para siempre enterrada con sus huesos —concluyó en un tono bajo y salvaje.

Astok, príncipe de Dusar, tembló. Era débil, sí, y malvado también; pero la idea que implicaban las palabras de su padre le dejaban helado de horror.

Los hombres de Marte son crueles para con sus enemigos; pero la palabra enemigos es, comúnmente, interpretada en el sentido de hombres solamente. La frecuencia del asesinato es excesiva en las grandes ciudades barsomianas; sin embargo, asesinar a una mujer es un crimen tan inconcebible, que hasta los más empedernidos asesinos pagados se apartarían horrorizados de quien les sugiriese semejante idea.

Nutus no se percató, al parecer, del patente terror de su hijo, causado por tal idea.

Momentos después continuó:

—Dices que sabes dónde se oculta la joven desde que ha sido raptada por tu gente en Aanthor. Si fuese encontrada por cualquiera de las tres potencias, su relato sería suficiente para hacer que todas ellas se volvieran contra nosotros. No hay más que un camino. Astok —gritó el viejo—. Debes volver inmediatamente a su escondrijo y traerla aquí con el mayor secreto ¡Y cuidado con esto! ¡No vuelvas a Dusar sin ella, so pena de tu vida!

Astok, príncipe de Dusar, conocía bien el genio de su real padre. Sabía que en el

corazón del tirano no había ni un solo impulso de amor hacia ninguna de las criaturas.

La madre de Astok había sido una esclava. Nutus jamás la había amado. Jamás había amado, tampoco, a ninguna otra. En su juventud había intentado encontrar novia en las cortes de varios de sus poderosos vecinos; pero sus mujeres no querían nada con él. Después que una docena de hijas de su propia nobleza habían buscado su propia destrucción antes que casarse con él, se había dado por vencido. Y entonces había sido cuando se había casado legalmente con una de sus esclavas, a fin de tener un hijo que ocupase su puesto entre los jedds, cuando Nutus muriese y se eligiese un nuevo jeddak.

Astok se retiró lentamente de la presencia de su padre. Pálido y tembloroso, se dirigió a su propio palacio. Al cruzar el patio, su mirada cayó sobre la gran torre del este, que se alzaba a gran altura hacia el azul del firmamento.

A su vista, gotas de sudor brotaron de su frente.

«¡Issus!» m a otra mano que la suya podría ser confiada aquella horrorosa ejecución. Con sus propios dedos debía retirar la vida de aquella garganta perfecta o hundir la hoja silenciosa en el corazón rojo.

¡Su corazón! ¡El corazón que había esperado se desbordase de amor hacia él!

Pero ¿lo había hecho así? Recordaba el altivo desprecio con que sus peticiones de amor habían sido recibidas. Primero se enfrió y luego se enardeció con aquel recuerdo. Su ira se enfrió cuando la propia satisfacción de una próxima venganza desterró los instintos más humanos que por un momento se le habían impuesto; el bien que había heredado de la esclava había sido, una vez más, ahogado en la mala sangre que había heredado de su real padre; porque al final siempre era así.

Una fría sonrisa suplantó al terror que había dilatado sus ojos. Encaminó sus pasos hacia la torre. Quería verla antes de partir para el viaje que había de engañar a su padre en cuanto al hecho de que la joven estaba ya en Dusar.

Sigilosamente cruzó el secreto pasadizo, subiendo por una escalera de caracol al departamento en que la princesa de Ptarth estaba aprisionada.

Cuando entró en la habitación vio a la joven apoyada en el alféizar de la ventana que daba al este, mirando a las azoteas de Dusar, hacia el distante Ptarth. El odiaba a Ptarth. Su recuerdo le llenó de rabia. ¿Por qué no acabar con ella ahora y tener adelantado ya esto?

Al ruido de sus pisadas ella se volvió rápidamente hacia él. ¡Ah, cuán bella era! Su repentina determinación se marchitó ante la gloriosa luz de su maravillosa belleza. Esperaría hasta que hubiese regresado de su corto viaje de engaño; acaso entonces hubiese algún otro medio. Alguna otra mano que diese el golpe; con aquella cara, con aquellos ojos ante él no podría hacerlo nunca. Se había jactado siempre de la crueldad de su naturaleza; pero ¡Issus! El no era aquella cruel divinidad. No, había que encontrar a otro; uno en quien él pudiera confiar.

Aún estaba mirándola mientras ella estaba allí, ante él, sosteniendo su mirada firme e impávidamente. Sentía aumentar cada vez más el fuego de su amor.

¿Por qué no suplicar una vez más? Si quisiese ceder, todo podría arreglarse aún. Aun cuando el padre de él no pudiese ser persuadido, podrían huir a Ptarth, echando sobre los hombres de Nutus la culpa de la baja e intriga que había conducido a cuatro grandes naciones a la guerra. ¿Y quién habría que dudase de la justicia de la acusación?

—Thuvia —dijo él—, vengo una vez más, la última, a poner mi corazón a tus pies. Ptarth, Kaol y Duser están luchando contra Helium por tu causa. Cástate conmigo, Thuvia, y todo volverá a ser como debería ser.

La muchacha volvió la cabeza.

—¡Aguarda! —añadió él antes que ella respondiese—. Conoce la verdad antes de que pronuncies palabras que pueden sellar no sólo tu propio destino, sino también el de millares de guerreros que luchan por vuestra causa.

Rehusa voluntariamente a casarte conmigo, y Duser será arrasado si alguna vez se conociese la verdad en Ptarth, Kaol y Helium. Estas naciones arrasarán nuestras ciudades y no dejarían piedra sobre piedra. Harían que nuestra población se diseminase por toda la faz de Barsom, desde el helado norte al helado sur, persiguiéndola y dándole muerte hasta que la gran nación quedase reducida a un recuerdo odioso para la memoria de los hombres.

Pero mientras exterminen a los duserianos, muchísimos millares de sus propios guerreros perecerán; y todo por la testarudez de una sola mujer que no querría casarse con el príncipe que la ama.

Rehusa, Thuvia de Ptarth. y sólo quedará una alternativa; nadie deberá, en ese caso, conocer jamás tu destino. Sólo un puñado de servidores leales, además de mi real padre y de mí mismo, saben que has sido raptada de los jardines de Thuvan Dhin, por Astok, príncipe de Duser, o que hoy estás prisionera en mi palacio.

Rehusa, Thuvia de Ptarth. y morirás para salvar a Duser; no hay otro camino. Nutus. el jeddak. lo ha decretado así. He dicho.

Por largo tiempo la joven dejó vagar su mirada por el rostro de Astok de Duser. Luego habló, y aunque sus palabras fueron pocas, su tono desapasionado revelaba un frío desprecio de profundidad insondable.

—Prefiero que se cumplan todas tus amenazas —dijo— a ti.

Luego le volvió la espalda y volvió a colocarse en pie delante de la ventana que daba al este, mirando con tristeza al lejano Ptarth.

Astok giró sobre sus talones y salió del aposento, volviendo al poco tiempo con alimento y bebida.

—Aquí —dijo— tienes con qué mantenerte hasta que yo vuelva. El primero que entre en esta habitación será tu verdugo. Encomiéndate a tus antepasados. Thuvia de

Ptarth, porque dentro de pocos días estarás junto a ellos.

Luego se marchó.

Media hora después, conferenciaba con un alto oficial de la marina de Dusar.

—¿Adonde ha ido Vas Kor? —preguntó—. No está en su palacio.

—Al Sur, al gran acueducto que está en los alrededores de Torquasreplicó, el otro—. Su hijo, Hal Vas, es capitán del Camino allí, y allí ha ido Vas Kor a reclutar entre los colonos de las granjas.

—Bien —dijo Astok y media hora después se elevaba sobre Dusar en su nave aérea más rápida.

CAPÍTULO XIII



Turjun, el mercenario

El rostro de Carthoris de Helium no daba muestras de las emociones que le conmovieron interiormente cuando oyó de labios de Hal Vas que Helium estaba en guerra con Dusar y que el Destino le había llevado al servicio del enemigo.

La consideración de que podía utilizar aquella oportunidad en favor de Helium, apenas bastaba para contrarrestar la pena que sentía por no estar luchando abiertamente, a la cabeza de sus propias y leales tropas.

Escapar de los dusarianos podía resultar cosa fácil; pero luego, el volver a escapar podría no serlo tanto. Si llegasen a sospechar de su lealtad (y la lealtad de un soldado de fortuna se prestaba siempre a la sospecha), podría no hallar la oportunidad de eludir su vigilancia hasta después de la terminación de la guerra, lo que podría ocurrir a los pocos días o sólo después de largos y pesados años de derramamiento de sangre.

Recordaba que la historia hablaba de guerras en las cuales las operaciones militares habían tenido lugar, sin interrupción, durante quinientos o seiscientos años, y aun ahora había naciones en Barsoom con las cuales Helium no había hecho la paz en toda la historia del hombre.

La perspectiva no era halagadora. No podía ni imaginarse que dentro de pocas horas estaría bendiciendo la suerte que le había puesto al servicio de Dusar.

—¡Ah! —exclamó Hal Vas—. Aquí está mi padre. ¡Kaor! Vas Kor. Aquí hay alguien a quien te alegrarás de encontrar: el valiente mercenario... —Vaciló.

—Turjun —intervino, Carthoris, adoptando el primer nombre que se le ocurrió.

Al hablar, sus ojos se dirigieron vivamente al corpulento guerrero que entraba en la habitación. ¿Dónde, antes de entonces, había visto aquella gigantesca figura, aquel porte taciturno y la cicatriz lívida desde la sien a la boca?

Vas Kor —repetía Carthoris mentalmente—. ¡Vas Kor! ¿Dónde había visto antes a aquel hombre?

Y luego el noble habló y, como un relámpago, todo volvió a la memoria de Carthoris; el criado que se había adelantado en el embarcadero, en Ptarth, cuando él estaba explicando a Thuvan Dhin el secreto de su nueva brújula; el solitario esclavo que había guardado su propio hangar, la noche erí que había salido para su malhadado viaje a Ptarth; el viaje que le había llevado tan misteriosamente al lejano

Aaanthor.

—Vas Kor —repetía en voz alta—, benditos sean tus antepasados por este encuentro.

Y el dusariano no podía imaginarse toda el significado que contenía aquella frase trivial con que un barsomiano corresponde a una presentación.

—Y benditos sean los tuyos, Turjun —replicó Vas Kor.

Ahora vino la presentación de Kar Komak a Vas Kor, y cuando Carthoris llegó a la pequeña ceremonia, se le ocurrió la única explicación que podía encontrar para dar razón de la piel blanca y oscuro cabello del arquero; porque temía que la verdad no fuese creída y que, al no serlo, recayese la sospecha sobre ambos desde el principio.

—Kar Komak —explicó— es, como podéis ver, un thern. Ha vagado lejos de sus templos meridionales, rodeados de hielos, en busca de aventuras. Le encontré en los fosos de Aaanthor; pero, aunque hace poco tiempo que le conozco, puedo responder de su valor y lealtad.

Desde la destrucción del templo de su falsa religión por John Carter, la mayor parte de los therns aceptaron con alegría el nuevo orden de cosas, de modo que ya no era raro verlos mezclarse con las multitudes de hombres rojos en cualesquiera de las grandes ciudades del mundo exterior; así. Vas Kor ni sintió ni expresó ningún gran asombro.

Durante toda la entrevista, Carthoris observaba, como si se tratara de un gato, por si acaso podía descubrir algún indicio de que Vas Kor reconociese en el fogueado soldado de fortuna al en otro tiempo espléndido príncipe de Helium; pero las noches sin sueño, los largos días de marcha y de lucha, las heridas y la sangre seca habían, evidentemente, bastado para borrar el último resto de su semejanza con su apariencia original; y además, Vas Kor sólo le había visto dos veces durante toda su vida. No era extraño que no le reconociese.

Por la noche Vas Kor anunció que a la mañana siguiente partirían hacia el norte, en dirección a Dugar, realizando la leva en varios puntos de su camino.

En un gran campo, detrás de la casa, había un aparato aéreo, un crucero — transporte de buen tamaño, con capacidad para muchos hombres y, sin embargo, veloz y también bien armado. Ahí durmió Carthoris, y también Kar Komak, con los demás reclutas, bajo la vigilancia de los guerreros regulares dusarianos que tripulaban el aparato.

Hacia medianoche Vas Kor volvió a la nave, desde la casa de su hijo, dirigiéndose a su camarote. Carthoris, con uno de los dusarianos, estaba de guardia. Con dificultad reprimió el heliumita una fría sonrisa, cuando el noble pasó a medio metro de él, a medio metro de la espada larga e imponente de heliumita, que se balanceaba en su arnés.

¡Cuán fácil hubiera sido! ¡Cuán fácil vengar la cobarde treta que le había sido

jugada; vengar a Helium, y a Ptarth, y a Thuvia!

Pero su mano no se movió hacia la empuñadura de su espada, porque, antes, Vas Kor debía servir para un fin mejor; podría saber dónde Thuvia de Ptarth estaba ahora prisionera si, en efecto, habían sido dusarianos los que la habían raptado durante la lucha delante de Aanthor.

Y, además, también allí estaba el instigador de todo el complot. Este debía pagar su culpa; y ¿quién mejor que Vas Kor para conducir al príncipe de Helium hasta Astok de Duser?

Débilmente, en medio de la noche, llegó hasta los oídos de Carthoris el ruido de un motor distante. Escrutó el firmamento.

Sí; allí estaba, a lo lejos, al norte, confusamente bosquejado en el oscuro vacío del espacio, que se extendía ilimitadamente más allá, la difusa silueta de una nave aérea, pasando, con las luces apagadas, a través de la noche barsomiana.

Carthoris, ignorando si el aparato sería amigo o enemigo de Duser, nada dijo de haberlo visto; pero volvió sus ojos en otra dirección, dejando que de ellos se ocupase el dusariano que estaba de guardia con él.

Su compañero ya había descubierto el aparato, que se acercaba, y daba sigilosamente la alarma, que traería desde sus sedas y pieles de dormir al puente cercano al grueso de la fuerza de vigilancia con su oficial.

El crucero —transporte tenía las luces apagadas y como estaba posado, en tierra, debía de haber sido enteramente invisible para el aparato que se acercaba, al que todos ahora reconocieron como una pequeña nave aérea.

Pronto se hizo evidente que el extranjero intentaba hacer un desembarco, porque ahora se movía, describiendo una espiral lentamente sobre ellos, descendiendo cada vez más a cada ágil curva.

—Es él Thuria, —susurró uno de los guerreros dusarianos—. Lo conocería por la negrura de sus costados entre otras diez mil naves aéreas.

—¡Tienes razón! —exclamó Vas Kor, que había vuelto al puente. Y luego gritó: —¡Kaor, Thuria!

—¡Kaor! —se oyó decir desde arriba, tras un breve silencio. Después:

—¿Quién va?

—El crucero —transporte Kaikus, Vas Kor de Duser.

—¡Bien! —se oyó decir desde arriba—. ¿Hay pista de aterrizaje segura?

—Sí, muy próxima a estribor. Aguardad; encenderemos nuestras luces. Y, un momento después, la pequeña nave aérea aterrizaba muy cerca del Kaikus, y las luces de este último se apagaron inmediatamente de nuevo.

Podían verse varias figuras deslizándose por el costado del Thuria y avanzando hacia el Kaikus. Siempre desconfiados, los dusarianos estaban dispuestos 'a recibir a los visitantes como amigos o como enemigos, según resultasen después de una

inspección más detenida.

Carthoris estaba muy próximo al galón, dispuesto a hacer causa común con los recién llegados, si por casualidad fuesen heliumitas que intentasen dar un atrevido golpe de mano sobre aquel solitario aparato dusariano. El mismo, a veces, había dirigido tales expediciones, y sabía que tal cosa era muy posible.

Pero el rostro del primer hombre que transpuso el galón le desengañó con una sorpresa que no fue del todo agradable; era la cara de Astok, príncipe de Dusar.

Apenas hubo visto a los que se hallaban sobre el puente del Kaikusus, Astok se adelantó a grandes pasos para recibir el saludo de Vas Kor; luego invitó al noble a descender. Los guerreros y oficiales volvieron a acostarse y, una vez más, el puente fue abandonado, excepto por el guerrero dusariano y Turjun, el soldado de fortuna, que estaba de guardia.

Este último se paseaba pacíficamente. El primero se inclinaba sobre el galón, deseando que llegase la hora de su relevo. No vio que su compañero se acercaba a las luces del camarote de Vas Kor. Tampoco le vio agacharse, con el oído atento y pegado a un pequeño respiradero.

—¡Que los monos blancos nos devoren a todos —gritaba Astok triste y furiosamente— si no hemos caído en un lazo tan peligroso como jamás hayas visto! Nutus piensa que la tenemos escondida muy lejos de Dusar. Me ha mandado que la lleve allí.

Dejó de hablar. Nadie hubiera oído de sus labios lo que estaba diciendo. Hubiera sido para siempre el secreto de Nutus y Astok, porque en él descansaba la seguridad de un trono. Con aquella información, cualquier hombre hubiera podido arrancar al jeddak de Dusar lo que hubiera deseado.

Pero Astok estaba asustado y necesitaba, de aquel hombre más viejo, el consejo de una alternativa. Prosiguió:

—Debo matarla —susurró, mirando temerosamente a su alrededor— Nutus sólo desea ver el cuerpo para asegurarse de que sus órdenes han sido ejecutadas. Cree que he ido al lugar en que la tenemos oculta para llevarla secretamente a Dusar. Nadie debe saber que ella ha estado nunca en poder de un dusariano. No necesito decirte lo que sucedería a Dusar si Pthar, Helium y Kaol llegasen alguna vez a saber la verdad.

Las mandíbulas del oyente que estaba al lado del respiradero entrechocaban una contra otra en repetidos golpes. Hasta entonces sólo había supuesto el carácter del asunto de aquella conversación. Ahora lo sabía. ¡Iban a matarla! Sus musculosos dedos se apretaban tanto que las uñas se clavaban en las palmas de las manos.

—Y quieres que yo te acompañe mientras la llevas a Dusar —decía Vas Kor—. ¿Dónde está?

Astok se aproximó hasta ponerse muy cerca, y susurró en el oído del otro. Una sonrisa cruzó por los crueles labios de Vas Kor. Comprendía el poder que tenía en sus

manos. El sería, al menos, un jed.

—¿Y cómo podré ayudarte, príncipe mío? —preguntó el viejo suavemente.

—Yo no puedo matarla —dijo Astok—. ¡Issus! ¡No puedo hacerlo! Cuando vuelve sus ojos hacia mí, el corazón se hace agua.

Vas Kor frunció el entrecejo.

—¿Y deseas...?

Se detuvo sin terminar la pregunta, que, no obstante, estaba clara. Astok movió la cabeza.

—Tú no la amas —dijo.

—Pero amo mi vida, aunque sólo soy un noble de los menores concluyó significativamente.

—¡Serás uno de los nobles mayores; un noble de primera fila! —exclamó Astok.

—Sería un jed —dijo Vas Kor con brusquedad.

Astok vacilaba.

—Un jed debe morir antes que pueda nombrarse otro jed —dijo evasivamente.

—Antes han muerto algunos jeds —dijo secamente Vas Kor—. No habría, sin duda, dificultad alguna para ti encontrar un jed a quien no quisieses, Astok; hay muchos que no te quieren.

Ya comenzaba Vas Kor a hacerse ilusiones acerca de su poder sobre el joven príncipe. Astok comprendió y apreció rápidamente el cambio sutil en su lugarteniente su cerebro enfermizo y malvado concibió un plan sagaz.

—¡Como dices Vas Kor —exclamó— serás jed cuando el asunto esté terminado —y luego, para sus adentros:—: «Y no será entonces difícil para mí encontrar un jed a quien no quiera.»

—¿Cuándo regresaremos a Dusar? —preguntó el noble.

—En seguida —replicó Astok—. Pongámonos en camino ahora; ¿nada hay que te retenga aquí?

—Había pensado que nos pusiéramos en camino por la mañana, recogiendo a los reclutas que los capitanes de los Caminos hubieran podido reunir para mí cuando regresásemos a Dusar.

—Que esperen los reclutas —dijo Astok—. O, mejor aún, venid a Dusar en el Thuria, dejando que el Kaikusus siga y recoja a los reclutas.

—Sí —asintió Vas Kor—. Eso es lo mejor. Vamos, estoy dispuesto se levantó para acompañar a Astok a la aeronave del príncipe.

El joven que estaba al lado del respiradero echó a andar lentamente, como un viejo. Su rostro estaba demudado y contraído, y muy pálido, bajo el ligero color cobrizo de su piel. ¡Ella iba a morir! Y él, impotente para evitar la tragedia. Ni siquiera sabía dónde estaba prisionera.

Los dos hombres estaban subiendo desde el camarote al puente. Turjun, el

mercenario, se deslizó próximo a la escalerilla del camarote, sus crispados dedos oprimiendo la empuñadura de su puñal. ¿Mataría a ambos antes de ser muerto? Sonreía. Podría matar a una compañía entera de los enemigos de la princesa en su presente estado de ánimo.

Ahora casi se encontraba cara a cara de él. Astok estaba hablando.

—Traed una pareja de vuestros hombres. Vas Kor —dijo.

—Tenemos poca tripulación en el Thuria, a causa de la rapidez con que hemos partido.

Los dedos del mercenario soltaron el puño de su daga. Su viva imaginación acababa de ver en aquellas palabras una probabilidad de socorrer a Thuvia de Ptarth. Podía ser escogido para acompañar a los asesinos, y una vez que se hubiera enterado del lugar en que estaba la cautiva, podría acabar con Astok y a Vas Kor lo mismo que ahora. Matarlos antes de saber dónde estaba oculta Thuvia era, sencillamente, entregarla a la muerte a manos de otros; porque, antes o después, Nutus conocería el lugar de su prisión, y Nutus, jeddak de Duser, no permitiría que quedase con vida.

Turjun se colocó al paso de Vas Kor, a fin de que no pudiera pasar inadvertido. El noble despertó a los hombres que dormían en el puente; pero siempre tenía delante al extraño mercenario que había reclutado aquel mismo día, y que encontraba siempre el medio de estar más próximo a Vas Kor que ningún otro.

Vas Kor se volvió a su lugarteniente, dando instrucciones para la marcha del Kalksus a Duser y para la leva de los reclutas; después señaló a dos guerreros que estaban inmediatamente detrás del oficial.

—Vosotros dos nos acompañaréis al Thuria —dijo—, y os pondréis a las órdenes de su capitán.

Había oscurecido sobre el puente del Kalksus; así, Vas Kor no podía ver bien los rostros de los dos que había escogido; pero aquello no tenía gran importancia, porque no eran más que guerreros comunes que habrían de ayudar en los trabajos ordinarios de a bordo, y a luchar si fuese necesario.

Uno de los dos era Kar Komak, el arquero. El otro no era Carthoris. El heliumita estaba consumido por la desesperación.

Sacó rápidamente su daga; pero Astok había salido ya del puente del Kalksus, y comprendió que antes que pudiera alcanzarle, aun cuando acabase con Vas Kor, sería muerto por los guerreros duserianos, que ahora eran numerosos en el puente. Con cualquiera de ellos que quedase vivo, Thuvia estaría en tan gran peligro como si viviesen los dos; ¡debían ser ambos!

Cuando Vas Kor descendió a tierra, Carthoris le siguió decididamente y no intentó detenerle, pensando, sin duda, que él era uno de los elegidos.

Tras él iba Kar Komak y el guerrero duseriano que había sido designado de servicio para el Thuria, Carthoris caminaba próximo al lado izquierdo del último.

Ahora llegaron a la densa sombra proyectada por el costado del Thuria. Allí estaba muy oscuro, de manera que tuvieron que andar a tientas para dar con la escala.

Kar Komak precedía al dusariano. Este último llegó a bordo por la escala movediza. y al hacerlo así, unos dedos férreos cayeron sobre su garganta y una hoja de acero traspasó el centro mismo, de su corazón.

Turjun, el soldado de fortuna, fue el último en trepar al casco del Thuria, recogiendo tras él la escala de cuerda.

Un momento después, aquella nave aérea se elevaba rápidamente y se dirigía hacia el Norte.

Una vez a bordo, Kar Komak se volvió para hablar al guerrero que había sido designado para acompañarle.

Sus ojos se dilataron de asombro al contemplar el rostro del joven, a quien había encontrado junto a los montes de granito que rodean al misterioso Lothar. ¿Cómo había venido en lugar del dusariano?

Una rápida seña, y Kar Komak volvió a situarse junto al capitán del Thuria, a fin de cumplir su obligación. Tras él seguía el mercenario.

Carthoris bendijo a la casualidad que había inducido a Vas Kor a elegir al arquero entre todos los demás, porque si hubiese sido otro dusariano, hubiera habido que contestar a ciertas preguntas respecto a la residencia del guerrero que vivía tan pacíficamente en el campo, más allá de la residencia de Hal Vas, capitán del camino del Sur; y Carthoris no tenía otra respuesta para aquella pregunta que la punta de su espada, pues sólo ella era apenas adecuada para convencer a toda la tripulación del Thuria.

El viaje a Dusar parecía interminable al impaciente Carthoris aunque en realidad era rápido. Algún tiempo antes de llegar a su destino, encontraron otra nave de guerra dusariana y se pusieron al habla con sus tripulantes. Por ellos supieron que en breve se produciría un gran batalla al Sudeste de Dusar.

Las flotas combinadas de Dusar, Ptarth y Kaol habían sido interceptadas en su avance hacia Helium por la poderosa flota heliumita, la más formidable de Barsoom, no sólo en número y armamento, sino también en el entrenamiento y valor de sus oficiales y soldados y por las proporciones extraordinarias de muchas de sus monstruosas naves de guerra.

Tal batalla no se haría esperar muchos días. Cuatro jeddaks mandaban personalmente sus propias flotas: Kulan Tith, de Kaol; Thuvan Dhin, de Ptarth y Nutus, de Dusar, por un lado; mientras por otro estaba Tardos Mors, jeddak de Helium. Con este último estaba John Carter, Señor de la Guerra de Marte.

Desde el lejano norte otra fuerza se dirigía al sur, cruzando la barrera montañosa: la nueva fuerza aérea de Talu, jeddak de Okar, acudiendo al llamamiento del héroe. Sobre los puentes de las ceñudas naves de guerra, los tripulantes amarillos, de barbas

negras, dirigían sus miradas afanosamente hacia el sur. Magníficos parecían con sus espléndidas capas de orluk y de apt. Fieros, formidables luchadores de las ciudades de calurosos invernaderos del helado norte.

Y desde el distante sur, desde el mar de Omean y los Acantilados Aureos, desde los templos de los therns y los jardines de Issus, otros millares de guerreros navegaban hacia el Norte, al llamamiento del gran hombre a quien todos habían aprendido a respetar y, al respetando, a amar. Siguiendo a la nave almirante de esta poderosa flota, sólo inferior a la de Helium, iba el moreno Xodar, jeddak de los Primogénitos; cuyo corazón latía fuertemente anticipándose al cercano momento en que podría lanzar su salvaje tripulación y el peso de sus potentes naves hasta vencerlos, sobre los enemigos del héroe.

Pero ¿podrían estos aliados llegar al teatro de la guerra en tiempo provechoso para Helium? ¿O Helium los necesitaría?

Carthoris, con los demás miembros de la tripulación del Thuria, oyó la conversación y los rumores. Nadie sabía de las dos flotas, la una del sur y la otra del norte, que se dirigían al socorro de las naves de Helium, y todos los dusarianos estaban convencidos de que nada podría ahora salvar a la antigua potencia de Helium de ser borrada para siempre de la lista de las potencias aéreas de Barsoom.

Carthoris, también leal hijo de Helium, como era, sentía que ni siquiera su amada fuerza aérea podría ser capaz de combatir con éxito con las fuerzas combinadas de tres grandes potencias.

Ahora el Thuria tocaba la pista de aterrizaje situada sobre el palacio de Astok. Apresuradamente el príncipe y Vas Kor desembarcaron y entraron en el ascensor que había de conducirlos al nivel más bajo del palacio.

Tras él había otro ascensor que era utilizado por los sencillos guerreros. Carthoris tocó a Kar Komak en el brazo.

—¡Ven!... —murmuró—. Eres mi único amigo en una nación de enemigos. ¿Quieres ayudarme?

—Hasta la muerte —replicó Kar Komak.

Los dos se aproximaron al ascensor. Un esclavo lo puso en movimiento.

—¿Dónde están vuestros pases? —preguntó.

Carthoris tentó en su bolsillo como si los buscara, entrando al mismo tiempo en la jaula. Kar Komak le siguió, cerrando la puerta. El esclavo no hizo funcionar el ascensor. Cada segundo que transcurría tenía la mayor importancia. Era preciso que llegasen al nivel más bajo tan pronto como fuese posible, después de Astok y Vas Kor, si querían saber adonde iban ambos.

Carthoris se volvió repentinamente al esclavo, lanzándole al lado opuesto de la jaula. /

—¡Átalo y amordázalo, Kar Komak! —gritó.

Entonces empuñó la palanca de puesta en marcha, y mientras la jaula descendía con extraordinaria rapidez, el arquero forcejeaba con el esclavo. Carthoris no podía dejar la dirección para ayudar a su compañero, porque si llegaban al nivel más bajo a la velocidad que llevaban, la jaula se haría añicos y ellos morirían instantáneamente.

Bajo él podía ver ahora el techo del ascensor de Astok, en el foso paralelo, y redujo la velocidad del suyo para igualarla a la del otro.

El esclavo comenzó a gritar.

—¡Hazle callar! —gritó Carthoris.

Un momento después una masa informe caía hecha un guiñapo al suelo de la jaula.

—Ya está callado —dijo Kar Komak.

Carthoris detuvo repentinamente el ascensor en uno de los pisos más altos del palacio. Abriendo la puerta, cogió la masa inmóvil del esclavo y la arrojó afuera sobre el suelo. Luego cerró la puerta y reanudó la bajada.

Una vez más vio el techo de la jaula que contenía a Astok y a Vas Kor. Un instante después se había detenido, y cuando se detuvo vio que los dos hombres desaparecían por una de las salidas de un corredor ulterior.

CAPÍTULO XIV



El sacrificio de Kulan Tith

La mañana del segundo día de su encarcelamiento en la torre del este del palacio de Astok, príncipe de Dusar, encontró a Thuvia de Ptarth aguardando con tétrica apatía la llegada del asesino.

Había agotado todas las posibilidades de evadirse, dirigiéndose repetidas veces a la puerta y a las ventanas, a los muros y al suelo.

Las sólidas losas de ersita eran demasiado duras para que ella pudiese ni siquiera arañarlas: el duro vidrio barsomiano de las ventanas sólo hubiera cedido a un fuerte golpe dado por un hombre vigoroso. La puerta y cerradura eran invencibles. No había escape. Y, además, había sido privada de sus armas, de manera que ni siquiera podía anticipar su propia muerte, quitándoles la satisfacción de presenciar sus últimos momentos.

¿Cuándo vendrían? ¿Realizaría Astok su obra con sus propias manos? Ella dudaba de que él tuviese valor para ello. En el fondo era un cobarde; lo había sabido desde la primera vez que le había oído jactarse cuando, visitando la corte de su padre, había procurado impresionarla con su valor.

No podía por menos de compararle con otro. ¿Y con quién una novia prometida compararía a un pretendiente rechazado? ¿Con su prometido? ¿Y Thuvia de Ptarth medía ahora a Astok de Dusar por la medida de Kulan Tith, jeddak de Kaol?

Estaba a punto de morir; sus pensamientos eran completamente suyos; sin embargo. Kulan Tith estaba muy lejos de ellos. En vez de él, la figura del alto y bello heliumita llenaba sus pensamientos, borrando de ellos todas las demás imágenes.

Ella soñaba con su noble rostro, la pacífica dignidad de su comportamiento, la sonrisa que iluminaba sus ojos cuando conversaba con sus amigos y la que vagaba por sus labios cuando luchaba con sus enemigos, la sonrisa de combate de su padre de Virginia.

Y Thuvia de Ptarth, verdadera hija de Barsoom, sentía que su respiración se agitaba y que su corazón latía al recuerdo de aquella otra sonrisa, la sonrisa que nunca volvería a ver. Con un ahogado sollozo, la joven se dejó caer sobre el montón de sedas y pieles que yacían en confusión bajo la ventana del Este, ocultando el rostro en sus manos.

En el corredor exterior de su prisión dos hombres se habían detenido en acalorada discusión.

—Te digo una vez más, Astok —decía uno— que yo no lo haré, a no ser que tú estés presente en la habitación.

En el tono del que hablaba había poco del respeto debido a la dignidad real. Su interlocutor, notándolo, se sonrojó.

—No abuses demasiado de mi amistad hacia ti, Vas Kor —dijo—. Mi paciencia tiene su límite.

—Ahora no se trata de la prerrogativa real —replicó Vas Kor—. Me pides que me convierta en asesino en tu lugar y contra las órdenes estrictas de tu jeddak. No estás en condiciones, Astok, de imponerte a mí; sino más bien debieras alegrarte de acceder a mi razonable exigencia de que estés presente, compartiendo así la culpa conmigo. ¿Por qué habría de asumirla yo toda?

El más joven de ambos se enfurruñaba; pero avanzó hacia la cerrada puerta, y, cuando ésta giró sobre sus goznes, entró en la habitación, al lado de Vas Kor.

En la habitación, la mu acha, al oírles entrar, se puso en pie, mirándoles cara a cara. Bajo el ligero color cobrizo de su piel, palideció un tanto; pero sus ojos miraban tranquila y atrevidamente, y el mohín de su barbilla expresaba el emente la maldición y el desprecio.

—¿Sigues prefiriendo la muerte? —preguntó Astok.

—A ti, sí —replicó fríamente la doncella.

El príncipe de Dusar se volvió hacia Vas Kor y le hizo una señal con la cabeza. El noble sacó su espada corta y cruzó la habitación, hacia Thuvia.

—¡De rodillas! —ordenó.

—Prefiero morir en pie —replicó ella con dignidad.

—Como quieras —dijo Vas Kor, tentando la punta de su espada con la yema del dedo pulgar de su mano izquierda—. ¡En nombre de Nutus, jeddak de Dusar! —gritó, y se precipitó hacia ella.

—¡En nombre de Carthoris, príncipe de Helium! —dijo en tono bajo una voz desde la puerta.

Vas Kor se volvió para ver al mercenario que había reclutado en casa de su hijo, salvando de un salto la distancia que de él le separaba. Pasó por delante de Astok, diciendo:

—¡Después de ti, perro!

Vas Kor corrió al encuentro del atacante.

—¿Qué significa esta traición? —gritó.

Astok, con la espada desnuda, se precipitó en ayuda de Vas Kor. La espada del soldado de fortuna chocó con la del noble, y en el primer encuentro Vas Kor supo que tenía que vérselas con un gran espadachín.

Antes de que llegase a comprender las intenciones del extranjero, vio que el hombre que se había interpuesto entre él y Thuvia de Ptarth estaba acosado por las espadas de ambos dusarianos. Pero Carthoris no luchaba como un hombre acosado. Él era siempre el agresor, y, aunque cubriendo siempre el cuerpo de la joven con su reluciente espada, hacía, no obstante, que sus enemigos se viesan obligados a ir de un lado a otro de la habitación, llamando a la joven para que le siguiese, manteniéndose siempre detrás de él.

Hasta que fue demasiado tarde, ni Vas Kor ni Astok soñaron siquiera lo que se proponía el mercenario; pero, al fin, cuando Carthoris estuvo con la espalda apoyada en la puerta, ambos comprendieron: estaban encerrados en su propia prisión, y ahora el intruso podía matarlos a su voluntad, porque Thuvia de Ptarth estaba echando el cerrojo de la puerta, por indicación de Carthoris, después de haber recogido la llave del lado opuesto, en donde Astok la había dejado al entrar con su compañero.

Astok, según su costumbre, viendo que el enemigo no caía inmediatamente ante su espada, estaba dejando el peso de la lucha a Vas Kor, y ahora, al observar al soldado de fortuna cuidadosamente, sus ojos se abrían cada vez más porque, poco a poco, había llegado a reconocer las facciones del príncipe de Helium.

El heliumita estaba poniendo en mayores problemas cada vez a Vas Kor. El noble estaba sangrando por una docena de heridas. Astok comprendía que no podría resistir por mucho tiempo la increíble destreza de aquella terrible mano.

—¡Valor, Vas Kor! —susurraba al oído de su compañero—. Tengo un plan. Resístele, aunque sólo sea un momento más, y todo irá bien.

Pero el resto de la frase, «para Astok, príncipe de Duser», no lo pronunció en voz alta.

Vas Kor, no sospechando traición alguna, movió su cabeza, y por un momento logró contener a Carthoris. Entonces, el heliumita y la joven vieron que el príncipe dusariano corría rápidamente al lado opuesto de la celda, tocaba algo que había en la pared y que una parte de la misma se abría, y que el príncipe desaparecía bajo una negra bóveda.

Todo sucedió tan rápidamente, que no hubiera habido ninguna posibilidad de interceptarle el paso. Carthoris, temeroso de que Vas Kor se le escapase de la misma manera, o de que Astok volviese al poco con refuerzos, saltó ágilmente sobre su antagonista, y, un momento después, el cuerpo, sin cabeza, del noble dusariano rodaba sobre el suelo de ersita.

—¡Venid! —exclamó Carthoris—. No hay tiempo que perder. Astok volverá dentro de un momento con suficientes guerreros como para sobrepasarme.

Pero Astok no pensaba en semejante cosa, porque tal maniobra hubiera significado la propagación del hecho, en las habladurías palaciegas, de que la princesa ptarthiana estaba prisionera en la torre del este. La noticia hubiera llegado

con rapidez hasta su padre, y ningún otro engaño hubiera podido explicar satisfactoriamente los hechos que la investigación del jeddak hubiera esclarecido.

En vez de eso, Astok corría locamente por un largo corredor para llegar a la puerta de 1, antes que Carthoris y Thuvia saliesen de la celda. Había visto que la n había quitado la llave y la había metido en su bolsillo, y sabía que la punta de un puñal, introducida en el agujero de la llave, por el lado opxtesto, los aprisionaría en la cámara secreta, hasta que ocho mundos muertos rodeasen a un sol muerto y frío.

Corriendo cuanto podía, Astok entró en el corredor principal que conducía a la cámara de la torre. ¿Llegaría a tiempo a la puerta? ¿Qué sucedería si el heliumita hubiese salido ya y le alcanzase en su camino por el corredor? Astok sentía que un escalofrío recorría su espina dorsal. No tenía valor para hacer frente a aquella habilísima espada.

Se encontraba ya casi en la puerta. A la vuelta del siguiente recodo del corredor se detuvo. No; no habían salido de la habitación. ¡Evidentemente, Vas Kor seguía conteniendo al heliumita!

Astok apenas podía reprimir una mueca al pensar en la manera hábil con que había engañado y usado al noble al mismo tiempo. Y luego dio la vuelta al recodo y se encontró cara a cara con un gigante de tez blanca y de oscuros cabellos.

Éste no aguardó a preguntar la razón de su llegada; en vez de ello, saltó sobre él con su espada larga, de manera que Astok tuvo que parar una docena de violentos golpes antes de poder verse libre y huir retrocediendo por el pasadizo.

Un momento después, Carthoris y Thuvia entraban en el corredor desde la cámara secreta.

—¿Y bien, Kar Komak? —preguntó el heliumita.

—Ha sido una suerte que me dejases aquí, hombre rojo —dijo el arquero—. Precisamente acabo de cortar el paso a alguien que parecía muy deseoso de alcanzar esta puerta; era aquel a quien llaman Astok, príncipe de Duser.

Carthoris sonrió.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—Ha huido de mi espada y se ha alejado corriendo por este corredor —replicó Kar Komak.

—¡Entonces no tenemos tiempo que perder! —exclamó Carthoris—. ¡Nos echará a la guardia encima!

Los tres juntos se apresuraron a lo largo de los pasadizos serpenteantes por los cuales Carthoris y Kar Komak habían seguido las huellas de los dusarianos, por las marcas que habían dejado las sandalias de los últimos en el tenue polvo que cubría los pisos de aquellos pasadizos, raras veces hollados.

Habían llegado a la cámara situada a la entrada de los ascensores sin encontrar ninguna oposición. Allí encontraron a un puñado de guardias y a un oficial, quien,

viendo que eran extraños, les preguntó acerca de su presencia en el palacio de Astok.

Una vez más, Carthoris y Kar Komak recurrieron a sus espadas, y antes de haber podido llegar a uno de los ascensores, el ruido de la lucha debió de haber conmovido a todo el palacio, porque oyeron gritos, y cuando pasaban por las diferentes plantas, en su rápido paso en dirección al aeropuerto, vieron aparecer numerosos hombres armados que corrían de acá para allá en busca de la causa de la conmoción.

Al lado de la pista estaba el Thuria con tres guerreros de guardia. De nuevo el heliumita y el lothariano lucharon el uno al lado del otro; pero el combate terminó pronto, porque el príncipe de Helium solo hubiera sido invencible para tres enemigos cualesquiera que Dusar hubiera podido criar.

Apenas se había elevado el Thuria cuando un centenar o más de guerreros, aparecieron repentinamente en el aeropuerto. A su cabeza iba Astok de Dusar, y cuando vio que los dos a quienes había creído en su poder se escurrían entre sus manos, se desesperó, lleno de rabia y de ira, agitando sus puños y lanzándoles insultos.

Con la proa levantada, formando un ángulo muy pronunciado, el Thuria se lanzó al espacio con la rapidez de un meteoro. Desde varios puntos, unos cuantos botes patrullas se lanzaron rápidos tras él, pues la escena que se había desarrollado en el aeropuerto situado sobre el palacio del príncipe de Dusar no había pasado inadvertida.

Una cuantas veces los disparos rozaron el costado del Thuria, y como Carthoris no podía dejar el manejo de los mandos de dirección, Thuvia de Ptarth dirigía las bocas de los cañones de tiro rápido del aparato sobre el enemigo, al mismo tiempo que se aferraba a la balanceante y resbaladiza superficie del puente.

Fue una noble carrera y una lucha noble también. Uno contra una veintena, porque otro aparato dusariano se había añadido a la persecución; pero Astok, príncipe de Dusar, había hecho una buena obra cuando había construido el Thuria. Nadie en la flota de su padre poseía una nave aérea más veloz; ningún otro aparato tan bien armado y blindado.

Uno a uno, los perseguidores fueron quedándose atrás, y cuando el último de ellos se perdió de vista tras el de Carthoris, éste hizo que la proa del Thuria se colocase en un plano horizontal; llevando la palanca a la última muesca, la nave surcó el tenue aire del moribundo Marte hacia el este, en dirección a Ptarth.

Trece mil hoads y media mediaban entre el lugar en que se encontraba Carthoris y Ptarth; un viaje de treinta horas para el más veloz de los aparatos voladores, y entre Dusar y Ptarth podría encontrarse la mitad de la flota de Dusar, porque en tal dirección estaba el lugar señalado para la gran batalla aérea que en aquel preciso instante probablemente podría estar librándose.

Si Carthoris hubiera podido saber precisamente dónde estaban situadas las

grandes flotas de las naciones contendientes, se hubiera apresurado a ir a su encuentro sin demora, porque en el regreso de Thuvia a la corte de su padre estaba la mayor esperanza de paz.

Recorrieron la mitad de la distancia sin haber visto una sola nave aérea de guerra, y luego Kar Komar llamó la atención de Carthoris hacia un aparato distante que descansaba sobre la vegetación ocre del gran fondo marino muerto, sobre el cual el Thuria navegaba rápidamente.

En torno de la nave hormigueaban, según podían ver, muchas figuras. Con ayuda de potentes anteojos, el heliumita vio que eran guerreros verdes y que cargaban repetidas veces sobre la tripulación del estacionado navío aéreo. No pudo descubrir a tan gran distancia cuál era su nacionalidad.

No era necesario cambiar el rumbo del Thuria para que éste pasase directamente sobre la escena de la batalla; pero Carthoris le hizo descender unos cincuenta metros a fin de poder ver mejor los acontecimientos desde más cerca.

Si el navío era de una potencia amiga, lo menos que él podía hacer era detenerse y dirigir sus cañones sobre los enemigos de la misma, aunque con la preciosa carga que llevaba apenas le parecía justificado el desembarco, porque sólo podía ofrecer dos espadas de refuerzo, escasamente lo bastante para garantizar el riesgo de la seguridad de la princesa de Ptarth.

Cuando se aproximaron por encima de la nave atacada, pudieron ver que sólo sería cuestión de unos minutos el que la horda verde abordase el navío blindado para saciar la ferocidad de su deseo de sangre sobre los defensores.

—Sería inútil descender —dijo Carthoris a Thuvia—. El aparato puede ser hasta de Dusar; no lleva ninguna insignia. Cuanto podemos hacer es disparar sobre los de la horda.

Y mientras hablaba se dirigió a uno de los cañones y apuntó su boca hacia los guerreros verdes que rodeaban a la nave.

Al primer disparo del Thuria, los del barco atacado le descubrieron, evidentemente, por primera vez. Inmediatamente una divisa ondeó en la proa del navío que estaba en tierra, Thuvia de Ptarth contuvo su respiración, mirando a Carthoris.

La divisa era la de Kulan Tith, jeddak de Kaol, ¡el hombre a quien la princesa de Ptarth estaba prometida! ¡Cuan fácil sería para el heliumita seguir su camino, dejando a su rival expuesto a su sino, que no podría evitar por mucho tiempo! Nadie podría acusarle de cobardía o de traición, porque Kulan Tith estaba en guerra contra Helium, y, además, en el Thuria no había bastantes espadas para retardar, siquiera fuese temporalmente, el resultado que ya estaba previsto en opinión de los espectadores.

¿Qué haría Carthoris, príncipe de Helium?

Apenas había ondeado la divisa a la débil brisa antes que la proa del Thuria

descendiese violentamente a tierra.

—¿Sabes dirigir la nave? —preguntó Carthoris a Thuvia. La joven movió la cabeza.

—Voy a intentar traer a los supervivientes a bordo —siguió diciendo—. Para ello será necesario que Kar Komak y yo manejemos los cañones, mientras que los kaolianos se agarran a las cuerdas para subir a bordo. Mantén la proa baja y en dirección del fuego de los fusiles. Puede soportarlo mejor con su blindaje anterior, y, al mismo tiempo, las hélices quedarán protegidas.

Carthoris se dirigió apresuradamente a su camarote, al mismo tiempo que Thuvia se encargaba de la dirección. Un momento después, las cuerdas para subir a bordo caían desde la quilla del Thuria, y desde una docena de puntos a lo largo de cada costado se desenrollaron cuerdas de cuero dirigidas hacia abajo. Al mismo tiempo, una señal apareció en su proa: «Prepárense a subir a bordo.»

Un grito se elevó desde el puente del barco de guerra kaoliano. Carthoris, que ya había vuelto de la cabina, sonrió tristemente. Estaba a punto de arrebatarse de las fauces de la muerte al hombre que se interponía entre él y la mujer a quien amaba.

—Encárgate del cañón de proa, Kar Komak —dijo al arquero, y él mismo se dirigió al cañón de estribor.

Ahora podían sentir el fuerte choque de las explosiones de los proyectiles de los guerreros verdes contra los costados blindados del fuerte Thuria.

Podía haber una esperanza menos. En cualquier momento los depósitos del rayo impulsor podían ser perforados. Los hombres que se hallaban en el navío kaoliano luchaban con renovada esperanza. En la proa estaba Kulan Tith, figura valiente, luchando al lado de sus valientes guerreros, rechazando a los feroces hombres verdes.

El Thuria descendió aún más sobre el otro aparato. Los kaolianos se disponían, bajo la dirección de sus oficiales, a subir a bordo, y entonces una repentina y fuerte descarga de fusilería de los guerreros verdes lanzó su mortífera granizada sobre el costado del bravo navío aéreo. Como un pájaro herido, se sumergió repentinamente hacia el suelo de Marte, inclinándose violentamente sobre uno de sus costados. Thuvia hizo que se elevase la proa en un esfuerzo para esquivar la inminente tragedia; pero sólo logró aminorar el choque de la nave cuando ésta tocó en tierra al lado del navío kaoliano.

Cuando los hombres verdes vieron sólo dos guerreros y una mujer sobre el puente del Thuria un grito salvaje de triunfo se elevó de sus filas, en tanto que un aullido de respuesta estalló en los labios de los kaolianos.

Los primeros ahora volvieron su atención hacia los recién llegados, porque veían que sus defensores serían pronto vencidos y que desde el puente del navío de éstos podrían dominar el puente del otro navío mejor tripulado.

Cuando los guerreros verdes cargaron, Kulan Tith lanzó un grito de aviso desde el

puede de su propio navío, y con él aliento de valor al barco en menor trance.

—¿Quién es —gritó— el que ofrece su vida en servicio de Kulan Tith? ¡Jamás se ha realizado en Barsoom un hecho más noble de autosacrificio!

La horda verde estaba trepando sobre el costado del Thuria cuando apareció en la proa del mismo la divisa de Carthoris, príncipe de Helium, en respuesta a la pregunta del jeddak de Kaol. Nadie en el navío aéreo menor tuvo ocasión de notar el efecto de aquel anuncio sobre los kaolianos, porque su atención estaba ocupada solamente ahora por lo que estaba ocurriendo sobre su propio puente.

Kar Komar estaba detrás del cañón que había estado haciendo funcionar, mirando con los ojos muy abiertos a los repugnantes guerreros verdes que atacaban. Carthoris, viéndolo así, se sintió apenado al considerar que, después de todo, aquel hombre, a quien había creído tan valeroso, resultase en la hora del peligro tan poco intrépido como Jav o Tario.

—¡Kar Komak, guerrero! —le gritó—. ¡Toma aliento! Recuerda los días de gloria de los navegantes de Lothar. ¡Lucha! ¡Lucha, hombre! ¡Lucha como jamás hasta ahora ha luchado hombre alguno! Como último recurso digno, sólo nos queda el morir luchando.

Kar Komak se volvió hacia el heliumita con una severa sonrisa en sus labios.

—¿Por qué tendríamos de luchar —preguntó— contra tan temibles y extraños seres? Hay otro recurso, un recurso mejor. ¡Mira!

Señalaba hacia la escalerilla del camarote que conducía bajo el puente.

Un puñado de hombres verdes había llegado ya al puente del Thuria cuando Carthoris miró en la dirección que el lothariano le había indicado. Lo que vieron sus ojos hizo saltar a su corazón de alegría y de consuelo. ¡Thuvia de Ptarth podía ser salvada aún! Porque desde abajo salía una corriente de gigantescos arqueros salvajes y terribles. No los arqueros de Tario o de Jav, sino los de un oficial de arqueros, salvajes luchadores, ávidos de combatir.

Los guerreros verdes se detuvieron con momentánea sorpresa y miedo, pero sólo por un momento. Luego, con horribles gritos bélicos, avanzaron a saltos al encuentro de aquellos extraños y nuevos enemigos.

Una descarga de flechas los detuvo en su camino. En un momento, todos los guerreros verdes que estaban en el puente del Thurm estaban muertos, y los arqueros de Kar Komak estaban saltando por encima de las bordas de la nave para cargar sobre los de la horda en tierra.

Compañía tras compañía, fueron saliendo de las entrañas del Thuria para lanzarse sobre los infortunados guerreros verdes. Kulan Tith y sus kaolianos se habían quedado con los ojos extraordinariamente abiertos y sin habla a causa del asombro al ver a millares de aquellos extraños fieros guerreros salir por la escalerilla del camarote del pequeño aparato volador, que no hubiera podido, en modo alguno,

contener más de cincuenta individuos.

Al fin, los hombres verdes no pudieron resistir la acometida de un número abrumador de enemigos.

Lentamente, al principio, se retiraron por la llanura color de ocre. Los arqueros les persiguieron, Kar Komak, en pie sobre el puente del Thuria, temblaba de excitación.

Con toda la fuerza de sus pulmones dio el salvaje grito bélico de sus gloriosos y olvidados días. Rugía animando y dirigiendo a sus compañías de combatientes, y luego, a medida que cargaban, cada vez con mayor furor, saliendo del Thuria, no pudo resistir por más tiempo el atractivo de la lucha.

Saltando a tierra por encima de la borda de su nave, se reunió con los últimos de sus arqueros, que corrían por el fondo del muerto mar en persecución de la fugitiva horda verde.

Al otro lado de un bajo promontorio de lo que en tiempos remotos había sido una isla, los hombres verdes estaban desapareciendo hacia el oeste. Pisándoles los talones corrían los veloces arqueros de tiempos pasados, y abriéndose paso entre ellos y colocándose a su cabeza, Carthoris y Thuvia pudieron ver la poderosa figura de Kar Komak blandiendo en alto la espada corta torquasiana de que estaba armado y alentando a sus criaturas, a perseguir a sus enemigos en su retirada.

Cuando el último de ellos hubo desaparecido tras el promontorio, Carthoris se volvió hacia Thuvia de Ptarth.

—Me han dado una lección esos arqueros de Lothar que se desvanecen en el aire —dijo—; cuando han cumplido su propósito, se van para no estorbar a sus amos con su presencia. Kulan Tith y sus guerreros están aquí para protegerte. Mis actos han sido la prueba de la honradez de mis propósitos. ¡Adiós!

Y se arrodilló a sus pies, besando su mano.

La joven extendió la otra mano y la colocó sobre los espesos cabellos negros de la cabeza que se inclinaba ante ella. Y preguntó con suave voz:

—¿Adonde irás, Carthoris?

—Con Kar Komak, el arquero —replicó—. Habrá lucha y olvido. La joven cubrió sus ojos con sus manos, como si quisiera desechar alguna fuerte tentación de su cabeza.

—¡Que mis antepasados se apiaden de mí —exclamó— si digo lo que no tengo derecho a decir; pero no puedo ver cómo te desprendes de la vida, Carthoris, príncipe de Helium! ¡Quédate, mi guerrero! ¡Quédate, te amo!

Una tos tras ellos interrumpió su diálogo, y vieron allí, en pie, a no más de dos pasos de ellos, a Kulan Tith, jeddak de Kaol.

Durante algún tiempo ninguno de ellos habló. Luego, Kulan Tith rompió el silencio.

—No he podido evitar el oír lo que ha pasado entre vosotros —dijo—. No soy ningún necio para permanecer ciego ante el amor que os profesáis. Y tampoco puedo cerrar los *ojos* ante tu generoso rasgo arriesgando tu vida y la de Thuvia para salvar la mía, a pesar de que creías que tal conducta te robaría la probabilidad de conservarla para ti. Y no puedo por menos de apreciar la virtud que ha sellado tus labios para no declarar hasta ahora a este heliumita que le amabas, Thuvia; porque sé que acabo de oír la primera declaración de tu pasión hacia él. No te condeno. Más bien te hubiera condenado si, no amándome, te hubieras casado conmigo. ¡Recupera tu libertad, Thuvia de Ptarth —exclamó—, y dirige tu libre albedrío hacia donde tu corazón se inclina; y cuando los collares de oro ciñan vuestros cuellos, veréis que la de Kulan Tith es la primera espada que ha de levantarse para declarar una amistad eterna a la nueva princesa de Helium y a su real consorte!

FIN

NOTAS

En Barsoom, el haad es la base de medida lineal. Es equivalente de un pie de la Tierra, y mide, aproximadamente, 11.694 pulgadas de la Tierra. Siguiendo mi costumbre, he traducido generalmente los símbolos barsomianos de tiempo, distancia, etcétera, por sus equivalentes de la Tierra, para que sean más fácilmente entendidos por los lectores de dicho planeta. Para los de un carácter más estudioso, será interesante conocer la tabla marciana de medidas lineales, y así la doy aquí

10 sofads = 1 ad.,

200 ads = 1 haad,

100 haads = 1 karad,

360 karads = una circunferencia de Marte en el Ecuador , Un haad o milla barsomiana contiene, aproximadamente, 2.339 pies de la Tierra. Un karad es un grado. Un sofad, aproximadamente, 1,17 pulgadas de la Tierra.